

VALORACIONES

HUMANIDADES
CRÍTICA Y
POLEMICA



DIRECTOR:
CARLOS AMÉRICO AMAYA

CeDInCI



Homenaje a Héctor Ripa Alberdi

REVISTA EDITADA POR EL GRUPO DE ESTUDIANTES "RENOVACIÓN"

AÑO I - N° II

LA PLATA

ENERO DE 1924

SUMARIO

□□

LA DIRECCIÓN	A los lectores.
ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ	HOMENAJE A HÉCTOR RIPA ALBERDI
ARTURO MARASSO ROCCA	
JORGE MAX ROHDE	
JULIO NOÉ	
PEDRO ENRIQUEZ URRÉÑA	
CARMELO M. BONET	
JUANA DE IBARBOURU	Selección lírica
FRANCISCO LOPEZ MERINO	
ALBERTO MENDIOROZ	
HECTOR RIPA ALBERDI	Por la unión moral de América
.	Porque os amamos profundamente.
ALFONSO REYES	Del libro inédito "Calendario".

BIBLIOGRAFÍA

"Estudios indostánicos" de JOSÉ VASCONCELOS, por ALEJANDRO KORN. — "Principios de reconstrucción social" de BERTRAND RUSSELL, por CARLOS SANCHEZ VIAMONTE. — "Ciencia cultural y Ciencia natural" de ENRIQUE RICKERT por CARLOS AMÉRICO AMAYA. — "Lámpara del Recuerdo" de A. FERNANDEZ GARCÍA, por PEDRO V. BLAKE.

COMENTARIOS

Armamentismo continental, por el «GRUPO DE ESTUDIANTES RENOVACIÓN». — El estudioso argentino y el catedrático importado, ante la autoridad universitaria, por ARTURO COSTA ALVAREZ. — Comentarios anacrónicos, por LA REDACCIÓN.

NOTICIAS

España en manos de los militares: carta de MIGUEL DE UNAMUNO. — Las corrientes filosóficas en la medicina actual, por H. ZIEHEN. — Revista de Occidente. — Sobre creación de una cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad de Córdoba, por GREGORIO BERGMANN.

ADMINISTRADOR: WALTER BOSE

Condiciones de la suscripción:

Argentina, por año \$ 4.80
Número suelto 0.80

Redacción y Administración: Calle 56 núm. 989

VALORACIONES

HUMANIDADES
CRÍTICA Y
POLEMICA



CeDInCI

DIRECTOR

CARLOS AMÉRICO AMAYA

REVISTA EDITADA POR EL GRUPO DE ESTUDIANTES "RENOVACIÓN"

AÑO I - N° II

LA PLATA

ENERO DE 1924

A LOS LECTORES:

A la temprana edad de veintiséis años, desaparece con Héctor Ripa Alberdi, una vida templada al calor de las más nobles luchas del espíritu. Artista, por temperamento, hubo de ser hombre de acción por solicitud imperativa de su época.

Si sus horas estuvieron consagradas por entero al estudio y al arte, no fueron óbice para que en su alma vibrase el eco contradictorio y trágico del gran drama humano. Y es que como pocos su personalidad atemperaba, en extraordinarias aristas de su espíritu, esas dos cualidades que generalmente suelen presentarse antagónicas en la vida de los hombres: el pensamiento y la acción.

Los que hemos conocido a Ripa Alberdi en horas de prueba para la juventud, cuando esta se propuso imprimir nuevo giro a la cultura argentina, conforme "a las palpitaciones del tiempo" y lo hemos visto tenáz y combativo, tenemos la impresión de que buscaba siempre plasmar en una realidad efectiva y cierta, las construcciones ideales de su mente. La realidad, sin embargo, sería esquiva y fugáz para su ensoñación de poeta...

En el campo universitario luchó denodadamente por restaurar en sus fueros la ética desterrada como norma de conducta en los hombres — ¡ironía cruel! — que educan el carácter y dirigen nuestra cultura. La Reforma lo contó en un puesto de vanguardia y de sus ideales fué su más esforzado paladín.

Su labor de escritor ha sido bosquejada cuidadosamente por los intelectuales que, desde estas páginas, han querido prestigiar el homenaje que VALORACIONES, de la que Ripa Alberdi fué uno de sus fundadores, rinde a su memoria.

Ofrecemos una selección lírica del poeta, y los discursos que pronunciara ante la juventud de Méjico y Perú, respectivamente.

HECTOR RIPA ALBERDI

POR

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Cada vez que bajo la manotada ciega de la muerte se des-
ploma una juventud, el espíritu, en un movimiento instin-
tivo de defensa contra el dolor, asume actitudes más es-
téticas que humanas y más artísticas que sinceras. Piensa,
con Menandro, "que es amado de los dioses quien muere joven", y
olvida la amargura del trance cubriéndola con la evocación deco-
rativa del funeral helénico, estilizado en lloroso cortejo de héroes y
de v genes. El egoísmo impele a considerar que aquella vida tron-
chada en flor, no va a dar el odioso espectáculo de la decadencia, ni
el mal ejemplo de las claudicaciones. Repugna ver al hombre que
se sobrevive, esforzándose por mantenerse a flote, debatiéndose en
su propia impotencia, acobardado y sin querer confesarse a sí mismo
que la vida va prófuga y que se le ha escapado ya de los dedos
la voladora fimbria de la túnica... Por eso se piensa: no tendrá
nunca escasos ni blancos los cabellos éste que hoy sucumbe; no es-
tará ronca su voz ni su mano trémula; nadie irá a preguntarle un
día qué se hicieron sus promesas de ayer ni por qué se malogra-
ron los augurios de sus años mozos. Se irá, y quedará su recuerdo
como el perfume de una rosa o como el preludio de un canto. No
pontificará, para ser más tarde olvidado en una inmóvil actitud
suprema. La perfección tiene la quietud de lo definitivo, y la obra
que incompletó la suerte, guarda el dinamismo triunfal del último
vuelo...

Pero es inútil desviar los ojos de la realidad pavorosa o que-
rer olvidar lo que derriba la muerte: esperanzas, soplo creador, fé
en sí mismo alentadora y púgil... Todo eso que, al derrumbarse,
nos hiere y nos defrauda... Y algo más todavía: el dolor de los se-
res amantes sobre la tumba recién abierta. La verdadera catástrofe
está allí, en la madre que llora, en el padre que se rebela, en la
novia pálida, muda y débil como paloma herida... Yo no puedo can-
tar himnos a la muerte, sino increparla y maldecirla.

Héctor Ripa Alberdi se ha ido con el alma henchida de poe-
mas, como una música que se apaga. Se ha ido en la hora de la
avidez, cuando los ojos miran a todas partes y el oído se tiende
a todos los rumbos en un ansia infinita de comprender y de amar.
Se ha ido a la hora milagrosa en que se cree en el arte, en la vi-
da, en los hombres y en los libros. Joven, seguro, confiado, comen-
zaba ya a ser un pastor de espíritus... Un día, no ha mucho, cru-
zó el mar y fué a llevar a la juventud mexicana un saludo frater-
no de corazones argentinos... Dejó allá recuerdos, cariños, amigos
que hoy, al saber su muerte, sienten, más que duelo, estupor... En
mi sencilla ofrenda a su memoria, México envía su mensaje de
lágrimas.

CeDInCI

Mis Recuerdos de Héctor Ripa Alberdi

FOR
ARTURO MARASSO ROCCA

No obstante disentir el autor con nuestra proposición insistimos en que este bello artículo, por la altura moral que lo informa, debió titularse: UNA PÁGINA DE ÉTICA UNIVERSITARIA.—N. de la D.

A un lo veo, allá por Mayo de 1917, a mi joven amigo. Se me aparece en clase comentando con agudeza un pasaje de Cervantes; recuérdolo explicándome cómo había visto el paisaje del bosque de La Plata, y se había detenido a pintar el rumor de los árboles en una serie de imágenes auditivas; y cuando saliendo de la Universidad, me decía, una tarde de Junio de ese año, con su modo tan propio: Vd. ha pintado magistralmente a Rodó en una imagen que se me ha quedado grabada en la memoria: "en las turbias aguas del Plata se reflejan las blancas columnas griegas de su arte". Así, mi buen amigo, se reflejará también la obra de Vd., le contesté; yo era entonces un incipiente profesor, más lleno de cariños que de ciencia; y Ripa, en sus cartas, me llamaba "mi querido maestro". (¿Recuerda Vd. que está hecho espíritu en el reposo, cuando comentábamos *La Iliada* y me expresaba su admiración por Héctor, su tocayo, para Vd. el más grande de los héroes de Homero? Aun cuando pienso en Vd., herido por la fatalidad como el paladín antiguo, miro aparecer el tremolante casco. Sí, mi amigo, ya no podré abrir la *La Iliada*, sin llorar.) "Nunca me arrepentiré de haber leído a Homero", me escribía en una carta de ese año. Y ya no era solamente Homero; Ripa amaba a Platón; en esa onda de luz diáfana, de gracia acariciante, mi joven amigo hallaba su dicha. Eran interminables nuestras conversaciones; me hablaba de sus lecturas, me consultaba constantemente sobre los nuevos libros que debía leer: el amor que me tenía, la amistad alabada por sus filósofos, le habían hecho creer de mí más de lo que yo era; ya leía Horacio; y he de confesar, para honor de Ripa, que lo había visto en donde hay que verlo, en ese manantial de

experiencia mundana y de gracia semidivina al poeta romano. Escribió una oda que limó y pulió lo más que pudo para hacerla digna del maestro; la publicó en *Soledad*.

Había entre nosotros, como una arca santa, la lectura de *Los jóvenes de Platón* de Taine. Ahí se va hallar Vd. entre esos jóvenes, mi amigo, le decía. No recuerdo mis cartas de entonces, pero le hablaba de su porvenir; en una mañana primaveral le escribía más o menos: "Vd. hará una obra pura y noble; ya veo elevarse, también, "las columnas griegas de su arte". De aquel año, debían ser sus lecturas del Marqués de Sautillana, una de las predilecciones de Ripa; siempre lo ha querido al Marqués y lo cita en una de sus poesías. Y ahora que hablo de mi amigo se me hace dulce la memoria de aquel prócer platónico. Tenía mi joven poeta el tino de hallar los versos felices de sus autores y siempre guardaba alguno en su memoria del poeta del siglo XV. Por inclinación instintiva y quizá en algo por mi admiración casi incondicional al profundo Luis de León y a San Juan de la Cruz, amaba a los místicos españoles. Ya habíanse hundido las raíces del espíritu de Ripa en lo eterno de la conciencia humana:

...Pero un día gusté de la esencia divina
en un vaso labrado que era un gran corazón:
la palabra socrática resonaba en mi oído
en la voz armoniosa del divino Platón.

De un gran poeta se pasa a otro gran poeta. Tenía Ripa un hondo sentido de la poesía:

Es que ha dado en la cuerda divina
el divino Fray Luis de León.

Estos versos son de *Soledad* (1920); en la misma composición de apacible arrobamiento, escribe:

Hoy navego en la calma suprema,
tengo el alma inundada de luz...
Ha cantado la alondra celeste
con el dulce San Juan de la Cruz.

Sus lecturas se unían a su evocación poética. Oía "la voz de Marco Aurelio"; aun en *El Reposo Musical* (1923), evoca esos amados autores que leía no con afán de erudición, sino para alimentar su alma de joven en esa miel de sabiduría eterna. De ahí que a veces sintiera, en sus años de místico, el misterioso mundo de Plotino y que recordáramos, con esa predilección que nos había de durar siempre, a Teresa la Santa. Espíritu curioso, Ripa leía a todos y en especial a los modernos. Yo le decía por 1918, que él iba a ser nuestro Keats por su sutil neohelenismo. Era en

un tiempo en que andábamos enamorados de Psiquis, aunque el asno que no había oído a la hechicera de Tesalia me diera a mí de coces. Y siempre enamorados de los libros. Ripa empezó a sentir inquietudes, algo como una tempestad silenciosa. Estaba frente al egoísmo humano. Se le cerraban las puertas que debieran abrirse; me contaba, por carta, lo que no me decía personalmente: pareciera ser así más íntimo; ante mi cariño por él me escribía: "no se preocupe tanto por mí, yo me he de quedar donde estoy...".

En el otoño de 1918 salí de la Librería del Ateneo; fuimos a traer las pruebas de *Presentimientos*. Para mí el día estaba triste y Ripa me halagaba con cariñosas palabras de esperanza. Había un aire dorado en el cielo de la tarde, con un sol grande sobre las cúpulas lejanas; leíle los versos con no sé qué acento casi inspirado a lo largo de la Avenida de Mayo y de las calles que cortábamos abstraídos en un sueño de poesía, de maravillosa y eterna poesía. ¡Oh esa tarde que había olvidado y que hoy veo brillar en un pasado dulce y doloroso! Sí, le decía yo, me voy a morir pronto y sin ver impreso el libro. Ripa me consolaba, tenía fé en mí, yo iba a vivir mucho y... Dejamos las pruebas en mi casa y anduvimos embelesados en nuestro mundo interior hecho de sueño y de melancolía. Al otro día, en La Plata, fué a verme Ripa y me dijo: He resuelto no publicar mi obra (tenía un libro concluido, el libro de sus veintidós años). No, le dije, Vd. tiene que publicarlo. Es imposible, me contestó, anoche volví a mi casa con la impresión de la lectura de *Presentimientos* ¡y lo hice pedazos! Mi modo de leer mis versos, la única vez que debo haberlos leído bien, lo había alucinado. ¡Oh la amistad de los jóvenes, la amistad de los jóvenes que ha hecho sagrada Sócrates! Nada hay más noble que el espíritu de un joven. Vivamos siempre entre ellos. Y cuando salgan de la juventud hagámosles recordar esa época íntimamente noble: lo que entonces se proponían, cómo miraban entonces la vida y el arte, cómo se encariñaban de sus amigos en nombre de la belleza y de un ideal de gloria!

Ripa me trataba siempre con el afecto respetuoso del antiguo discípulo. Yo me avergonzaba de que me pusiera un «señor» en lugar de llamarme sencillamente por mi nombre. Muchas veces había pensado decirle que no me tratará el compañero, colega y amigo, en esa forma que me resultaba incómoda. Vea, señor Marasso, me decía Ripa, levantando su mano. Pero nunca me atreví a decirselo. Nuestra amistad ya tan larga e íntima había estado siempre impregnada del más profundo respeto mutuo. Ripa me había querido mucho y al verse con más fama que yo en el mun-

do de las letras, con más amigos, incapaz como ha sido siempre de adular a nadie, revoltoso con los que mandan, sin temor de comprometer su porvenir, si fuera necesario, conservaba para mí una especie de alta complacencia respetuosa. Yo había sido, malo o bueno, su maestro. Sí, su maestro, su amigo en el aula, su compañero fuera del aula y nos habíamos querido siempre. ¡Cuán falsa es la idea de que los profesores pierden su autoridad familiarizándose noblemente con los jóvenes! Perdónenseme estas efusiones que escribo en tan dolorosos instantes. Yo también sé que hay quienes me quieren. Hay muchos que me han conocido en el calor afectuoso de las clases. Yo también los quiero bien. Pero ninguno ha sido más fiel, después de muchos años, que Ripa Alberdi. Pudo haberse envejecido con los triunfos de la vida, y mirarme por sobre el hombro. Pero yo sé que tenía para el amigo esa aureola de haber sido en parte su maestro. Era siempre el mismo que el 1.º de Enero de 1918, me escribía: Humilde discípulo que muchas veces sintió el calor alférrico de su mano buena y que otras tantas gustó, al caer en la blandura del alma, el fruto maduro y promisorio de su consejo, yango en esta carta a expresar le los deseos de un feliz año nuevo, volcado en estas palabras... lo más tierno y lo más puro de mi joven corazón... En estos últimos años, era él el que me aconsejaba. Conoció más el mundo y la manera de tratar a los hombres. Ripa con cariñosa autoridad me decía: no haga tal cosa, no haga esta otra, haga esto, haga aquello... Sí, Ripa, trataremos en adelante de obedecerle a Vd.; seré más ordenado, más metódico, menos confiado; seré todo lo que Vd. quiera que yo fuera; hasta seré poeta. Y cuando llegue a ser poeta, como Vd. creía que yo era, he de escribir para Vd. mis mejores versos. Y Vd. me estará sonriendo, desde su juventud, desde mi juventud, en este sueño de la vida.

En 1918 solía venir continuamente a mi casa; venía para que leyéramos y comentáramos. Me traía sus versos; a veces me los enviaba y me pedía que se los criticara ¡implacablemente!. Nuestras conversaciones dentro de la más cordial y pura amistad se cernían en regiones de un lirismo elevado. Leíamos traducciones griegas: creo que yo le hice a Ripa admirar a Hesíodo, gustar de Anacreonte. Demás está decir, que sería infaltable, la referencia a un verso, a una opinión del maestro de nuestra poesía moderna en América. Yo no sé si Ripa lo habrá estimado a Darío como yo lo quiero; no olvidándolo nunca, porque es mi grande y venerado maestro. Nos unía una fina nobleza de alma. Menéndez y Pelayo, ese inmenso Menéndez y Pelayo, ese imponderable maestro, me fué sustituyendo: yo le dejaba hacer y me retiraba

lentamente del campo espiritual de Ripa. He de confesar que hasta hace un mes, cuando aún disfrutábamos del bien de nuestra amistad, Ripa, a pesar de las reservas de la crítica española para Menéndez no había puesto en duda ni por un instante todo lo que se encierra en ese portentoso renovador de la cultura clásica y universal en España.

Ripa se había hecho «novecentista». Me hablaba (por 1919) con calor de ese grupo de filósofos y poetas en ciernes. Todos esos nombres me eran familiares. Ripa esperaba mucho de ellos. Gracián empezaba a ser uno de sus maestros: se lo había revelado Farinelli. Antes de salir para Méjico su entusiasmo creció con la venida de *Xenus*. Me hablaba con delectación de las palabras del filósofo catalán que resumió, como ideal, en dos versos míos:

... de toda ciencia quiere estar mi alma embebida
y vivir en la hondura del pensamiento humano.

Los amigos de Ripa en Buenos Aires habíale mostrado horizontes nuevos. Gustábale disfrutar de la conversación culta, el oír opinar y opinar él mismo en materia literaria o estética. En su ágape de amigos novecentistas se leía y comentaba a Dante y Shakespeare. En La Plata, entre los muchos jóvenes a quienes Ripa estimaba tanto, estaba un sabio filósofo — ¡qué lo conserven los dioses muchos años! — que parece rudo y tosco pero que tiene una grande y noble alma de niño. Yo le insinuaba a veces no se qué reparos. Pero él lo aprecia mucho, me respondía Ripa mirándome de frente. En una larga conversación sobre los místicos creo que nos encontramos como buenos amigos con este viejo y respetado filósofo, maestro de Ripa y de los jóvenes.

Lo que más me envanece de mi viaje a Méjico, me decía, es haber conversado en Vera Cruz con Díaz Mirón. El viejo poeta le había recibido en su hogar pobre y austero, con suma cordialidad. Se complacía Ripa en referirme detenidamente su conversación con el poeta. Conoció también a Valle Inclán y a casi todos los escritores de esa gran República. Y en Méjico y en toda América el bueno de Ripa me recordaba: quería hacerme conocer, que sus amigos supieran quién era yo. Quién era yo, claro está, en la imaginación, en el inalterable cariño del buen amigo.

Yo había entrado en una aventura entre yángüeses sin saberlo. Ripa estaba en Méjico. Mi libro *Paisajes y Elegías*, había suscitado la desaprobación unánime de la crítica. Un suplemento dominical de uno de nuestros diarios, hablaría por primera vez de mi poesía con irónico desprecio; algunas revistas se burlaron harto cruelmente de mí. En el país, era preciso confesarlo, había mil

grandes poetas y yo solo era malo. Ripa antes de salir para Méjico había leído en voz alta mi libro en mi casa y lo había aprobado. Vuelto de su largo viaje lo primero que hizo fué leerlo de nuevo. Su indignación subió de punto ante el concepto desdichoso en que se me tenía. Escribió un largo y meditado artículo, trató de cuidar el estilo y revelaba en él ya la madurez de su prosa. Ripa era muy moderno, pero por lo visto, sus tendencias modernistas no le alejaban del venero de los grandes artífices de la lengua. Debió valerse mi amigo de toda su influencia para que ese artículo pudiera aparecer en una revista en donde no se me apreciaba. Yo le decía que no persistiera, que comprometería su nombre elogiando a un poeta fracasado para la crítica de la sociedad elegante de Buenos Aires. Alguien al leer el artículo, se sintió indignado y dijo que no podría publicarse. «Este joven está loco». Pero Ripa era de resoluciones enérgicas. «Estaba loco porque decía lo que sinceramente pensaba».

En 1920, apareció el primer libro de Ripa: *Soledad*, estaba dedicado: «A los jóvenes de mi generación — que tuvieron el heroísmo de proclamar su fe idealista». Tiene versos dulces y sentidos y algunas estrofas de rara perfección y belleza. En *La canción de la serena esperanza*, aunque de título un poco largo, hay pasajes que son joyas.

Yo le escribí un estudio que se publicó en *El Argentino* de La Plata, que era el diario de Ripa. El título tenía una leve alusión a la *saudade* portuguesa. Ahí escribí algo de esta palabra *soledad* que según Adolfo de Castro es la más bella de nuestra lengua. Me quedó la costumbre desde entonces de subrayar y anotar sus acepciones al través de los clásicos, aunque es justo confesar que es de Menéndez y Pelayo la preocupación de restaurarle su castiza significación. En Ripa había un fino amante de su idioma. Una leve y velada nube de melancolía atraviesa el paisaje primaveral de este libro de *saudade* y juventud.

Cuando en 1922, me hice cargo del curso de literatura castellana, Ripa asistió desde entonces a casi todas mis clases. Se interesaba por los autores que yo trataba, llevaba su bagaje de observaciones y sugerencias. El empezó a dictar ese año el curso de lecturas y comentarios de literatura castellana. Conversábamos largamente sobre los comentarios de las textos. Ripa tenía ya una cultura sólida. Recuerdo que en 1917 me había empeñado en que mi amigo se tomara el trabajo de estudiar la evolución de los géneros literarios y en adiestrarse en el manejo exacto de los conceptos fundamentales de la teoría literaria, para que pudiera ubicarse bien en los estudios de crítica. Algo de mi «dilettantismo»

filológico fué abriéndose camino en el espíritu de Ripa y así entre sus libros desde la *Biblioteca* del Conde de la Viñaza podían encontrarse algunas de las más notables obras modernas de estudios filológicos y lexicográficos. Se preocupaba de los estudios de métrica: me sugería reflexiones oportunas puesto que era muy observador en sus lecturas. Hacía sus incursiones a la estética y a la filosofía. No era dogmático, primaba en él un espíritu libre y tolerante. De resultas de su viaje a Méjico y a Lima, de sus hallazgos de libros americanos y quizá de alguna insinuación de mi parte, parecía que Ripa había encontrado su camino: dedicarse a los estudios de crítica literaria americana. En Méjico encontró, entre otros, un buen amigo y excelente erudito que le animó a empezar sus investigaciones. Escribió como su primer esbozo de crítica en este sentido su ensayo sobre *Sor Juana Inés de la Cruz*. Pero no era a Méjico sino a América del Sur a quien debía dedicar su trabajo asídúo. Su biblioteca se ensanchaba; tenía algunos libros raros y otros fundamentales; sus amigos de Lima y Méjico le enviaban libros y aun copias de obras raras, especialmente para el ensayo que estaba a punto de escribir, ampliando las páginas de Menéndez y Pelayo del t. III de su *Ideas Estéticas*, «El gongorismo en América». Con el tiempo hubiera acumulado un enorme material para su *Historia de la literatura americana*. Había adquirido conceptos precisos y lentamente elaborados de literatura española y una cultura no despreciable de literatura universal.

Ripa tenía el concepto de lo actual y su espíritu de joven se sentía agitado por las ideas de nuestro tiempo. Seguía como crítico el oleaje de nuestra literatura. En cambio yo era y soy un *inactual* para expresarme con la palabra del grande y atrabiliario filósofo. Quizá a mí me interesen más la vida de una planta, las costumbres del erizo, que las de un presidente o las cacerías de un rey. Busco lo que hay de permanente y eterno en la vida y en el hombre y quiero dentro de un concepto de idea pura perfeccionar lo perfectible con cierto escepticismo que me impide creerme dotado del poder de transformar la sociedad y abrirle horizontes nuevos. Con todo estoy poco dispuesto a creer que tengan mucho talento los que no me quieren y me niegan. Nunca he visto a mis censores mejor que a mis amigos. Pero he de confesar que me niego que ellos puedan tener razón. Hace tiempo que me he resuelto a equivocarme con Platón y no a acertar con Pedro Recio. De ahí que le haya insinuado algún reparo a mi amigo Ripa cuando elogiaba a alguien que yo había desterrado de mi simpatía. Incapaz de odiar, tengo ciertos pasajeros reproches. Ripa me decía: Vea que Fulano tiene tales y cuales méritos. Yo

no puedo, le respondía, apreciar a una persona injusta. Pero si es un enemigo de ideas, en las que no está de acuerdo con Vd.— Para ser enemigos de ideas, mi querido Ripa, es necesario tener ideas.— Y pasábamos a hablar de otra cosa.

El 2 de Octubre de este año, fué la última vez que he visto a Ripa. (El 14 vi pasar, llevado por manos piadosas, un ataúd en donde yo sabía que él se iba; digo mal que vi: era algo que temblaba al través de esa niebla que las lágrimas ponen entre nuestros ojos y el mundo.) El martes, 2 de Octubre, pensaba dar una clase de comentario menudo sobre el *Polifemo* de Góngora. Hablé durante una hora en una forma muy diferente de la que me había propuesto. Qué mala clase, le dije.—Qué esperanza! — me respondió alzando su mano como solía hacerlo. Nos despedimos. ¡Hasta mañana! ¡Quién creyera que se despedía para siempre de quien tan profundamente lo había querido; de quien mientras viva, no ha de olvidarlo nunca!

Octubre 1923.

CeDInCI

HECTOR RIPA ALBERDI

POR
JORGE MAX ROHDE

Un grupo de jóvenes, encendidos en común aspiración de cultura, reunióse cierta noche de julio (corría el año 1919) en la ciudad de La Plata, para escuchar la palabra de un nuevo cruzado idealista. Ocupó la cátedra un muchacho imberbe, pequeño de estatura, corto de ademán; tímido en apariencia. No obstante ello imponía su figura con la majestad de la frente elevada, digna de altos pensamientos, y con el brillo de los ojos penetrantes. Su fisonomía señalábase con el «trabajo del espíritu», según la frase santa.

Sus palabras graves, sinceras, fueron aprisionando poco a poco la atención de los oyentes. Descorrían el velo de nuestra cultura universitaria: marcaban a aquellos profesores que no «tienen la mano de nieve aguardada por el arpa de Bécquer, y mostraban a la nueva generación el canon de sus obligaciones y deberes. Estas palabras así decían: «Es necesario que al retoñar la nueva generación, sienta en sus fibras la fuerza de la libertad creadora, que así se adelantará al porvenir como el férreo león de Leonardo: resuelto el paso, amplía la mirada y con un ramo de lirios en el pecho».

A través de las cláusulas armoniosas lucían los conceptos serenos, sabios, persuasivos. El auditorio en suspenso contemplaba el panorama de nuestra historia ideológica, de nuestra historia política, nutrida aquella por un férreo positivismo y movida ésta por una democracia inculta. El orador aristócrata, renaniano, agregaba: «Y mientras el pueblo argentino, ese pueblo enronquecido y desgrefado que ama la plaza pública, se adelanta hacia la historia, hueco y sonoro, ataviado con el burdo ropaje de la democracia, nosotros, humildísimos artistas, iremos labrando silenciosamente, a la luz de la lámpara idealista, una estatua de amor y de belleza. Y en los venideros tiempos, cuando los hombres nuevos exploren el camino por nosotros andado, levantarán de entre el polvo

la pequeña estatua esculpida bajo el impulso de una noble aspiración».

Sonaron, en el estrecho recinto, estas últimas voces del orador de veinte años, henchidas con el espíritu de todos los circunstancias: Labremos pues la belleza, amigos míos, si queremos darle un alma inmortal a nuestra tierra. Y para ello, tornemos primeramente a las grandes culturas, con el espíritu abierto a todos los vientos grávidos de rumores profundos y de simientes fecundas; llevemos los labios al ánfora griega y a la fuente latina para beber, como decía Menéndez y Pelayo, el vino añejo que remoja el alma. Así algún día florecerá sobre nuestra pampa, la flor de la sabiduría argentina sustentada con ubérrima savia antigua».

Mi amistad con Héctor Ripa Alberdi sellóse la noche en que pronunció este hermoso discurso. Seguí con tal efecto sus horas consagradas al estudio y al arte, y también al ocio, el ocio sagrado de los antiguos, cuando compartía, en reuniones de mi casa, la charla amistosa no exenta de inquietudes metafísicas.

El estudio fecundó su inteligencia vigorosa, hasta dar en él frutos tan notables como las páginas sobre *Sor Juana Inés de la Cruz*, y el arte le inspiró estrofas dulces, lamartinianas, nutridas en la fuente suprema:

Pero un día gusté de la esencia divina
En un vaso labrado que era un gran corazón:
La palabra socrática resonaba a mi oído
En la voz armoniosa del divino Platón.

Dios, el amor, la naturaleza, el silencio, el misterio ponen una luz, un perfume, una caricia en el alma del poeta.

El cielo eleva su espíritu en las alas del arte:

Hoy navego en la calma suprema:
Tengo el alma inundada de luz . . .
Ha cantado la alondra celeste
Con el dulce San Juan de la Cruz.

La tierra lo llena de aromas:

Florece llas humildes de los campos
Que vienen a mi espíritu tranquilo
Con su bella dulzura campesina
Y su claro diamante de rocío.

El amor, semidivino, le ofrece sólo la mujer ideal, única y soberana, la *Presentida*:

No la he visto. Sus ojos nunca fueron
Inefable regazo de mi alma.

La muerte, compañera del amor, también discurre en los versos del poeta, levanta su ritmo con alientos de tragedia, y se serena por fin al penetrar en el reino sedante:

Como rosa que muere humildemente
 Cuando llega la sombra vespertina,
 Mi existencia también ha de inclinarse
 Bajo el ala invisible de una brisa.

¡Feliz poeta!, ahora señorea en el círculo supremo con las ilusiones del mundo transitorio: la verdad ostentóse en él serena, cándida, con fulgores de luna; y el amor encarnóse en su musa sutil, diáfano, promisorio, sin que llegara, por tanto, a hallar trivial «lo que juzgó divino».

Aún cuando envidiemos el destino del poeta que llevóse a la tumba el tesoro de la vida, no es posible ahogar el sentimiento egoísta que aflora al amigo nobilísimo, viajero al país del cual ningún caminante torna. Siempre en nuestras reuniones evocaremos su frente pensativa, sus ojos profundos, su hablar apacible, su bondad inalterable, y nos penetraremos en la llama de su recuerdo, dos veces viva hoy que irradia desde la lumbre absoluta. Nos inclinaremos sobrecogidos ante la estatua de «amor y de belleza» que sus manos empezaron a modelar; y por los relieves admirables de la base imaginaremos lo que pudo ser el simulacro de la diosa, símbolo de inteligencia y de arte, irremediamente abstraído en la atmósfera azul, divina, que contrasta con las rosas marmóreas que el cincel del escultor puso en el plinto. Las rosas, empero, brindan un perfume permanente, inalterable...

Hace poco tiempo tracé estas palabras sobre *El Reposo Musical*, de nuestro amigo: «Las poesías que componen el libro ostentan una virtud preclara: dejan un vasto eco en el espíritu de sus lectores. Este eco nos arrulla en las «horas tibias de amor, llenas del alma humana», o nos sumerge (con estremecimiento meterlinckniano) en el enigma trascendental de ciertas horas pasajeras. Este eco es música en la voz de las campanas, perfume en el surco fecundo de los campos, misterio en las cuerdas cordiales del amor y la esperanza... Bajo el ala sonora aún descubrimos el celeste timbre, cual otro alguno protector, insinuante, de los versos titulados *Redención*, en cuya trama se recoge una hoja — henchida con las savias de la tierra y encendida con los fulgores del cielo — del robledal rumoroso del *Cid*. Y bajo el ala sonora también discurre la *Emperatriz de mármol*:

Florido el puño de opulentos lirios
 Y entre una tropa de lebreles blancos.

«Ripa Alberdi ha puesto en *El Reposo Musical*, belleza en la forma y sentimiento en la esencia, y ha tocado con sus versos los raudales prístinos del arte: el amor y la muerte, y ha entrevisto con su inspiración la fuente de la inquietud y la armonía: el misterio».

¡Quién iba a decir que unos meses después comentaría, con el espíritu contristado, la muerte del poeta, que es de las que dejan «largo eco», según la frase de Tertuliano: el eco dulcísimo que percibimos en sus canciones y que ahora nos llega, vencedor del tiempo, penetrado de músicas ignotas!

Octubre de 1923.

CeDInCI

HECTOR RIPA ALBERDI

POR
JULIO NOÉ

Una juventud serena y noble, un espíritu finísimo, una voluntad inclinada por entero a las cosas de la inteligencia, se han extinguido con la vida de Héctor Ripa Alberdi.

Veintiséis años tenía nuestro amigo. Si le fueron poco para la realización de una obra vigorosa, bastaronle para mostrar la calidad de su espíritu, hecho de fervor y de delicadeza, de inquietud eterna y profunda.

Así se nos aparece en sus dos libros de versos *Soledad* (1920) y *El Reposo Musical* (1923) que si no revelan una musa nueva, denuncian una musa eterna.

Aunque Ripa Alberdi reclamara para la poesía toda la libertad de formas, aunque por encima de las escuelas y los gustos amara la belleza pura, estuvo más cerca de los clásicos que de los modernos, en cuanto el clasicismo importa eternidad y modernismo significa anécdota y contingencia. "No se puede empequeñecer el valor de eternidad que la obra bella tiene en sí, con limitaciones de escuela o de tiempo", ha dicho en su contestación a la última encuesta de *Nosotros* (1), y en el "Pórtico" de *El Reposo Musical* añadió: "Leer las viejas páginas es traer los remansos de la eternidad pasada y hacerla vivir en la eternidad presente... Vivir en el pensamiento de los otros, hacer brotar de nuevo la belleza abolida, es privilegio de los que pueden volar a través de las épocas sin estancarse en ninguna. En cambio es condición propia de espíritu que carece de educación esencial, de espíritu que nunca ha sentido la prisión del mundo dentro de sí mismo, la de enquistarse en una escuela de belleza para desdeñar las otras".

Ripa Alberdi buscó la "eternidad de la esencia" con preferencia "a la danza veléidosa de la forma". De ahí la injusticia de

atribuirle—como José Gabriel lo hizo—"orientación hacia un arcaísmo parásito" (1). No podía serla la de este poeta que no tuvo a la forma de los antiguos por norma y canon necesarios y que no amó las academias de rétores y pedantes, sino aquellas que abren sus ventanas a "las rutas que trazó Platón".

Ripa Alberdi amó la forma apasionadamente, y le inquietó el temor de no dominarla. "Son grandes poetas—decía—no solo aquellos que poseen una poderosa riqueza interior, sino que al mismo tiempo tienen la virtud de poderla volcar en las ánforas que le brinda el idioma". De su interior tesoro estaba seguro nuestro amigo, pero sus emociones, sus sentimientos, ¿habían sido recogidos intactos por esas ánforas?

Y en el ansia febril de apresar en el canto
esa nota infinita, ese oculto tesoro;
y en el ansia febril de rasgar ese manto
que insinúa el enigma del "silencio sonoro",

lancé mi pensamiento hacia el alba remota,
y quedéme suspenso del gran advenimiento...
La Esfinge estaba muda en la región ignota,
y no entraba en su frente mi tenaz pensamiento.

Héctor Ripa Alberdi quiso hacer de su vida algo claro y bueno, armonioso y alegre. Pero desde temprano tuvo el presentimiento de que sería muy breve. Dice en "La tragedia de las horas que pasan":

Signos fatales en mi ser agolpan,
y siento el frío de una mano oculta
que mi encendido corazón destroza.
La lumbre quieta sabe algún secreto,
algo muy leve se posó en la alfombra...
Será la vida que de mí se ausenta?
Será la muerte que mi cuarto ronda?

Y ese presentimiento le hacía pensar en la "soledad profunda" en que quedaría, él que tanto amaba la cordial y cálida vecindad de los corazones amigos.

Los siglos rodarán sobre mi tumba
y nada quedará ya de mi vida,
ni siquiera la voz de mis canciones:
el viento imitará en su melodía.

No se equivocaba el poeta. Su pobre corazón encendido y devoto estaba cercado por la muerte, pero no ha de extinguirse la voz delicadísima de sus canciones, porque ha de nacer de otras almas puras como la de nuestro amigo.

(1) "La orientación de Rohde... (es la de) un arcaísmo parásito..."; Héctor Ripa Alberdi sigue a Rohde. (NOSOTROS, num. cit. págs. 7 y 8.)

POETA Y LUCHADOR

POR

PEDRO ENRÍQUEZ UREÑA

Organizado por la Secretaría de Instrucción Pública y bajo la presidencia del Ministro del ramo, D. José Vasconcelos, se realizó, en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria, en Méjico, un homenaje a la memoria de Héctor Ripa Alberdi, en cuyo acto D. Pedro Henriquez Ureña, pronunció el siguiente discurso:

Los amigos que deja en México Héctor Ripa Alberdi han querido ofrecer este homenaje de afecto a su memoria, en el cual me toca pronunciar estas breves palabras sólo porque fui quien más de cerca conoció la vida y la obra de aquel poeta y estudiante que trajo a México, en 1921 con cuatro bizarros compañeros, el mensaje de fraternidad y rebelde esperanza de la juventud argentina.

Muere Héctor Ripa Alberdi a los veintiséis años, cuando apenas había puesto las primeras piedras de su obra y se preparaba a construir. El poeta había lanzado a los vientos dos pequeños volúmenes y pensaba en los poemas nuevos. El ensayista había publicado el estudio sobre *Sor Juana Inés de la Cruz* y concebía vastísimos planes. El estudiante que conocimos en 1921 era ya maestro de la Universidad. El insurrecto de 1918 se preparaba a llevar hasta la cima las banderas de la revolución.

Alma límpida, pensamiento claro, de carácter jovialmente tranquilo, fué Héctor Ripa Alberdi, desde temprano, poeta de la soledad y del reposo. Nuestros cantores de la serenidad, Gonzalez Martinez y el argentino Arrieta con su melodía cristalina, con su delicada armonía lacustre, parecían guiarlo: en realidad, a Gonzalez Martinez lo adivinó antes de conocerlo. La naturaleza se trocaba a sus ojos, en símbolos de dulzura y luz: las imágenes del campo, de su campo natal, fresco, húmedo, luminoso, rumoroso, son las que llenan sus versos. Con ellas puebla la celosa soledad de su aposento; entre ellas coloca la figura de la mujer amada. A

veces su voz se levantó, va en busca de almas distantes, puras como la suya.

Pero en una ocasión la turba de los estudiantes arrancó de su retiro al poeta y le hizo cantar la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditando poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares.

Y es que aquel espíritu tranquilo era espíritu fuerte. A la honda paz de su vida interior unía la firme entereza de su vida pública. Y es así cómo hombre sereno en su país de hombres inquietos, pudo ser uno de los animadores de aquel formidable movimiento que en 1918 agitó las escuelas argentinas y las obligó a renovarse. La juventud demandaba la autonomía eficaz de las Universidades, la participación del estudiante en los consejos que determinan orientaciones, la renovación de las ideas y de los hombres. La lucha, tenaz, violenta, trágica a veces, alcanzó triunfos rápidos. Pero la reacción, cuyo germen se esconden tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, está en vela, y no ha cesado de atacar y mirar las conquistas de los jóvenes. La lucha no es ya violenta, pero es constante: Día por día hay que defender las reformas; Héctor Ripa Alberdi, entró por sus méritos de hombre de trabajo y estudio, a la cátedra universitaria, pero no para transigir con la reacción, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza ni los honores crean el temor a las ideas avanzadas: antes bien, reafirman la fé en los conceptos radicales de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoi lo hizo la edad conservadores ni renegados. Como si se inspirara en tales ejemplos, Héctor Ripa Alberdi persistía en su fé: poco antes de morir, acababa de fundar, con sus amigos, la revista que es portavoz de la revolución universitaria en la Argentina.

A traernos la voz de aquella rebelde y esforzada juventud vino a México y con sus compañeros, Héctor Ripa Alberdi, aquí, en este recinto, dijo su primer mensaje invocando a Platón como héroe eponímico de la juventudes capaces de combatir por el ideal. Aquí encontró entusiasmo para sus devociones, afecto para su cordial limpieza. Sus amigos se llamaron José Vasconcelos, Vicente Lombardo Toledano, Julio Torri, Salomón de la Selva, Roberto Montenegro, Manuel Gómez Morán, Daniel Cosío Villegas, Carlos Pelliser, Eduardo Villaseñor... México le interesó profundamente: le sedujo su honda agitación cobijada por la solemne paz de su naturaleza. Y a su patria volvió con sus compañeros para comunicar a todos la fé en el México nuevo. Cuando en 1922, visi-

tamos la ciudad universitaria de La Plata, encontramos el "ambiente mexicano" creado por ellos: no sólo los versos de los poetas mexicanos, sino las estampas de edificios coloniales, las canciones del pueblo, repetidas por la juventud, el entusiasmo por las "ideas mexicanas"... Desde hace dos años, México es para aquella juventud símbolo de la pujanza con que la América latina concibe los ideales de una civilización nueva, original, más amplia y generosa que todas.

Tal fue la propaganda cordial que de los ideales latino-americanos hizo Héctor Ripa Alberdi. Ante su tumba declaremos, pues, nuestra decisión de trabajar por la magna patria: la América española.

HECTOR RIPA ALBERDI

POR
CARMELO M. BONET

De poco tiempo era mi trato personal con Ripa Alberdi. Tenía sin embargo, la sensación de una vieja amistad. Con ciertas gentes nos rozamos toda una vida y siempre somos forasteros en su corazón. Con otras, de un pequeño comercio nace, en seguida, una gran comunión. Eso me aconteció con Ripa Alberdi, no sé bien por qué: un poco, tal vez, por afinidad presentida, y otro poco por devoción a sus talentos, que a veces uno admira en otros las virtudes que no tiene.

Una honda simpatía comenzaba a alimentar hacia ese gentil hombre cuya delicadeza espiritual parecía reflejarse en el sonrosado femenino de su cara; y cuyo blando corazón se asomaba por las pupilas mansas de sus bellos ojos castaños; y cuyo vigor mental patentizaba la espaciosa bóveda de su frente.

Una honda simpatía... He ahí por qué la visión brutal de su muerte me dejó, al pronto, sin aliento. Iba a visitarlo, ajeno a todo. Lo imaginaba en su salita, atisbando mi paso, como otras veces, para acudir a nuestras comunes tareas. Y al empujar la puerta entornada de su casa, pensé que saldría a recibirme, tendida la mano cordial. Y mis ojos, todavía encandilados, tropezaron con las colgaduras fúnebres... ¡Cosa de pesadilla!... Apenas dos semanas antes habíamos estado en esa salita, ahora llena de amigos silenciosos. Encogido en su sillón, en medio de los libros familiares, me contaba, con su voz grave y unciosa, sus andanzas por tierras de Méjico. Su decir pausado, lleno de encanto, revivía la jornada feliz: la jubilosa bienvenida con que los estudiantes mejicanos recibieron a los delegados argentinos; sus días de exploración por aquel país tan lleno de sugerencias artísticas; su vinculación con los más finos espíritus del renacimiento mejicano. Y luego sus proyectos de obra americanista, donde había tanta ensoñación de poeta.

Confieso que sus palabras me tonificaron. Al fin encontraba

a un hombre generoso, a un hombre optimista, a un hombre que pensaba realizar altas empresas sin entorpecer la órbita de nadie; a un hombre que no se solazaba hurgando en las flaquezas de su prógimo.

Y es que había mucho hombre en este muchacho.

Nada le faltaba para alcanzar, por gravitación natural, jerarquía de vanguardia: poseía un gran amor por las cosas del espíritu, una inteligencia penetrante, una sensibilidad de artista y un gran tesón en el esfuerzo.

Ya teníamos los primeros frutos: en sus versos que traslucían la aristocracia de su espíritu (así como en los de otros trascienden *les bassesses du coeur*, versos cuyo fervor romántico estaba disimulado por las clámide griega; y en su prosa firme, adulta, grávida que rezumaba estilo, que ya transparentaba personalidad.

Nada le faltaba y le faltó todo: le faltó tiempo. El Destino no quiso sazonzarse semilla tan cargada.

Por eso, cuando ví a Ripa Alberdi tendido en el ataúd, su fino rostro ahilado por la muerte, la barba crecida, los mansos ojos castaños entoldados para el sueño definitivo, duros y aguzados los dedos monjiles, me sentí presa de un estado confuso de conciencia: sentí que la congoja me apretaba la garganta y humedecía los ojos; y sentí, también, ansias de gritar, de apostrofar a ese Destino que abatía estúpidamente a esta promisorá encarnación de Ariel, habiendo tanto botarate que estorba y tanto másín que infesta el mundo.

HECTOR RIPA ALBERDI

POR

JUANA DE IBARDOURO

Yo conocía a Héctor Ripa Alberdi sin saber como era su faz, sus ademanes, sus gustos y su voz. Apenas había cambiado con él dos cartas y sin embargo ya era su amiga, como lo soy, instintiva y hondamente, de todos los que tienen talento y son por añadidura, poetas. Cuando leí su folleto sobre Juana de Asbaje, tan documentado y tan bien hecho, a pesar de que él aseguraba que esas páginas eran tan solo un esbozo para un extenso trabajo futuro, tuve la inmediata seguridad de que Ripa Alberdi era un estudioso de excepción; luego cuando conocí *El Reposo Musical* comprendí que era también soñador y sensitivo. Ahora que sé que él fué uno de los fundadores de esa magnífica revista que es VALORACIONES, veo que además poseía audacia, iniciativa y entusiasmo. ¡Que rico conjunto de cualidades para triunfar!

Pero, con todo su tesoro dinámico, con la cabeza millonaria de proyectos y el corazón como lleno de resplandor, Ripa Alberdi ha sido arrastrado a la sombra inútil e impenetrable sin cumplir la gran misión de belleza para la cual parecía predestinado. ¡Que pena, Dios mío! Es como si una sombría hechicera hubiera arrojado encendida a un abismo negro, una lámpara de oro. ¡Tanto bien que su llama hubiera hecho en el mundo y la muerte ha tenido el atroz capricho de apagarla de golpe para siempre!

Montevideo, noviembre de 1923.

SUS PÁGINAS POSTRERAS

POR
FRANCISCO LÓPEZ MERINO

Con Héctor Ripa Alberdi correjé en la Redacción de "El Argentino", las pruebas de imprenta de sus últimas poesías.

Fenecía el mes de agosto y la ciudad se hallaba, desde hacía tres días, bajo el velo movible y pertinaz de una lluvia menuda. Era uno de esos aguaceros monótonos a cuyo través se mira, desdibujados y borrosos los seres y los objetos. Días gloriosos para los "enfermos de melancolía" que al recogerse al lado de la lumbre callada asisten al desfile invisible de los recuerdos y los sueños...

Era en la soledad donde Héctor Ripa Alberdi hallaba su verdadera atmósfera espiritual. En el ambiente de aquella pequeña estancia que él había llenado de libros «muy antiguos y muy modernos», y donde tantas veces le vimos, transcurrieron sus tardes apacibles. Allí escribió, con amor de orífice, su bellísima «Balada de las brumas y de los sueños»—página que mereció el honor de la antología—y allí terminó su serio y valioso trabajo sobre *Sor Juana Inés de la Cruz*, poetisa mexicana cuya biografía es poco conocida. Jamás entraron en la ponzoña ni las perversidades de la calle en aquella atmósfera purificadora, perfumada por las rosas de sus poetas dilectos. Paseó Héctor Ripa Alberdi con humildad por el jardín de los mayores y cultivó, con celo de jardinero, el suyo propio, íntimo, sensitivo y personal...

Aquellos tres días de lluvia, aquel viento monótono y suspirante, aquella niebla incorpórea e ilimitada, sugirieron a su espíritu imágenes melancólicas que se fueron concretando en una poesía escrita en octosílabos asonantados. El poeta cantaba «al son de la lluvia nocturna» y aquella había de ser su última melodía. La primavera, que él tanto amaba, quebró su vida hermosa con la inconciencia con que las brisas matinales doblegan una rama florida...

LOS DOS POETAS

POR
ALBERTO MENDIOROZ

La Ciudad ha perdido otro de sus poetas. Y ya no podremos separar nunca en la evocación emocionada a Héctor Ripa Alberdi y a Pedro Mario Delhey, porque sus vidas fueron paralelas y porque los dos se embozaron en el manto grave de la Muerte a la edad en que se detiene para siempre la juventud de los dioses.

Sus claros espíritus se avenían con las amplias calles solitarias de la Ciudad natal. En ese iluminado silencio florecieron, cantando, ardientes los ojos de efusión lírica, poetas hasta la más íntima fibra y en el más simple menester. Durante un momento pareció que nuestras voces se unían a las suyas en el himno vibrante, que también ardíamos en el místico fervor de la eterna belleza, y seguimos tras sus obsesionados pasos por la senda quimérica; pero solo ellos no transaron nunca con el cobarde buen sentido de la realidad. Ante el prosaísmo angustioso de vivir diariamente, con la sola tregua fantástica del sueño, pronto acallamos los demás el himno vibrante, tibio y oculto el fervor tras un gesto pacato, rutinario y solemne, y solo ellos prosiguieron la marcha enloquecida...

Versos a la mañana porque es llena de luz, y a la noche porque anonada en su seno, y a todas las cosas porque viven, y a la amada, y al libro cordial y a la insaciable inquietud; versos sacados a manos rebosantes del inextinguible tesoro lírico de su corazón; versos sobre ellos, a su alrededor, bajo sus pies: atmósfera, música, alfombra.

Los dos poetas se han ido hacia patrias mejores a la edad en que se empieza y se detiene la vida de los dioses...

Salta, Diciembre 1923.

SELECCION LIRICA

CANCIÓN DE LA SERENA ESPERANZA
DE « SOLEDAD »

Almas nobles que habéis viajado mucho
por el mundo brumoso de los sueños,
y por eso lleváis en la mirada
la divina dulzura del misterio;
almas llenas de amor y de ternura
que amáis la soledad del pensamiento;
almas puras, fragantes de emociones;
almas buenas, dadoras de consuelos,
venid hasta el portal de mi morada,
venid a reclináros en mi pecho,
que en la barca sutil de nuestra dicha
surcaremos los mares del silencio...

Vosotros almas suaves sois hermanas
de las rosas que en alas de los vientos
desfallecen, volcando su agonía
las lágrimas fragantes de sus pétalos.
Vosotros sois hermanas de la música
inefable que canta en el silencio,
de la música blanda que se aleja
como el ala sedante del ensueño.
Vosotros sois las ánforas benditas
que guardáis el recóndito secreto
del amor: evangélica morada
que trasunta la calma de los cielos.

Almas nobles que habéis viajado mucho
por el mundo brumoso de los sueños,
yo os he visto en mis noches taciturnas,
a la lumbre tranquila de mi anhelo,

venir hasta mi frente silenciosa
en la nube impalpable del recuerdo;
yo os he visto rezar junto a mi lámpara
con las manos unidas sobre el pecho,
la divina plegaria que nos lleva
hasta el gran corazón del Universo;
yo os he visto rezar junto a mi lámpara
y he sentido la unción de vuestros rezos:
altas nubes de Dios que me llevaron
al abismo insondable de lo eterno...

En la calma profunda de las sombras
cuando voy por las rutas del misterio,
suelo oír un acento de canciones
cuyas notas se apagan a lo lejos:
dulces voces que salen de ultratumba
y parecen subir al firmamento
en la lenta agonía de su encanto
que es escala infinita del ensueño...
Son las almas que surgen en la noche
a cantar la tristeza del silencio,
la divina tristeza que florece
en canciones de amor y de consuelo;
son las almas que amaron la serena
oración y la queja de los vientos
enseñoles la paz de la nostalgia
y el tranquilo dolor de los recuerdos;
son las almas que dieron sus sonrisas
en la dulce amistad de los senderos,
cuando se unen las manos temblorosas
y los labios murmuran sus secretos...
Oh, las almas que pasan a mi vera
como pasan las vírgenes del templo:
celestes en la voz de sus canciones,
divinas en la albura de sus velos...
Yo he soñado con una de esas almas
toda llena de encanto y de misterio,
y la he visto venir hacia mí
por la senda fugaz del pensamiento.
Era pura y sonriente como un niño,
había mucho amor dentro su pecho
y la dulce emoción de sus palabras
tornábase en esencia de mis versos...

Al Belén de la dicha van mis pasos,
 llevo el oro, la mirra y el incienso:
 ¡luz de amor que soñó mi fantasía,
 no dejéis de alumbrar mis derroteros,
 no dejéis que se extinga la esperanza
 porque es larga la noche en el desierto!...

BALADA DE LAS BRUMAS Y DE LOS VIENTOS

DE «EL REPOSO MUSICAL»

Esa tarde brumosa del invierno
 eran tristes los ojos de mi amada:
 pensativa tristeza que es dulzura
 de escuchar un lenguaje sin palabras
 en los vagos murmullos que se pierden
 o en la niebla fugaz de una esperanza.
 Era fría y doliente aquella tarde,
 eran tristes los ojos de mi amada;
 el silencio dormía entre sus labios
 como duerme en las rosas la fragancia...
 Despertóse su voz, y suavemente
 deshojó la emoción de esta plegaria:

Dime amor, por qué llora tanto el viento?
 Por qué viene a llorar en la ventana?
 Por qué deja temblando su tristeza
 en el dulce soñar de nuestras almas?
 Hace rato que oigo su gemido;
 por instantes parece que implorara
 la bendita tibieza del regazo
 como un niño sin pan y sin morada.
 Otras veces prolonga una armonía
 tan sutil, tan profunda y tan lejana,
 tan perdida en las brumas del ensueño
 que los mismos violines envidiaran.
 Yo no sé, amor mío, si solloza,
 yo no sé, amor mío, si es que canta.
 Pero siento su voz y una tristeza
 infinita me cubre de nostalgia.
 Por qué no le brindamos nuestro asilo?

Por qué no le acercamos a la llama
 protectora y cordial de nuestra lumbre
 tan propicia a los sueños y añoranzas?...
 Cuando vuelva a golpear en los cristales
 hagamos que se abran las ventanas,
 quizá su corazón padece frío
 y busca alguna mano hospitalaria...
 Mira cómo las nubes van pasando!
 Cómo agitan los árboles sus ramas!
 Cuántas hojas que van por los senderos!
 Qué medroso temblor en las ventanas!...

Suavemente envolviéndonos el silencio
 en la onda invisible de sus gasas;
 era un hondo silencio pensativo
 con un vuelo lejano de añoranzas.
 El calor de la lumbre era de seda
 para el blando reposo de las almas;
 pero el viento volvía murmurando,
 y una música lenta era su arrullo,
 su llanto, su canción o su plegaria.
 Entonces contemplando aquellos ojos
 tan serenos de amor y de bonanza,
 deshojé las violetas del consuelo
 que mi huerto invernal le prodigara:

Me deleita tu voz, amada mía,
 me conmueve la unción de tus palabras;
 oh, tus labios propicios a la suave
 y profunda emoción de la plegaria.
 Pero dime, por qué te pones triste
 cuando el viento murmura en la ventana?
 Por qué vienes a mí tan temblorosa
 como el ave sin nido en la borrasca?
 El viento es un poeta vagabundo
 que ambula por las calles y las plazas
 dejando una canción en los balcones
 y un ligero temblor en las ventanas.
 No es que venga a implorar misericordia,
 no es que pase llorando su desgracia,
 porque el viento es la música divina
 que en la tarde invernal tan sólo canta

la elegía doliente de las hojas,
de las brumas, los fríos y las aguas.
El nos trae la voz de otros países,
nos revela el secreto de otras almas
y nos deja al rozar los corazones
misteriosa inquietud, honda y lejana.
El silencio es más suave en ese instante,
los rumores se alejan y se apagan,
y al pasar la armonía de su arrullo
parece que las manos se buscaran...
Acércate a la lumbre de mi espíritu,
hay un vago dolor en tu mirada
y no quiero que cubran esas sombras
la blancura estelar de tu esperanza.
Refúgiate en la calma de mis ojos,
consuélate a mi lado, bien amada.
Es la hora propicia a los recuerdos;
ocultos ruiseñores acompañan
el soñar melodioso que nos une,
la angusta soledad que nos ampara.
Si el silencio te enferma de amargura
hablaremos de historias olvidadas,
de esas bellas historias que contaron
navegantes que vieron otras playas
más allá de los mares procelosos,
donde nuevas estrellas se levantan.
Te diré una aventura de las Indias
o una dulce leyenda de Bretaña,
o si quieres leeremos las canciones
que escucharon las noches de Germania.
Cruzaremos el Rhin bajo las nieblas,
despertando al rozar de nuestra barca
un encanto divino de laúdes
y un murmullo de rimas legendarias...

Suavemente envolviéndonos el silencio
en la ondá invisible de sus gasas.
Ya las sombras cubrían los balcones
y la tarde doliente agonizaba;
pero aún bajo el frío de los cielos
y el llanto de las hojas y las ramas,
en la gris soledad de los caminos
los corceles del viento galopaban...

LA EMPERATRIZ DE MÁRMOL

DE • EL REPOSO MUSICAL •

Bién sé que nunca he de apresar tu alma,
soñada luz de celestial encanto,
porque tú tienes la belleza virgen
de la alta estrella que se abrió temblando.

Todas las tardes cuando el viento canta
la virgiliana placidez del campo,
veo que avanzas desde el horizonte
como suntuosa emperatriz de mármol,
florido el puño de opulentos lirios
y entre una tropa de lebreles blancos.
A esa hora en que la tarde tiene
para tu cuerpo suavidad de raso,
prende el silencio musical y hondo
alas de seda a tus esbeltos flancos.
Todo se calla y se estremece todo;
llegan canciones y murmullos vagos,
brotan fragancias de la hierba verde,
las ramas cuelgan temblorosos ramos,
y hay una austera magestad de templo
que aguarda el ritmo de tu andar pausado.
Y tú te acercas; a tu espalda vienen
desde el profundo y opulento ocaso,
largo cortejo de flotantes nubes
que al viento entregan imperiales mantos.
Bien sé que nunca me abrirás tu pecho.
Es imposible que mis pobres manos,
manos sencillas que regaron rosas,
con dedos suaves para un cuerpo cálido,
puedan brindarte la serpiente fría
que me demanda tu pasión de mármol.
Toda la vida te verán mis ojos
venir triunfante de un remoto arcano,
florido el puño de opulentos lirios
y entre una tropa de lebreles blancos.

EL LABRIEGO DEL ALBA

DE «EL REPOSO MUSICAL»

Todo el silencio se quedó en la estrella
cuando la estrella se apagó temblando;
tornóse el mundo musical y bello
bajo la luz y al renacer los cantos.

Hora del alba en que la dicha plena
flota en la fresca beatitud del campo,
y siente el hombre la pureza heroica
que hay en la fuerza del robusto brazo.

Brilla el rocío en el fragante trébol,
saluda al alba el estridente gallo,
silba en el campo la perdiz remota,
y en un instante en que el silencio es amplio,
desde muy lejos, sin saber de donde,
canta el chingolo que anidó en los cardos.

Entre una nube de gaviotas blancas,
en la tendida placidez del llano,
labra el labriego la olorosa tierra
al paso lento de los bueyes mansos.
Hay en sus ojos claridad de aurora,
tiemblan canciones en sus puros labios
y hay una austera anunciación de vida
en la firmeza de sus rudas manos.
Abre la entraña de la tierra dócil
y arroja al surco que se va alargando
todos los sueños de un hogar que espera
la promisoro bendición del grano.
Feliz el hombre que al llegar el día
lo encuentra el alba en los floridos campos,
entre una nube de gaviotas blancas,
siguiendo el ritmo de los bueyes mansos.

AL SON DE LA LLUVIA NOCTURNA
DEL «ROMANCERO DE MIS VENTURAS Y DE MIS QUERELLAS»

SI ESTUVIERAS.

La lluvia y el viento afuera,
la soledad aquí dentro.
Noche llena de rumores,
alma llena de silencio.

Los gemidos en la sombra
parece que van huyendo.
En la noche desolada
me tortura el desconsuelo.
Si estuvieras a mi lado
bien amada que presiento,
esta lluvia dolorosa,
esta angustia del invierno,
estos silbos vagabundos
con que va llorando el viento,
cantarían la balada
quejumbrosa de mis sueños;
mientras tanto tú serías
una flor sobre mi pecho,
con fragancias de ternuras
prodigadas en silencio.
Pero estoy como perdido
en un lejano desierto,
y tiemblo al sentirme sólo
entre sombras y misterios,
y te llamo y no respondes...
y pasa llorando el viento.

Y TAN LEJOS

Tengo el alma temblorosa,
toda vestida de sueños,
y no encuentro las palabras
que me digan el secreto
de esta dicha de tenerla
prisionera en el recuerdo,

de este amor en cuya llama
se queman los pensamientos.
He apartado los libros,
no puedo seguir leyendo.
Con la frente entre las manos
he pasado mucho tiempo,
con el dolor de sentirla
cerca de mí... y tan lejos...
La lluvia cae en la sombra
y pasa llorando el viento...

COMO SI OYERAS

He pensado que muy pronto
te diré mi gran secreto:
mensaje del alma mía
por primera vez abiertó
en el temblor de mis labios
ungidos de sentimientos.

Mi corazón esta noche
ha murmurado en silencio
oraciones melodiosas
que volaron a tu encuentro.
Y te he dicho muy despacio
como si oyeras mis ruegos:
«Quiero que tus manos sean
suaves como el terciopelo,
que pasen sobre mi frente
como caricia de pétalo.

Quiero que en tus ojos haya
leve sombra de misterio,
honda mirada indecisa
llena de presentimientos,
para hundirme en tu mirada
como en remanso de ensueño.

Y tú no estabas, ni ofste
la súplica de mi anhelo.

Tu rostro se iba esfumando
en las brumas del recuerdo.
La noche era inmensa y triste...
y pasó llorando el viento.

POR LA UNION MORAL DE AMERICA

Discurso pronunciado por Héctor Ripa
Alberdi en el primer Congreso Internacional
de estudiantes, reunido en la capital de
Méjico, el año ppdo.

Heraldo de la juventud argentina me adelanto hacia vos, oh
pueblo hermano, como el austero león de Leonardo, len-
to y seguro el paso, amplia y serena la mirada y con un
ramo de lirios dentro del pecho. Ábrase pues mi pecho
argentino y caiga a vuestros pies el florido presente de mi plei-
testa viril.

La Argentina renaciente, la que despertara de su sueño, con
motivo de las últimas revoluciones universitarias, la que se está
forjando en la fragua de una juventud vigorosa de pensamiento,
nos envía a esta tierra cordial para que os digamos toda su fér-
vida inquietud de alma joven, todo su inmenso amor dilatado más
allá de las fronteras, todas sus esperanzas en la emancipación glo-
riosa de los hombres y de los pueblos.

Venimos de los campos de combate, donde derribáramos los
muros de la vieja universidad detenida en el pensamiento del pa-
sado siglo, y donde levantáramos la nueva universidad, abierta a
todas las corrientes espirituales; venimos de sostener una dolorosa
lucha entre la juventud creadora y la vejez misonicista, entre la
voluntad heroica que avanza y la voluntad abolida que resiste;
venimos compañeros de vencer a las fuerzas reaccionarias que nos
impedían dar el paso definitivo de la liberación.

No os extrañéis pues si nuestra lengua vibra como una es-
pada, si a cada instante nuestra palabra se enciende, porque cre-
pita aun en nuestros corazones la roja brasa de la rebeldía. Liber-
tada de toda servidumbre, dominadora de las fuerzas espirituales,
la juventud argentina marcha hacia la universidad ideal por las
rutas que le abriera la filosofía contemporánea. Enrojecida en la
llama de las grandes ideas, templada a los rudos golpes de la ac-

ción, su ideal ha de ser tan puro como su frente jamás doblada ni vencida y tan humano como su sangre tumultuosa y cálida. Tendrá los quilates del pensamiento, pero también la fuerza de la vida, porque sabemos, según lo aconseja la «Epístola moral», que la más alta educación es aquella que iguala con la vida el pensamiento. De nada vale la austera frialdad de los claustros mientras no lleguen hasta ellos las palpitaciones del mundo, de nada vale la elegante gimnasia del pensamiento si no ha de tener una trascendencia humana. Dejemos para el arte la «Finalidad sin fin» de la estética kantiana, pero en tratándose de la educación del hombre no olvidemos que la nueva universidad ha de despertar en él un alto amor a la sabiduría en el sentido platónico de la palabra. El amor a la sabiduría es la más preclara virtud del hombre, porque es el amor a la ciencia pura y a la belleza, fuente de la que surge el alma integral nutrida en los valores lógicos, éticos y estéticos. Nada debe ser indiferente a la educación de los pueblos, desde la ciencia que nutre hasta el arte que liberta; en la nueva universidad grande ha de ser la importancia que se le da a la historia de los conocimientos humanos como base de toda cultura.

Las jóvenes generaciones argentinas así lo han sentido y así lo han proclamado. Para ello reclamaron el derecho a darse sus maestros, y se dieron sus maestros. Pero antes fué menester liberarse del peso de una generación positivista, una generación que al desdeñar los valores éticos y estéticos, dejó caer en el corazón argentino, la gota amarga del escepticismo. Y no sólo se libertó de ella sino que se levantó contra ella, hundiéndola definitivamente en el pasado.

He aquí, pues, que una nueva vida comienza para mi país; que la juventud se ha sentido libre y por eso mismo responsable. Un optimismo sano y fuerte es el acicate de su acción. El sol del idealismo alumbró nuestras rutas cuya generosa amplitud se pierde en la dilatada sombra del futuro. Hoy tenemos una ética para nuestra voluntad y una estética para nuestra fantasía. La falta de lo primero había hecho perder a los hombres del ochocientos el carácter y la nobleza: el carácter para imponer la propia voluntad; la nobleza, para llevar a la acción la integridad del pensamiento. O bien olvidaban la convicción porque la convicción era un obstáculo para la vida, o bien olvidaban la vida para poder sustentar una convicción. Cuando lo propio de un hombre total es infundir la convicción a la vida, darle a una calor de espíritu y a la otra fortaleza de realidad.

Para llegar a ese limpio modo de vida, que implica firmeza y elegancia a la vez, los griegos no olvidaron ninguna disciplina

del cuerpo y de la inteligencia. Las fuentes de educación de un joven ateniense oscilaban desde el citarista hasta el gimnasiarca. Y entre la armonía musical y la agilidad del atleta no desdénaban tampoco la austera conversación filosófica que dirigiera Platón en los deliciosos jardines de Academo. Allí, bajo la fresca sombra de los plátanos, se congregaban los jóvenes atenienses para escuchar la palabra honda y serena del maestro; allí se entregaban al ocio divino de pensar, que es la mayor ventura de los hombres. Los más bellos motivos y los más hondos misterios de la vida florecían en los labios platónicos, como una profusión de rosas en las mañanas primaverales. Y los jóvenes académicos recogían los conceptos y las metáforas llenos de fragancia idealista, como quien recoge flores silvestres en los campos. La claridad les inundaba el alma, y ante la lejana visión de sus rutas dilataban sus esperanzas hasta lo infinito...

Ved, pues, mis queridos amigos, como era la vida en aquellos tiempos de poemas y de mármoles, cuando la mano del artista hacía triunfar la forma en los talleres de Atenas, y la filosofía brindábase en las divinas ánforas del diálogo, y la gracia escultural de los atletas derramaba una armonía heroica sobre los campos de Olimpia. Oh! la tierra imperecedera y sagrada, donde el espíritu de los hombres fuera profundo y luminoso como el cielo natal; donde al claro repicar de los cinceles florecían de entre los paramentos de los mármoles, armoniosos relieves e inmaculadas estatuas, en tanto discurrían bajo la sombra de los olivos, en el valle de Himeto, los efécticos y los dogmáticos.

Así pasaban las horas doradas y florecientes ante la hermosura de la naturaleza y el encanto de la palabra.

Pero hoy la belleza y el conocimiento son flores de soledad. Las metrópolis enormes nos aplastan, y tan sólo se advierte el estruendo de los hombres que luchan contra los hombres.

La vida se nos escapa por mil senderos inútiles; derrochamos nuestra fuerza espiritual en múltiples labores sin objeto. Atraídos por la sonoridad del mundo, renunciamos a la soledad intensa y dolorosa, donde el fuego del pensamiento purifica toda acción. En la soledad asistimos a la propia tragedia interior; en ella se derriban las ilusiones y se levantan los ideales nuevos; toda inquietud nace a su amparo y todo impulso se levanta de su seno, como las águilas de los abismos de la montaña. En la soledad descubrimos las sendas interiores donde una secreta voz murmura trascendentales palabras, y donde, como una armonía silenciosa, se dilata la música del pensamiento. Allí aprendemos la suprema virtud de dialogar con nosotros mismos: aprendizaje imprescindible.

ble para el que quiere tener derecho a hablar con los hombres, puesto que no puede exigir se le escuche quien no supo escuchar-se a sí mismo. He ahí la virtud y el blasón que ostentaban los maestros de la antigüedad. Aprendieron en sí mismos la ciencia que transmitieron a los demás. Sus palabras salían humedecidas en aguas cordiales, y por ello se deslizaban con suavidad hasta el fondo de los corazones. Id, les decían a las serenas cámaras del silencio y allí oiréis el rumor de una fuente; escuchad la voz de esa fuente con recogimiento que luego os brindará las eternas aguas de la eterna sabiduría... Y decían bien los maestros antiguos. Ellos todo lo sabían porque nunca estudiaron nada. No les preocupó más que la comprensión del propio espíritu, y cuando a ello llegaron, todo lo comprendieron. De ahí que a los discípulos se les hablará en voz baja, en el cálido tono de la conversación, como para que la onda emotiva, mansa por lo confidencial, se derramara en el espíritu atento con la lentitud rumorosa de la ola en la playa. Nunca levantaban la voz en la plaza pública, porque sabían muy bien que eso era oficio de mercaderes que pregonan su mercancía intelectual o material. La profunda, la inmortal sabiduría, ni se inculca ni se vende: se descubre. Es innata como la Idea platónica. Y en instantes de soledad, cuando dialogamos con nosotros mismos, o con un maestro de esos que saben su magisterio filosófico, la sentimos aletear dentro del alma como la mariposa que ve entreabrirse el velo de seda del capullo...

Ese sabor suave de la palabra antigua, que transmitía el saber sin torturar el lenguaje ni el pensamiento, se pierde por completo en la oscura inmensidad de la Edad Media. A la educación clara y sencilla sustituye la enseñanza dogmática con agrio sabor escolástico, hasta que el Renacimiento nos liberta nuevamente devolviéndonos algunas de las cualidades esenciales de la cultura helénica. En el siglo XV, Erasmo de Rotterdam expone ideas nuevas acerca de la educación natural del hombre, ideas que más tarde han de ser sistematizadas por Rousseau. La misma corriente siguen otros escritores franceses como Rabelais y Montaigne que condenan la educación profesionalista; y el más alto representante del humanismo español, Luis Vives, al levantarse contra la escolástica medioeval preconiza un ideal de cultura que emancipe al hombre del artificio retórico.

Los mas diversos rumbos siguió luego la enseñanza, de acuerdo con las oscilaciones de la fisolofía, hasta que el siglo XIX le encadenó por completo el pedagogismo positivista, apesar de tener dos grandes figuras como Herbart en Alemania y Tolstoi en Rusia; excesivamente rígido por lo cienticista, el sistema del primero;

bellamente ideal por lo evangélico el del segundo. Pero un nuevo renacimiento apunta ya. Hay dos fuerzas que comienzan a demoler el viejo edificio de la cultura y en las que yo he puesto toda mi esperanza; el renacer vigoroso de la fisolofía idealista y la sana rebeldía de la juventud. Contribuyamos todos a este nuevo despertar del espíritu. Eduquemos al hombre en el amor a la sabiduría. Para ello es menester arrojar a los mercaderes de la enseñanza, derrumbar la universidad profesionalista y levantar sobre sus escombros la academia ideal de los hombres, donde cualquier Sócrates descalzo, sin más prestancia que la de un verbo sabio, pueda volcar en los corazones el agua mansa y melodiosa de su filosofía.

CeDInCI

PORQUÉ OS AMAMOS PROFUNDAMENTE

En la Universidad Popular de Lima, en un acto organizado por los estudiantes peruanos, Héctor Ripa Alberdi, dijo:

Señoras y señores:

Porque os amamos profundamente, porque os sentimos como hermanos en la sangre y en el destino; no venimos a avivar fuegos de beligerancia ni a encender pasiones de valor negativo en la vida de los pueblos. Venimos a afirmar un concepto de armonía prohibido por las generaciones nacientes obedeciendo al mandato de la nueva conciencia histórica.

Mal hacen los que os hablan de vuestro dolor o de vuestra venganza; fuera mejor que os hablaran de vuestra justicia, porque la justicia nunca muere, aunque se levanten cuarteles en la bibliotecas y los templos. Cuando los conquistadores romanos entraron a Grecia, Grecia les brindó sus poemas y sus mármoles, y en lugar de perecer bajo las armas, floreció su espíritu sobre los muros de Ciudad Eterna. No nos detendremos, pues a lamentar vuestras desventuras; bien sabemos que la justicia os lleva de la mano ante el supremo tribunal de la historia. Nuestra lengua vibrará por lo tanto en lo porvenir, que ese es el timbre de los ideales superiores. Harto malaventurada ha sido la experiencia recogida por los hombres para que nos detengamos a cosechar enseñanzas a la vera de los polvorientos caminos del pasado. Seamos como águilas que al lanzar su vuelo desde la montaña, indiferentes al abismo, clavan tan sólo la pupila en el espacio.

Traemos palabras cordiales para todos los pueblos de América, porque es nuestro anhelo más hondo que las rencillas entre hermanos se resuelvan, no por la fuerza de las armas, sino por la indulgencia de los corazones. Creo que no pueden abrigarse odios perdurables en esta tierra donde se han levantado templos al sol, el más generoso de los astros; como tampoco creo que puedan sustentarse ideas imperialistas en un país donde las lanzas de Arauco se quebraron sobre el escudo de los conquistadores. Y entiéndase

que hablo del alma de los pueblos siempre pura y justiciera, porque las guerras no las hacen los pueblos sino los gobiernos que ignoran que la conquista de cualquier territorio no vale la vida de un hombre. Tengo el convencimiento de que, una vez que hable la justicia, a esta nube negra flotante en el cielo americano la han de desvanecer vientos de olvido. Nada hay en nuestro corazones que pueda servir de alimento a la serpiente del odio. Son más grandes nuestros amores que nuestros intereses; hay más fuego purificador en nuestras almas que deleznable sensualismo en nuestros cuerpos. No nos preocupamos sino en ser fuertes de fortaleza espiritual, que es lo que a los pueblos agranda en el amplio panorama de la historia. Y nada más propicio para ello que estas mentalidades vírgenes de América, no contaminadas aún por pasiones despreciables ni egoísmo materialistas. Aquí ha de nacer vigoroso el ideal magnífico de redención de los hombres, que es al mismo tiempo de glorificación de la personalidad humana. Ningún sueño más noble ni más alto puede abarcar un espíritu que la hermandad de los pueblos en la fiesta creadora del trabajo. La suprema sabiduría está en el saber amar porque también va en ello la suprema virtud. Y mientras los hombres se empeñen en luchar con los hombres, en deponer las virtudes inmortales para esgrimir las pasiones perecederas, no podrán avanzar en el ritmo heroico de la vida y permanecerán alerrojadas por las fuerzas deleznable y transitorias del mundo. Es menester derribar las murallas que limitan nuestro horizonte, romper el círculo de los conceptos y de las creencias que impiden el soberano despliegue de nuestra generosidad afectiva e intelectual. Falsos conceptos y falsas creencias que desde hace siglos han venido orientando la acción de los hombres y educando su espíritu para la muerte en vez de educarlo para la vida. Desde la ciencia positiva que llenó de tristeza al mundo con su intento de matar la libre personalidad humana, hasta la política, que llenó de sangre al mundo por su incapacidad de amor, todo ha conducido a la multitudes por sendas de prejuicios y por mares de luchas estériles. Mientras no haya una noción clara de la libertad no habrá una noción pura de los ideales; y mientras el concepto de la responsabilidad no sea el fundamento de la ética, tampoco habrá el estímulo de la virtud. En tanto falte todo ello, faltará la única base sólida en la que pueda levantarse triunfadora cualquier acción. Es menester, pues, dar una nueva educación a los pueblos, una educación idealista, o sea, una educación para la libertad, que es la tierra donde arraigan las más nobles esperanzas y la más fuertes empresas de los hombres. Hace siglos que la humanidad viene andando su camino doliente, con

la pesada cruz de la injusticia a costas. A cada instante se le habla de mejores días, de la redención social, del advenimiento de la paz en la tierra y todo se desvanece con la música de las palabras. En todas las épocas y en todos los pueblos, en nombre de la justicia se ha castigado el pensamiento libre, en nombre de los deberes se han ahogado los derechos, en nombre de la libertad se han forjado cadenas en las fraguas de los tiranos; y los pueblos, dóciles como los bueyes han seguido abriendo la tierra para que las aves advenedizas sustentaran su vida en el surco. De hoy en adelante no más palabras, arranquemos la lengua a la sirena, que el estudio y la acción directa son la verdadera escuela de los fuertes. Cada época necesita sus hombres, y los de hoy han de ser lo suficientemente heroicos como para trasponer la montaña de prejuicios que nos impide dar el paso definitivo de la liberación. Forjemos reciamente nuestra voluntad, que en ella reside la fuerza de todas las aventuras humanas, y en ella está el impulso de toda emancipación. También en la voluntad se nutre la soberana esperanza y le sirve de roca para lanzarse al espacio; la constancia creadora del hombre tiene en ella su fuente de energía, el fuego de su fragua y el metal de su yunque.

La historia del pensamiento nos enseña que dos son siempre los destinos que aguardan a los sueños de la mente humana: o se quiebran ante la ruda realidad del mundo o se pierden en la infinitud del tiempo sin hallar el instante presentado.

Nunca se nos entrega el mundo como le viera nuestra esperanza. El espíritu va creando la vida como el artista su obra; pero jamás floreció la vida, pura y armoniosa como la soñara el espíritu. Por eso el secreto del triunfo está en la recreación de lo creado, así como el valor perenne de los ideales está en la constancia de su vuelo. Los ideales cuanto más imposibles más bellos son para nuestras esperanzas que gustan alimentarse de formas puras. La vida toda no es más que vibración de espíritu, y por lo tanto, en el fuego de la idea se purifica y eterniza el momento que pasa. Sólo se aprende a vivir cuando se descubre la corriente de eternidad que discurre sin tregua por el cauce recóndito de nuestra vida, se aprende a vivir cuando se intuye la creación de la vida, porque en la creación de la vida se elabora la eternidad del espíritu. Démosle, pues, a ella su cabal trascendencia colmándola de valores absolutos. Al marchar por los caminos del mundo olvidemos las piedras que pisamos y abramos las ventanas del alma a la música pitagórica de lo infinito.

Señores:

En la soledad inmensa de los mares, el más hondo placer, es

el placer de las horas pensativas. Una noche, después de vivir en su plenitud el ocio divino, quise encontrar en la sombra un punto donde detener la mirada; pero del seno de la sombra sólo se levantaba el sordo clamor de las olas. Levanté entonces la vista y el cielo me brindó la temblorosa claridad de una estrella.

Mis queridos compañeros: aquella escena del barco, cada vez que pienso en el destino de los pueblos americanos, la veo repetirse en estos mares procelosos de nuestra vida tumultuosa y violenta. Cuando en medio de sus luchas, en la vorágine de sus guerras, en el clamoreo de sus multitudes, he querido averiguar el rumbo de los hombres, mis ojos se han perdido en la sombra, y solo he podido escuchar una inmensa confusión de voces que imprecaban, que demandan o que imploran. Pero entonces he levantado la vista y he descubierto esta juventud del novecientos, pensadora y rebelde, que ha sido para mis esperanzas como el consuelo de la estrella en aquella noche de los mares. Y yo quiero en esta hora trascendental del mundo, en que las ideas amplias y fuertes retoñan con inusitado vigor sobre la gleba juvenil, desde esta tierra donde el alma indígena desafiando al tiempo floreció en la piedra, lanzar a los vientos de América la palabra augural que anuncia la emancipación futura del brazo y de la inteligencia. Quiero evocar la sangre abolida de los Incas, la sangre bravía de aquellos hombres dorados por el sol de las montañas, para sentir por un instante el renacimiento de la pureza heroica y de la belleza fuerte. Y que por gracia de la evocación, aquella estirpe indómita nos preste su pujanza para llevar a las luchas del futuro la firmeza de nuestras rebeldías. Entreveo en lejanos tiempos la victoria del hombre sobre el mundo. El sagrado numen de las edades remotas, dilatándose a través de los siglos, dictará los nuevos mandamientos a la conciencia humana, hermanando a los pueblos del continente en una suprema armonía de acción y de pensamiento.

DEL LIBRO INÉDITO "CALENDARIO"

POR
ALFONSO REYES

Estas bellas páginas, que nos adelanta Alfonso Reyes de su libro inédito "Calendario", era nuestro deseo darlas en el próximo número de "Valoraciones" y consagrar por entero la colaboración del presente a nuestro malogrado amigo Ripa Alberdi. En virtud, empero, a la inminente salida de dicho libro, actualmente en prensa en Madrid, anticipamos su publicación, honrándonos con la benevolencia del extraordinario estilista de "La visión de Anahuac" y "El embrujo de Sevilla".

EL BUEN IMPRESOR

El sino del impresor "amateur" es la desdicha. Tenía que imprimir una Doctrina Cristiana que empezaba con la frase: "Dios hizo el mundo en siete días"; y quería a toda costa emplear en el libro sagrado la mejor caligrafía que tenía: una hermosa mayúscula de misal, vestida de rojos y oros vivos, con ángeles azules y festones de flores, bandas y columnas simbólicas, pájaros vistosos.

Ahora bien, el libro empezaba por "D", y la mayúscula historiada era una "F".

El impresor se decidió a tocar levemente el original, e imprimió así:

"Francamente, Dios hizo el mundo en siete días".

(Y es lástima que no fuera erudito en doctrinas heterodoxas, porque pudo haber puesto, con mayor sentido: "Finalmente, Dios hizo el mundo en siete días". ¡El principio del fin!)

DEL HILO, AL OVILLO

Tenía razones para dudar. Volvió a casa inesperadamente. La casa estaba desierta.

VALORACIONES

121

En el vestíbulo, una madeja de lana, abandonada, yacía en el suelo; era la lana con que su mujer estaba tejiendo no sé qué, por matar el tiempo. O por tener pretexto de andar siempre con los ojos bajos. Bien lo comprendía él.

— Todo está muy claro, se dijo. En la lucha, o lo que sea, la labor ha caído al suelo.

Pero la madeja se desarrollaba hacia el pasillo en un infinito hilo de lana azul.

— Sigamos el hilo, pensó. Por el hilo se saca el ovillo.

Y, saltándole el corazón, empuñó el revólver.

El hilo azul corría por el pasillo, entraba en el comedor, salía después por la otra puerta...

Y él lo seguía de puntillas, anhelante, guiado en aquel laberinto de dudas y pasiones por el hilo azul. En su conciencia había una sombra impenetrable, cortada por un hilo azul infinito.

El hilo seguía su camino misterioso. En el otro extremo del hilo, pensaba él, está la ignominia. ¿Tal vez el crimen? Y tenía miedo de sí mismo.

El hilo atravesaba un salón y, ya agitado por evidentes palpitaciones, se escurría por debajo de la puerta del fondo.

Y vaciló ante aquella puerta: ¿sería mejor desandar el camino, y llevarse a la calle, como robado y a hurto, el secreto de su felicidad? ¿sería mejor ignorarlo todo? El hilo, fiel, le ofrecía el camino de la fuga.

Al fin, haciendo un esfuerzo de serenidad, seguro de que el revólver no se dispararía solo en su mano crispada, abrió la puerta...

Hecho una bailarina rusa, en un verdadero océano de lana azul, sobre el tapiz de la alcoba, luchando con manos y patas, el gato, un precioso gato blanco, verdadera nube de candor, se revolcaba, gozoso.

Junto al gato, en el sillón habitual, sin una sonrisa, inmóvil ella, siempre enigmática, lo conteleplaba sin verlo.

EL ORIGEN DEL PEINETÓN

Día de feria. La Catedral, oscura y desierta.

Santa Justa y Santa Rufina bajan de la peana: un salto, un vago fru-fru de sedas. Nadie las ha visto. Y salen por esas calles de Dios...

Como tantas mujeres, una de ellas saca un espejito del seno, y se van arreglando por la calle. Pronto los mantos son mantones,

y se las tomaría por dos guapas mozas de Sevilla. Al paso, oyen piropos.

Pero se han olvidado del halo, y sobre el casco de sus peinados se ve, desde lejos, un resplandor.

Y la gente:

—Son dos reales hembras.

—Pero ¿qué llevan en la cabeza, que brilla tanto?

—Es que se han puesto un peinetón.

CeDInCI



BIBLIOGRAFIA

JOSÉ VASCONCELOS. *Estudios Indostánicos*. Ed. Saturnino Calleja. — Madrid 1923.

Los ensayos escritos al correr de la pluma en las horas del ostracismo, han vuelto a editarse en un volumen y el sentimiento paternal del autor ha sido bastante intenso para amparar, con su nombre aquellos frutos del azar. No deseamos que este nombre, hoy prestigioso, refleje su autoridad sobre un libro ~~no~~ discutible.

Conocemos y apreciamos la obra revolucionaria, de proyecciones tan grandes, realizada por los dirigentes de México, entre los cuales se destaca dignamente el señor Vasconcelos. Con toda nuestra simpatía acompañamos al hombre de gobierno, pero si sus teorizaciones pseudo filosóficas llegaran a ejercer alguna influencia la estimaríamos perniciosa. Surge una antinomia irreductible, si quienes en la acción concretan una obra positiva y afirmativa, pretenden conciliarla con una ideología pesimista y negativa.

Sin duda, sería injusto considerar estos "Estudios Indostánicos", como un estudio de fondo y tomar al pie de la letra el título. Conjunto de esbozos fragmentarios, de relatos inconexos, no cabe discutir su insuficiente información, su problemática cronología, su falta de discernimiento entre lo esencial y lo subalterno. Por cierto cuanto repite el autor tiene su fuente autorizada. Pero el Indostán es todo un mundo. En su historia accidentada es necesario distinguir la serie de las distintas épocas: la invasión de los pastores arios, el conflicto con las razas aborígenes, el apogeo de la cultura propia, la perversión y decadencia de la misma, el agotamiento nacional y el dominio de fuerzas extrañas. Es peligroso confundir entre sí la evolución de los varios periodos por más que subsistan en apariencia elementos arcaicos.

Luego no hay que olvidar la extensión enorme del territorio, ni desconocer las características regionales y étnicas, que diversifican de manera tan extraordinaria aquel conglomerado de razas, pueblos y castas. Solamente la distancia puede simularnos una unidad histórica y geográfica que se desvanece al menor examen. Toda noticia y apreciación debe limitarse a determinada época, a una región circunscripta; las generalizaciones por fuerza resultan superficiales.

En realidad el señor Vasconcelos, con propósito catequizante, no ha querido darnos sino una síntesis de las ideas directrices de la cultura indú y señalar las que debiéramos asimilar. Sin embargo el intento se frustra y la exposición se vuelve difusa por no concretar el tema, por mez-

clar asuntos asaz heterogéneos y no limitarse al aspecto más alto de las doctrinas esotéricas.

Es una obra impresionista que conserva el rastro de las lecturas ocasionales. El autor ha obedecido al impulso de un profundo interés intelectual y de una simpatía afectiva, pero ha dejado de lado todo espíritu crítico.

Falta sobre todo un nexo lógico, una posición filosófica central de la cual se deriven las conclusiones parciales. No es necesario encuadrarse en el viejo casillero de las teorías sistematizadas, pero es necesario poseer siquiera un concepto fundamental y claro. El señor Vasconcelos, y está en su derecho, asume una actitud mística, pero sin definirla ante los problemas de la vida. La afirma o la niega? Su fe en el poder oculto de los faquires, en la magia de los yoguis, en los duendes malignos y en la levitación, aún su vago sincretismo religioso, no aclaran esta cuestión y no suplen la ausencia de un pensamiento formal.

¿Cómo un hombre de gobierno, sin una explicación previa, puede extasiarse ante doctrinas que a un conjunto de trescientos millones de seres humanos, han convertido en la mansa grey, explotada, van para mil años, por cualquier puñado de aventureros que han querido someterlos y más aún que por los extraños, oprimidos por su propia tradición, por la superstición, el ritualismo y la resignación abúlica? ¿Quiénes bregan por revivir las masas proletarias de su país y despertar en ellas la conciencia de la dignidad humana, acaso se han inspirado en la suerte del paria? Para eso pudieron ahorrarse la revolución.

Bien comprendemos el sentimiento íntimo que mueve el ánimo del señor Vasconcelos: Es el tedio de la civilización contemporánea, labrada por un positivismo burdo, degradada por el materialismo económico, que, sin fe y sin ideales, dueña de una técnica excepcional, la emplea en satisfacer ruines concupiscencias. Comprendemos como este sentimiento se exagera en la vecindad de un pueblo de presa, donde las lacras de la mentalidad europea se exageran sin los atenuantes de una noble cultura. Pero es en el quietismo de los pueblos orientales donde el siglo XX hallará su panacea?

Sin duda, después de conocerla a fondo, conviene romper el cerco de la cultura occidental y no ignorar las grandes creaciones del oriente, pero no para importar artículos que en casa nos sobran y nos estorban. ¿Desea el Sr. Vasconcelos que las mujeres de México abandonen el culto de la Virgen de Guadalupe para prosternarse ante los símbolos de Siva? No por cierto: "Al lado de los cultos públicos y de las doctrinas elevadas, persisten prácticas obscuras y preceptos turbios, que no tienen que ver directamente con las cuestiones trascendentes, sino con las costumbres y miserias humanas". Persisten en efecto, y no solamente en el vulgo.

Es en tiempos muy recientes que, por fin, asoman los síntomas de una renovación íntima y algunas mentes han alcanzado la libertad espiritual que para nosotros conquistaron los griegos y afirmó el Renacimiento. Porque no hemos de negar que en las altas esferas del pensamiento indú existen virtualmente las posibilidades de semejante renovación. A condición de romper una cáscara muy dura y de invertir en un vuelco intenso su actitud espiritual.

La penetración y la sutileza, la capacidad especulativa de los indúes sin duda es asombrosa, si bien siempre carecieron de medida y de cla-

ridad. Si desentrañamos las ideas puras de los Upanishads y del Vedanta, del fárrago de doctrinas exotéricas, de metáforas y de mitos, de imágenes tropicales y de giros alambicados y ambiguos, nos encontramos con una alta concepción idealista, fundada en la comunión mística del Atman, en la identificación del alma y de Dios. Pero la exégesis de los bramanes, en vez de exaltar la chispa divina que reside en nosotros, no ha extraído de esta visión superior sino el aniquilamiento de la personalidad humana y la irrealidad del mundo, mera ficción que nos simula el velo de la Maya.

Y la gran teoría del Karma, la creación más original y poderosa de la filosofía indú, que considera al mundo como una expresión de su valor moral y crea un nexo místico entre la culpa y el dolor, solo se emplea en apartarnos de la acción. Es realmente una ética que está "más allá del bien y del mal".

Para el budismo luego, la vida se identifica con el dolor y en lugar de invitarnos a afrontarla con entereza viril, nos propone anticipar el anonadamiento del Nirvana.

Y todavía afirma el señor Vasconcelos "que para entender y comprender la verdad cristiana es menester incorporar al cristianismo la tradición vedántica por el camino de Buda, que es el verdadero baustista". ¿A qué albarda sobre albarda? ¿No bastaría tomar en serio, como quiso Tolstoy, el evangelio y vivir con arreglo al sermón de la Montaña, afrentados en ambas mejillas? Porque el cristianismo también es una doctrina de renunciamiento y su ideal es ascético.

Cree el señor ministro, de veras, que con doctrinas como la de la no-resistencia, va a detener el avance de sus amables vecinos, los ávidos lectores de la Biblia, que moran allende la frontera? ¿O también predica una cosa y hace otra? Profesar teorías que están al margen de la vida no es profesar la verdad.

No; estas santidades no han impedido en Oriente la degradación de las masas, ni en el Occidente el estallido de las pasiones más brutales.

Coincidimos con el señor Vasconcelos cuando afirma la existencia de un problema religioso que exige su solución. El hombre se distingue de la bestia por la necesidad metafísica de vincular lo relativo a lo absoluto. Esta necesidad la razón la experimenta, pero solo el sentimiento la satisface. No puede tampoco negarse que toda religión ha de descansar en la certidumbre de la experiencia mística.

Pero la salvación no está en remendar viejos moldes, sino en forjar nuevos. Las doctrinas del renunciamiento, de la humildad, de la resignación, responden al interés de castas dominantes y, lo nos envilecen, o nos obligan a la hipocresía.

Si hemos de tener otra vez una actitud religiosa, que sea de la afirmación valiente de la personalidad autónoma, de la voluntad heroica, de la aspiración a la justicia por la acción. Y si el fervor místico vivifica esta actitud, sea en buena hora, para infundirnos la fe, que el aliento fugaz por un instante alma de nuestra osamenta, no se ha de aniquilar en el vacío, que ha de perpetuarse como un integrante de la potencia creadora. Muy lejos estamos del optimismo trivial del burgués satisfecho. ¿Pero a que hemos de dirigir la vista a estas concepciones pesimistas del pasado?

El mundo es malo dicen a una, bramanes, budistas y cristianos, de

consiguiente huyamos, refugiémonos en el claustro, en lo más intrincado del bosque, contemplemos el propio ombligo y recitemos la palabra litúrgica. A nuestro turno digamos, efectivamente el mundo es malo, pues removámosle de "fondo en comble"; amasemos esta bola de arcilla hasta darle la forma que nos cuadre.

Y téngase presente que si el mundo es malo, nosotros no somos mejores. No recordamos si fué Platón o Darwin quien dijo que el hombre lleva en sí un animal, y bien, matémosle sin reparo y libremosnos del mal compañero sin renunciar a los ideales humanos.— A. K.

BERTRAND RUSSELL. *Principios de Reconstrucción Social: El Progreso y el Estado, según Russell.*

En estos momentos de crisis político-espiritual porque atraviesa la humanidad, resulta verdaderamente reconfortante leer de nuevo libros que, como "Principios de Reconstrucción Social", de Bertrand Russell, fueron escritos con un criterio sobrepujado a las circunstancias efímeras de tiempo y de lugar.

Cuando hayan terminado definitivamente las veleidades Mussolinísticas y Riverísticas actualmente en boga, las nuevas generaciones buscarán y hallarán en libros como éste las vetas auténticas que, descubiertas ayer, no más, se hallan sepultadas ahora como si pesaran sobre ellas gruesas capas aluviónicas.

Para Bertrand Russell existe una fuerza permanente que alimenta la actividad humana y la guía en un determinado sentido pero que se sustrae a nuestra comprensión. El progreso consiste en el triunfo efectivo de ese impulso permanente que se realiza a través de los deseos personales muchas veces pueriles, variables y hasta contradictorios. "El impulso directo es el que nos mueve, dice, y los deseos que creemos tener son sencillamente un paramento del impulso".

La teoría de Russell se aproxima, notablemente, a la de Schopenhauer. El "impulso" del primero asemejase visiblemente a la voluntad del segundo. Tal vez por aprensión inglesa a la metafísica no llega Russell a reconocer en el impulso la voluntad cósmica, manifestada a través de la naturaleza humana.

El impulso es expresión de vida, dice Russell, y, por eso, confía en él para la solución definitiva del problema de la fuerza en el que vé una de las más formidables trabas del progreso.

Con una maravillosa sobriedad de palabras, profundiza Russell su examen del fenómeno humano, desembarazándose de todas las pre-nociones dogmáticas que, sin quererlo, usamos como materiales de construcción en todo razonamiento. Según él, los hombres, como los árboles, requieren para su desarrollo buen terreno y suficiente libertad, "pero el terreno y la libertad requeridos para el desarrollo de un hombre, son infinitamente más difíciles de descubrir y de obtener que el terreno y la libertad para el desarrollo de un árbol". El hombre no puede, como el árbol, limitar sus necesidades y sus deseos a su propia vida; forma parte integrante de la sociedad; triunfa y fracasa con ella.

Observa Russell que en el mundo moderno el principio de progreso está enmarañado por instituciones heredadas de una edad más simple que

actúan opresivamente sobre la sociedad y el individuo, impidiendo o desviando su desarrollo natural.

Las nuevas posibilidades de progreso y las nuevas aspiraciones surgidas como consecuencia de haberse aumentado el dominio sobre las fuerzas del mundo físico y de haberse extendido el conocimiento y fortalecido el pensamiento humano, han provocado un conflicto universal en el que la tradición y la autoridad se ponen en línea contra la libertad y la justicia. "La moral que profesamos, dice, como es tradicional, no presta ayuda a los que están en rebeldía. La cooperación entre los defensores de lo viejo y los campeones de lo nuevo, se hace cada vez más imposible".

Todas nuestras instituciones tienen sus bases históricas en la AUTORIDAD que, aún hoy, después de sus múltiples transformaciones, es de la misma naturaleza incontestada de los déspotas orientales de origen divino.

Analiza Russell el patriotismo, que no es sino un grado de inclinación instintiva hacia los compatriotas y una aversión instintiva común hacia los extranjeros. Y luego de referirse a las instituciones políticas en su función opresiva, hace esta interesante observación psicológica: "Cuando el progreso del hombre no es impedido, su respeto a sí mismo permanece intacto y no se inclina a considerar a los demás como enemigos suyos. Pero cuando por cualquier razón es impedido su progreso o se le obliga a desenvolverse en un medio contrario y no natural, su instinto le presenta lo que le rodea como enemigo y se llena de odio. La alegría de la vida le abandona y la malevolencia ocupa el lugar de la amistad. Es proverbial la malevolencia de los jorobados y los lisiados; y una malevolencia igual ha de suscitarse en aquellos que han sido lisiados aunque lo sean en sus menos evidentes aspiraciones. La libertad real, si ha de ser llevada a cabo, tendería forzosamente hacia la destrucción del odio".

Estos razonamientos le llevan a estudiar brevemente el instinto en sí, afirmando que casi todos los instintos son capaces de varias formas diferentes en concordancia con las salidas que encuentra. El mismo instinto que lleva a la creación artística o intelectual, puede, en otras circunstancias, llevar al amor, a la fuerza, etc. El hecho de que una actividad o creencia produzca un instinto, no es razón para considerarle como inalterable, de donde se concluye que el instinto pueda cambiar de dirección por obra de nuestra voluntad inteligente.

El aumento de la intervención del hombre sobre el mundo material por los inventos y la ciencia, ha producido cambios de profunda importancia creando, desarrollando y orientando los instintos. La revolución industrial, ha alterado, radicalmente, la vida diaria de los hombres por la creación de grandes organizaciones económicas, modificando la estructura total de la sociedad, pero las instituciones no se han acomodado todavía, ni a los instintos desarrollados por las nuevas circunstancias, ni a nuestras creencias reales del presente. El Estado, la propiedad privada, la familia patriarcal, la iglesia, ejércitos y armadas, todas estas cosas se han hecho en cierto modo opresivas; en cierta medida hostiles a la vida".

A Russell le parece errónea la panacea del socialismo: "No es solamente más bienes materiales lo que los hombres necesitan sino más libertad, más dirección de sí mismos, más salidas para la creatividad, más oportunidad por la alegría de vivir, más cooperación voluntaria y menos concursos y propósitos que no son los suyos mismos. Las instituciones

consiguiente huyamos, refugiémonos en el claustro, en lo más intrincado del bosque, contemplemos el propio ombligo y recitemos la palabra litúrgica. A nuestro turno digamos, efectivamente el mundo es malo, pués removámosle de "fond en comble"; amasemos esta bola de arcilla hasta darle la forma que nos cuadre.

Y téngase presente que si el mundo es malo, nosotros no somos mejores. No recordamos si fué Platón o Darwin quien dijo que el hombre lleva en sí un animal, y bien, matémosle sin reparo y libremosnos del mal compañero sin renunciar a los ideales humanos.— A. K.

BERTRAND RUSSELL. *Principios de Reconstrucción Social: El Progreso y el Estado, según Russell.*

En estos momentos de crisis político-espiritual porque atraviesa la humanidad, resulta verdaderamente reconfortante leer de nuevo libros que, como "Principios de Reconstrucción Social", de Bertrand Russell, fueron escritos con un criterio sobrepuesto a las circunstancias efímeras de tiempo y de lugar.

Cuando hayan terminado definitivamente las veleidades Mussolinísticas y Riverísticas actualmente en boga, las nuevas generaciones buscarán y hallarán en libros como éste las vetas auténticas que, descubiertas ayer, no más, se hallan sepultadas ahora como si pesaran sobre ellas gruesas capas aluviónicas.

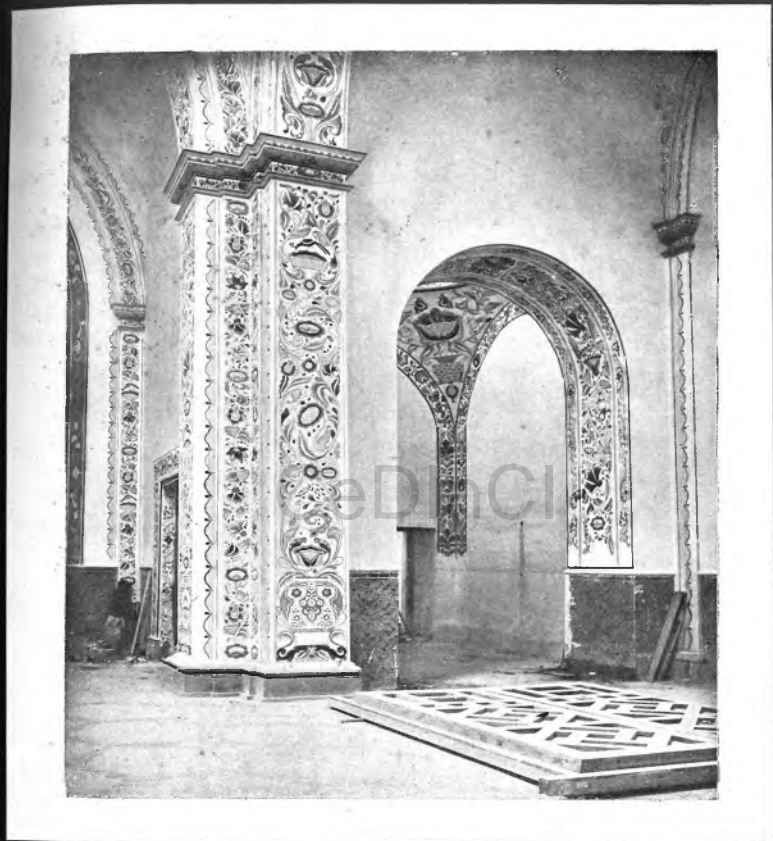
Para Bertrand Russell existe una fuerza permanente que alimenta la actividad humana y la guía en un determinado sentido pero que se sustrae a nuestra comprensión. El progreso consiste en el triunfo efectivo de ese impulso permanente que se realiza a través de los deseos personales muchas veces pueriles, variables y hasta contradictorios. "El impulso directo es el que nos mueve, dice, y los deseos que creemos tener son sencillamente un paramento del impulso".

La teoría de Russell se aproxima, notablemente, a la de Schopenhauer. El "impulso" del primero asemejase visiblemente a la voluntad del segundo. Tal vez por aprensión inglesa a la metafísica no llega Russell a reconocer en el impulso la voluntad cósmica, manifestada a través de la naturaleza humana.

El impulso es expresión de vida, dice Russell, y, por eso, confía en él para la solución definitiva del problema de la fuerza en el que vé una de las más formidables trabas del progreso.

Con una maravillosa sobriedad de palabras, profundiza Russell su exámen del fenómeno humano, desembarazándose de todas las pre-nociones dogmáticas que, sin quererlo, usamos como materiales de construcción en todo razonamiento. Según él, los hombres, como los árboles, requieren para su desarrollo buen terreno y suficiente libertad, "pero el terreno y la libertad requeridos para el desarrollo de un hombre, son infinitamente más difíciles de descubrir y de obtener que el terreno y la libertad para el desarrollo de un árbol". El hombre no puede, como el árbol, limitar sus necesidades y sus deseos a su propia vida; forma parte integrante de la sociedad; triunfa y fracasa con élla.

Observa Russell que en el mundo moderno el principio de progreso está enmarañado por instituciones heredadas de una edad más simple que



Roberto Montenegro: Detalle de la decoración de la Sala de Conferencias Libres de Méjico.



del futuro han de ayudar a producir todas estas cosas, si nuestro aumento de conocimientos y poder sobre la naturaleza ha de producir todos sus frutos creando de modo efectivo una vida buena".

Dice Russell que bajo la influencia del socialismo, el pensamiento más liberal en los últimos años ha estado en favor del acrecentamiento del poder del Estado, pero ha sido más o menos hostil al poder de la propiedad privada y él se inclina a darle la razón al Sindicalismo que se manifiesta tan hostil al Estado como a la propiedad, porque esas dos instituciones, las más poderosas del mundo moderno, se han hecho perjudiciales para la vida por los excesos de poder y ambas están precipitando la pérdida de vitalidad que sufre incesantemente el mundo civilizado.

Russell interpreta mal el liberalismo socialista al considerarlo favorable a un acrecentamiento del poder del Estado. La tendencia moderna a que se refiere, no es ésta, en realidad: consiste, sí, en un aumento de extensión del Estado que tiende a identificarse con la sociedad como expresión genuina de su voluntad permanente; pero se traduce, también, en la tendencia ostensible de disminución del poder arbitrario del Estado sobre la sociedad, frente a la cual ha sido, desde su origen, un enemigo y un opresor.

El poder del Estado, dice Russell, está solo limitado internamente por el temor a la rebelión y externamente por el temor a la derrota en la guerra, y la efectividad de ese poder se concreta en esta interesante contradicción moral: "El estado castiga con rigor a los que matan a sus compatriotas y también a los que se niegan a matar a los extranjeros, en general lo último es considerado como un crimen más grave".

Esta política, que Russell llama "política de manicomio", hace que dos hombres que se declaran una recíproca neutralidad en caso de guerra de sus respectivas naciones, serían fusilados por sus compatriotas. Si se trata de un músico alemán y de un pintor francés, Alemania se regocija de que el mundo pierda al pintor y Francia se regocija de que el mundo pierda al músico. Ninguno recuerda la pérdida para la civilización, que es la misma, sea quien quiera el muerto.

Por qué, pregunta Russell, se allanan los hombres al poder del Estado hasta el extremo de entregarles sus vidas? El encuentra que la razón tradicional finca en la lealtad personal al soberano, pero el fenómeno actual es un sentimiento de tribu, que se traduce en ordenamiento interno de la colectividad convertida en una gran empresa bajo la autoridad creciente del Estado, y los detentadores de esa empresa, en la necesidad de defenderse contra todos los peligros que la acechan dentro y fuera, no ven otra protección que el mantenimiento de la autoridad del Estado y la creencia de que toda resistencia al Estado es perversa.

Russell encuentra que son innumerables y profundos, aunque desconocidos en su mayor parte, los daños que al mundo moderno le ha causado el poder excesivo del Estado, que "en parte por la opresión interna, pero principalmente por la fuerza y el temor a la guerra, es una de las causas de la miseria en el mundo moderno y una de las razones más fuertes del desaliento que impide a los hombres alcanzar su plena altura mental".

No podría decirse que Russell es enemigo del Estado. Lo ataca por sus defectos, pero lo acepta como institución de solidaridad social rectificable y adaptable a las necesidades permanentes de la sociedad en cons-

tante transformación evolutiva. La educación obligatoria, la sanidad, el estímulo de la investigación científica, la evitación de los monopolios y las medidas necesarias para procurar la disminución de la injusticia económica consagrada aún hoy por la legislación positiva, son verdaderos fines del Estado, que requieren su existencia juntamente con los servicios públicos de carácter general que están a su cargo.

La obra de Russell no puede ser leída con la prevención timorata que provocan todas las afirmaciones de apariencia tendenciosa por evidente que sea la verdad que contengan. Su serenidad de pensador y la sinceridad que trascienden todas sus palabras, llaman a la meditación a todos los espíritus honrados, porque palpita en ellas el hábito misterioso y sugestivo que debe caracterizar la inspiración de los profetas verdaderos.

En vano la mojigatería ambiente procura desvirtuar el problema esencial que se resuelve siempre a espaldas de la verdad, imputando el fracaso a los síntomas pueriles con que la enfermedad se manifiesta. Admitase o nó que la sociedad es un organismo; pero no será posible desconocer que existe como conciencia y como voluntad, de naturaleza diferente y superior a las conciencias y voluntades individuales.

Si desconocer los valores espirituales que obran en el movimiento total del progreso evolutivo, debemos asignar a estas fuerzas en que se traduce el impulso o voluntad social, un carácter biológico, orgánico, en una palabra económico. La voluntad social es, en definitiva, fuerza económica, impulso expansivo de vitalidad con su séquito de sutiles paramentos ideológicos con que a veces se complace en disfrazarse por virtud de un proteísmo propio de esa alquimia maravillosa en que se resuelve la vida psíquica, individual y social. La obra perdurable del impulso se suma y se continúa a través del tiempo. No vá como la opinión pública contra los hombres que pasan; actúa directamente contra las instituciones que perduran, y de todas esas instituciones la más perdurable es el Estado. Por eso ha dicho OPPENHEIMER que toda la historia no es otra cosa que la historia del Estado, y podría agregarse: es la historia de la Sociedad contra el Estado.

Desde MAQUIAVELO hasta nuestros días, la doctrina política no ha sido más que el arte de obtener el poder y de conservarlo; en el futuro, el fin político, el único fin de la política, será el gobierno de la sociedad por sí misma, lo que WARD llama la "socioocracia". Entre tanto, indiquemos el rumbo, aunque nos parezca distante y a veces imposible el punto de llegada. — Carlos Sanchez Viamonte.

La Plata, Diciembre de 1923.

ENRIQUE RICKERT. *Ciencia Cultural y Ciencia Natural: nueva teoría de la ciencia.*—Edit. Calpe, Madrid 1922.

La "Biblioteca de Ideas del Siglo XX" que con tan loables propósitos—intenta poner de manifiesto la ideología peculiar a este siglo, demostrando las características esenciales de los nuevos pensamientos que inician su trayectoria al través de la matemática a la estética y la historia—inicia su publicación bajo la dirección eminente de Don José Ortega y Gasset, ofreciéndonos en primer término, en el índice de

las nuevas ideas, el libro: *Ciencia Cultural y Ciencia Natural*, del filósofo alemán Enrique Rickert.

No es tarea fácil, por cierto, la que se ha propuesto el señor Gasset. Y no decimos ésto porque pensemos que pueda darnos sistematizado, en un todo orgánico, los nuevos pensamientos — lo que sería absurda pretensión tratándose de una ideología en plena mocedad, que acaso valga más por su juventud promisoría que por la realidad intrínseca que contiene — sino por la dificultad inherente a la tarea misma.

Buscar al través de pensadores que cultivan las más dispares disciplinas científicas el rasgo común que los une en una radical concepción nueva de la vida y del mundo, supone, en quien lo intenta, a más de un talento singular, largas horas de esfuerzo y meditación. Ortega y Gasset, ha arremetido la prueba y aquí estamos ya frente a la biblioteca de ideas del siglo XX, dispuestos a entrar en ella, seguros de lealtad consigo mismo, forma única de no traicionar esta noble cátedra que se abre como un fontanar de agua fresca, sobre el espíritu sediento de verdad, de emociones nuevas.

La obra de Rickert, no obstante conservar su raíz anticuada, como observa Gasset — allí se remoza y vigoriza el idealismo clásico — revela síntomas que denuncian la profunda mutación que se opera en todos los órdenes de la actividad científica. Nada, pues, puede servir mejor para señalar la órbita que describe en la actualidad, el espíritu humano, que una nueva teoría de la ciencia; y es éste el tema que informa el libro que aludimos.

Circunscrito al problema de la clasificación de las ciencias particulares empíricas, empieza Rickert por establecer los términos principales de su ensayo. Ciencia cultural y Ciencia natural, son las formas fundamentales que emplea en la división de las disciplinas empíricas que tratan del ser real del mundo sensible. "Me he propuesto — escribe — definir los intereses, problemas y métodos comunes a aquellas disciplinas no pertenecientes a la ciencia natural, y que sirva asimismo para trazar la divisoria que las separa de ésta".

La tradición que gozan las ciencias naturales, debido a los progresos sorprendentes que alcanzaron en su investigación, pensadores geniales, unido al interés que despertaron, en parte los mismos especialistas, y en parte también, la filosofía, por dar a su actividad empírica una fundamentación lógica, nos permite considerar a este grupo de ciencias, en su estado histórico, como un árbol secular cuyas raíces hanse hundido profundamente en la conciencia humana. "Así, pues, — escribe Rickert — considerando ese pasado, debemos felicitar a los científicos que actualmente se dedican al estudio de la naturaleza, por ser descendientes de aquellos abuelos. En lo que se refiere a los conceptos más universales y fundamentales, viven hoy de las rentas, del capital que amasaron sus antepasados".

Ahora si consideramos, paralelamente, en su estado histórico, las ciencias culturales, no podemos afirmar ni mucho menos de lo que precedentemente queda dicho de las ciencias naturales. Son aquellas mucho más nuevas, tan es así que durante la segunda mitad del siglo XVIII y comienzo del XIX, se les negaba el carácter de ciencias, considerándolas entre las *bellas letras*, no obstante haber enterrado Kant la concepción física del universo e intentar Hegel fundarla sobre la vida histórica.

Kant es precisamente quien no le concede mayor importancia a la historia — tomada en su más amplio sentido — y Schopenhauer que fué el primero en advertir su diferenciación, sólo le sirvió para llegar a una conclusión negativa de ésta.

No han seguido, pues, las ciencias culturales, un desarrollo muy feliz, en su faz lógica y consecuentemente metodológica, y de ahí que quienes se dedican a su investigación particular, no encuentren, como sus colegas naturalistas, un terreno firme en que asentar su actividad.

Singular importancia cobra el ensayo de Rickert frente a esta situación, y no pocas ventajas se derivarán de él, sobretudo para los especialistas de las ciencias culturales, que son los que más auxilio necesitan de la lógica que aclare y comprenda sus intereses particulares.

La división que establece Rickert, desde un punto de vista *material* y *formal*, o conforme a su contenido y método, no significa que los dos grupos de ciencias particulares permanezcan separados de hecho, realmente, sino que solo manifiesta las distinciones *generales* del pensamiento. "Quiero, escribe nuestro autor, limitarlas a exponer los dos extremos entre los cuales, en cierto sentido, viene a caer casi toda la ciencia empírica; y para presentar con claridad las distinciones, agrega, tengo que separar conceptualmente cosas que en realidad están estrechamente unidas. Al especialista de la investigación empírica, que sabe apreciar el valor de las multiformes relaciones existentes entre las distintas esferas del trabajo científico, podrá parecerle *unilateral* y hasta forzado este intento, que de propósito quiere romper todos los lazos entre ellas. Pero la *lógica* no tiene otro camino, si quiere trazar límites en la abigarrada multiplicidad de la vida científica. Lo que en este estudio, continúa, consigamos adquirir puede, pues, compararse con esas líneas que el geógrafo piensa, para orientarse, sobre el globo, y a las cuales no corresponde nunca exactamente una realidad".

A fin de establecer para la exposición de su doctrina una rigurosidad terminológica, previamente, examina y refuta Rickert, la clasificación más generalizada y comúnmente aceptada de *ciencias de la naturaleza* y *ciencias del espíritu*, observando que si por "espíritu" ha de entenderse el ser anímico y sus peculiaridades, la vida psíquica, se presenta en oposición al mundo físico, se deduce que metodológicamente, en el campo de las ciencias del espíritu, se espera todo del método psicológico; así se ha llegado a considerar la historia como psicología aplicada. Pero si bien es innegable que a las disciplinas no naturalistas lo que preferentemente interesa es el ser psíquico, no se puede presentar, con esto, como principio fundamental de clasificación, diferencias materiales que no aciertan, y están muy lejos de dar con la nota de división lógica que existe entre las dos "especies distintas del interés científico". Partiendo de una *oposición única* — observa Rickert — como la de naturaleza y espíritu, no se puede dividir metodológicamente por modo exhaustivo la *muchedumbre* de las ciencias particulares: porque los problemas que aquí se plantean son mucho más complicados de lo que ordinariamente se cree. Surge aquí la necesidad de formularnos una pregunta apremiante: si la realidad empírica es una, cómo se justifica que haya más de una ciencia empírica dedicada al estudio de la misma y única realidad? Es que de la realidad inmediatamente accesible hay cosas que se destacan por su peculiar *significación* y en la que reconocemos "algo más que mera naturaleza".

Este "algo más" es de interés esencial y básico para la cultura; y para estudiar su proceso, su desarrollo, no podemos emplear, legítimamente, el método naturalista, porque con esto transgrediríamos una esfera de acción que no es la propia. El método aplicable al conocimiento y estudio de los intereses de la cultura, en concepto de Rickert, es el método histórico.

Para substituir a la clasificación de ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, encuentra nuestro autor, más apropiada y fundamental, es decir, que manifiesta la verdadera oposición, su división en ciencias culturales y ciencias naturales.

Sabemos qué es lo que a las ciencias naturales interesa, cuáles son sus problemas y sus métodos, conviene entonces, ahora, que averiguemos qué es lo que caracteriza al otro grupo de disciplinas particulares, o sea qué problemas tienen ante sí, por resolver, las ciencias culturales. Frente a los productos naturales que surgen libre y espontáneamente de la tierra, están los productos que el hombre elabora, cuida, desarrolla y cultiva, porque ha reconocido en ellos algún valor significativo, y en atención e interés del cual aplica conscientemente su actividad. Es, pues, el concepto novísimo de "valor" el límite de demarcación científica o sea la nota sustantiva en las ciencias culturales. De este modo vendremos a la conclusión, de que todos aquellos productos que el hombre cultiva y exalta a su máximo crecimiento y desarrollo, están referido a los valores, o como dice Rickert, son realidades valiosas. "Facilmente se advierte— escribe nuestro autor— que esta oposición de naturaleza y cultura, en cuanto se trata de una distinción de los dos grupos de objetos reales, reside realmente en el fundamento de la división de las ciencias. La religión— agrega— la iglesia, el derecho, el Estado, las costumbres, la ciencia, el lenguaje, la literatura, el arte, la economía, y asimismo los medios técnicos necesarios para su cultivo, son, cuando llegan a cierto grado de desarrollo, objetos de cultura o bienes, exactamente en el sentido de que el valor en ellos residente, o es reconocido por todos los miembros de una comunidad, o su reconocimiento les es exigido a todos". "Por eso— continúa— basta que ampliemos nuestro concepto, hasta hacer entrar en él también los *preludios* y los *momentos de secuencia* de la cultura, como asimismo los procesos que la fomentan o entorpecen, y en seguida veremos que abraza todos los objetos de la ciencia, de la religión, de la jurisprudencia, de la historia, de la filología, de la economía nacional, etc., esto es, de todas las "ciencias del espíritu" con excepción de la psicología, y que, por lo tanto, el término de ciencia cultural es apropiadísima designación para las disciplinas naturalistas". Es evidente, pues, que lo que transforma la realidad convirtiéndola en bienes de cultura, son los valores que en ella reconocemos y aceptamos. Pero con esta distinción en la realidad de dos grupos de objetos que se proponen al estudio de las ciencias particulares empíricas, no se establece, ni mucho menos, una clasificación formal de las mismas, es decir, que a la división material, falta la división de principio, lógica, que es esencial y básica para la solución satisfactoria de este ensayo. Trata entonces Rickert, previamente, de definir, en términos sumarios, el problema del conocimiento, y partiendo de la opinión más generalizada de que la ciencia se propone conocer y reproducir la realidad tal cual es, darnos una descripción del mundo tan exacta que valga como una copia rigurosa del modelo, observa que, la realidad empírica se nos manifiesta como una *muchedumbre incalculable*, y a medida que

ahondamos en su conocimiento se nos manifiesta irreductible la insolubilidad del problema que intentamos resolver, pues, el "más mínimo pedazo contiene más de lo que puede describir un hombre finito". De consiguiente nuestra actitud cognoscitiva, en el terreno de la ciencia, ha de dirigirse hacia lo particular y fragmentario, y entonces si la teoría de la reproducción ha de permanecer en sus términos, no puede ser sostenida. La tesis de Rickert, es que la ciencia, es decir, la conceptualización científica,—valga por nuestro conocimiento del mundo sensible *transforma* y *simplifica* la realidad. En concepto de nuestro autor, la realidad es heterogénea y continua, motivo por el cual se escapa a la razón. Para que nosotros podamos asir la realidad en conceptos, necesitamos convertir lo heterogéneo en homogéneo, como hace el físico, con lo que despojamos a la realidad de sus cualidades o bien romper su continuidad, tornándola discreta, que es la operación que efectúa el historiador. Esto demuestra claramente que ni el historiador ni el físico, pueden vanagloriarse de que sus nociones sean conformes a la realidad sino solo valederas para la realidad. Afirmábamos— siempre dentro de las ideas de Rickert— que la ciencia transforma la realidad, ahora necesitamos decir que en esta operación o proceder transformativo, las ciencias buscan un "a priori" o principio selectivo en que apoyar la separación que en la realidad practican de lo *esencial* y lo *inesencial*. "Este principio— escribe nuestro autor— comparado con el contenido de la realidad, tiene un carácter *formal*, y así, el concepto de la "forma" científica resulta ahora claro". "El conjunto de lo *esencial*— agrega— y no una reproducción del contenido de la realidad, es lo que constituye el conocimiento por el lado formal". Atendámonos, ahora, a este principio de división formal, aparecen claros los términos del problema metodológico que para la exposición de ese conjunto de lo *esencial*, se plantean las ciencias empíricas.

Conocido es el método de las ciencias naturales, que procede por generalizaciones, estableciendo conceptos universales, *leyes*, y considerando lo particular e individual como lo propiamente *inesencial*, sin ningún valor científico; en cambio las ciencias históricas que se proponen el conocimiento y estudio de lo individual, de lo real particular, no pueden legítimamente emplear en su exposición, el método naturalista que solo admite en su conceptualización lo universal, sino un método que convenga a sus intereses, y este es propiamente el histórico. No se afirma con esto una dualidad de lo real sino que solo se manifiesta que hay dos puntos de vista o principios formales en el proceder conceptual de las ciencias, y que utiliza Rickert como fundamento lógico para su clasificación en ciencias culturales y ciencias naturales.

Las ideas fundamentales del libro que comentamos, fueron expuestas por su autor, en una sesión de la Sociedad de Ciencias Culturales de Heidelberg, y sirve de introducción a su obra: *Los límites de la conceptualización en la ciencia natural*.— Carlos Américo Amaya.

ALFREDO FERNANDEZ GARCÍA. *Lámpara del Recuerdo*.— Poesías, La Plata 1923.

"mis elaboraciones
crean obra que es solo para sentimentales."

Así confesaba, años ha, el Poeta en su primer libro, y así hoy regre-

sando del silencio, su voz vuelve a decirnos sentimentalmente sus emociones.

Una a una pasan nuestras manos las páginas del libro, y su intimidad va adentrándose en el alma con ternura cariñosa, cristiana. Ello virtualiza la obra en su faz de deleite comunicativo, hacia el cual debe tender, en esencia, toda manifestación espiritual y artística.

Poeta sencillo y puro, empero la diversidad de temas, mantiene uniforme su tono expresivo, identificado en su manera de sentir y contemplar, con toda la nobleza de su temperamento.

Un amor diáfano, un concepto tranquilo de la vida, sin afares contradictorios ni inquietudes terrenales, dentro de sí mismo, a cubierto de todo viento de gravedad que pudiese tronchar las margaritas de su creencia impidiéndole

"ser alma resignada que se inmolaba
devotamente por la fé infinita;"

pasa los días de su existencia en actitud serena, y hondamente convencido en su resignación, dice:

"Sabidamente
gozo mi hora. Agítese la gente
y corra sin cesar, vertiginosa,
que no comulga su vivir conmigo,
y ante el desfile trágico me digo:
toda la dicha en la quietud reposa"

Libro de sentimiento, no hay que buscar en él preciosismos verbales ni mágicas visiones de belleza. La palabra corriente, la frase sentida, simple en su naturalidad, disculpan ciertas llanezas que se disipan en la armonía del conjunto. En cuanto a la variación de ritmos dentro del verso, no cabe el comentario, pues es deliberado propósito en el autor.

Transcribimos "El poema inefable" bello soneto que clausura el libro:

"Guardo veneración por el momento
lírico que pudo ser poema;
por todo aquello que trazó en esquema
desvanecido, el vago pensamiento.

Contado instante emocional fué acento
feliz de lira y realizado el tema.
Se malogró la música suprema
y la más pura flor del sentimiento.

El poema que no he de escribir nunca
en el libro ideal que jamás abras,
lo que pudo vivir de mi obra trunca,

la expresión en la cual me quita esencia,
es una melodía de palabras
dictadas por las voces del silencio".

"Lámpara del Recuerdo" consta de cuarenta y dos sonetos, y está dividido en los siguientes capítulos: Lámpara del Recuerdo, Voz Cristiana, La Paz Espiritual, La Ciudad, y Otros Sonetos.—P. V. B.

*COMENTARIOS

ARMAMENTISMO CONTINENTAL

A los estudiantes americanos

La última conferencia Pan-Americana ha tenido la funesta virtud de crear una situación de desconfianza entre los gobiernos de las naciones de América, evidenciando la desarmonía de sus propósitos, y la prensa toda y las gentes, inducidas en error por la costumbre irreflexiva, atribuyen al sentimiento de los pueblos las actitudes diplomáticas de sus mandatarios.

Entre los gobiernos de América se ha interpuesto una sombra de suspicacia inexplicable y absurda que debemos disipar nosotros los jóvenes representantes de nuevas tendencias ideológicas y de nuevos principios jurídicos-políticos, sobre los cuales es urgente asentar la ética social renovadora y rectificadora que hemos proclamado ya como un ideal y cuya consagración obtendrá la constancia y la firmeza de nuestro esfuerzo.

El armamentismo, fruto de anacrónicas intrigas diplomáticas, es un fantasma que sólo puede subsistir en el ambiente favorable de la superstición política. No son los pueblos los que se arman sino los gobiernos, comprendiendo con esa palabra el conjunto de fuerzas predominantes dentro de un país, en un momento determinado de su vida, y reconociendo que esas fuerzas se mueven a impulsos de mezquinos intereses privados bajo la máscara siempre sugestiva del honor de la patria.

Todo armamento es por sí mismo una agresión. Armarse es adoptar una franca actitud de beligerancia; es una manera de querer y de provocar la guerra; es la forma más directa de hacerla viable, de convertirla en un hecho natural y lógico, por que es lógico que piense en el combate el que se halla en actitud de golpear aunque su guardia sea defensiva.

Basta la creencia de que la guerra es necesaria para que sea posible, probable y hasta cierta. Creerla necesaria es la forma más

eficaz de desealarla y de atraerla. Si la guerra subsiste es porque los pueblos se resignan a ella como a una fatalidad inevitable. Nos hemos habituado a conjurar las epidemias, las pestes que las pasadas generaciones creyeron también fatalidad atribuible a poderes sobre naturales y dedicamos nuestros diarios afanes a la higiene del cuerpo para evitarlos. Cuándo realizaremos la higiene del espíritu para prevenir la guerra?

No basta que uno solo quiera pelear para que haya guerra. A un pueblo desarmado y cruzado de brazos serenamente quién se atrevería a agredirlo? La conquista necesita un pretexto: la resistencia armada. Hasta los piratas necesitan hoy justificar sus violencias y sus latrocinios. Tal vez, mañana mismo será imposible la justificación ante las ideas fuerzas de la cultura alcanzada.

La guerra no es ni ha sido nunca un problema social: es simplemente un problema político; el problema histórico del Estado como órgano de dominación y de explotación del hombre por el hombre.

Nuestro concepto jurídico-social del Estado moderno excluye definitivamente la guerra de las funciones gubernamentales. ¿Es acaso admisible que las facultades de los gobernantes, necesarias únicamente para la administración de los intereses sociales se extiendan hasta disponer de la vida de los hombres, precisamente de los más útiles a la sociedad? Existe acaso un interés nacional suficientemente poderoso para ser preferido a los beneficios espirituales y materiales de la paz?

Que la guerra ha sido hasta ahora inevitable no quiere decir que seguirá siéndolo indefinidamente. Las razones históricas que la explican ya no bastan a justificarla y en nada pueden ser aplicables a las naciones de América en donde el sentimiento de la patria ha perdido cuanto tenía de exclusivismo egoísta y hostil en las viejas naciones de Asia y Europa.

En los pueblos asiáticos y europeos el sentimiento de la patria es al mismo tiempo defensivo y agresivo; es, por sobre todo el interés creado imponiendo sus normas de egoísmo, porque las patrias asiáticas y europeas son la expresión estacionaria y regresiva del pasado; representan la fuerza decisiva de los hechos consumados aunque ellos sean la obra de la ignorancia y de la injusticia. Productos de una lenta formación aluviónica en ambiente de luchas y rencores, las patrias asiáticas y europeas han sido, son actualmente y serán por mucho tiempo un emblema de separación y enemistad entre los hombres.

Las patrias americanas pueden decirse, por el contrario, de formación volcánica. Nacidas al calor de un sentimiento breve e

intenso, su vida ha sido en el reciente pasado y será en el porvenir la realización de una idealidad atrevida y fogosa. América no tiene rencores; su civilización ha surgido como un impulso intelectual hereditario depurado en la espiritualidad impersonal de su trayectoria, y la patria es en ella, más que la realidad del pasado la promesa del futuro, el incentivo fecundo del ideal, la exigencia rigurosa de nuestra actividad, de nuestra abnegación, de nuestro sacrificio. Es, en fin, un principio revolucionario polarizado en el sentido de la perfección constante.

América es una en la geografía y en la historia y resulta de todo punto imposible que impliquen separación y enemistad los polígonos efímeros que han sido trazados circunstancialmente sobre su dilatado territorio. Sus nacionalidades gemelas y prodigiosamente homogéneas constituyen una confederación de hecho que el derecho confirmará si nos lo proponemos nosotros, la nueva generación.

Es indispensable que sea escuchada por todos nuestra voz de alarma, porque ha sonado ya la hora de la acción firme e intensa y no hay minuto que perder. Los principios proclamados y los propósitos declarados por el Congreso Internacional de estudiantes de Méjico, en Octubre de 1921, quedarán convertidos en letra muerta por nuestra culpable indiferencia y el armamentismo triunfará al amparo de nuestra complicidad.

Urge salvar a América a cualquier riesgo. Para concertar la acción debemos reunirnos nuevamente en congreso y proponemos desde ya que tenga lugar en la ciudad del Rio de Janeiro en una fecha conveniente dentro del corriente año.

"EL GRUPO DE ESTUDIANTES RENOVACIÓN".

EL ESTUDIOSO ARGENTINO Y EL CATEDRÁTICO IMPORTADO ANTE LA AUTORIDAD UNIVERSITARIA

Juan B. Selva publica en el último tomo de *Humanidades* un estudio sobre las figuras de dición; fundado en las particularidades de nuestra lengua vulgar. Una vez más hace oír este estudioso su voz clara y persuasiva para salvar deficiencias de la Gramática española, texto que sigue siendo nuestra autoridad, como en los tiempos de la colonia, porque todavía no se ha escrito la Gramática americana de la lengua castellana. Se trata de deficiencias de detalle solamente; porque contra el vetusto plan preceptista que informa ese texto, y que lo hace indigerible

para todos, chicos, medianos y grandes, contra eso Selva no tiene nada que decir: cree en la escolástica todavía. ¡Felices los creyentes!... Y a esta sola exclamación me limito, porque las cuestiones de fe son de orden psíquico, y en este temblador no entro.

Efectivamente, el capítulo de las figuras de dicción es una de tantas reliquias históricas que la Academia española exhibe en su texto gramatical de la lengua actual. Dios sabe en qué infolio de autor clásico aparecieron en el siglo XVI las formas *corónica e Ingalaterra, dejalde y hacelde*, y otras que esa corporación, siempre fiel a su estafalario principio de "el muerto al *bollo*, y el vivo al *hoyo*", muestra como cosas posibles en el castellano del siglo XX. Se explica, pues, que Selva, rebelándose contra el régimen perpetuo de tales exhumaciones, se haya tomado el trabajo de acopiar buen número de otras formas realmente vivas, y las ofrezca a la academia y sus imitadores en substitución de esos fósiles resucitados.

Pero, como Selva es de intelecto investigador y de alma argentina, es decir de esencia democrática, da tal amplitud y tal carácter a su trabajo que éste, en vez de constituir una simple acotación correctiva, ha tomado las proporciones de una monografía sobre el tema, y la materia descripta es una larga serie de nuestros propios vulgarismos de dicción. De modo que Selva no enmienda la plana de la Academia sino que la hace de nuevo, y no trabaja para los españoles sino para los americanos.

Estoy seguro de que Selva ha visto la sutileza casuística, resabio de la disciplina escolástica, con que la dicha Academia distingue la *figura* de dicción del *vicio* de dicción. En el fondo y en la forma, una y otra cosa son idénticas: representan una alteración de la palabra correcta. Pero, según la lógica parda de la Academia, lo uno, la figura de dicción, es admirable, casi encomiable, por lo menos digno de imitación, porque está en los clásicos: díjolo Blas, punto redondo; y lo otro, el vicio de dicción, es inadmisibile, y censurable, decididamente vitando, porque lo dice el pueblo. Y animada contra este pobre pueblo con toda la saña propia de su espíritu aristocrático, la Academia no vacila en aplicar el vejamen de *barbarismo* a este vicio vulgar; y al otro vicio, al noble, lo llama amorosamente *metaplasmo*. Ríge, pues, para el caso, el adorable principio jesuítico de las dos pesas y dos medidas. Pero Selva es argentino, repito, y con un denuedo que sorprende, porque la misión del gramático ha sido siempre maltratar al vulgo, no distingue a éste de la nobleza, hace una sola masa de las figuras y de los vicios. ¡Gran Dios! ¿no me engañan mis anhelos? ¿estoy viendo surgir de veras a la Gramática americana?

Ahora bien: si Selva es de intelecto investigador y de alma argentina, también es docente de temperamento, por vocación irresistible. De ahí que, al hermanar la figura con el vicio, no pretenda justificar este último; y su estudio es, en lo fundamental, una lección contra el vulgarismo. Selva pone así la ciencia al servicio de la cultura, y esto lo distingue de los que se entregan al estudio sin mira social alguna, con el solo objeto personal de parecer superiores... lo son, en efecto, como tipos de pedantería vanidosa y vacua. También se distingue Selva, por esta tendencia didáctica, de los cientificistas, que hacen una religión de la ciencia, y sumidos en el pozo del análisis extremo viven entregados al examen de las capas geológicas del planeta, sin que el desarrollo orgánico en la superficie les importe un bledo. Desde hace un cuarto de siglo Selva vive enclaustrado en la enseñanza, aplicado a formar a las nuevas generaciones de maestros un corazón y un cerebro argentinos, incitándolas a "pensar alto, sentir hondo y hablar claro".

De modo que, en el estudio de que estoy hablando, Selva hace el análisis de los vulgarismos, no solamente para explicar en cada caso el metaplasmo, sino también para decidir si la lengua culta debe aceptar o rechazar tales formas. Investigar el origen de los fenómenos del lenguaje es obra científica; analizar estos fenómenos con ese mismo fin, dentro de una lengua dada, es tarea previa, porque, para conocer la naturaleza de las cosas, es indispensable empezar por descomponer lo complejo en sus elementos simples. Y dictar preceptos sobre la manera de usar una lengua, no es un fin científico sino un método didáctico para llenar un fin social; método irremplazable en las cuestiones de fe, e inaceptable en las de raciocinio. He definido así en esencia las respectivas funciones del lingüista, del filólogo y del gramático. Pero el uso de una lengua puede explicarse, no por reglas imperativas, de orden puramente doctrinario, sino como la acción de las leyes generales y particulares, de orden lógico subordinado a la psicología de cada pueblo, que rigen la expresión de las ideas y emociones; y a este fin, que es a la vez científico y social, tiende la obra de Selva, quien, como docente, prefiere el método de la razón al del precepto.

Lo cuantioso del acervo de americanismos, sobre todo de argentinismos, que Selva acumula en este estudio, hace ver cuán amplio y fecundo es el campo que tales peculiaridades ofrecen a la investigación de los estudiosos. Interesante de veras es el plan de trabajo que podría desarrollarse para elaborar este material científicamente.

Habría que empezar por distinguir cuáles de estos vulgarismos son creación nuestra, y cuáles son legados del castellano colonial. No es que uno u otro origen baste para legitimarlos o repudiarlos, sino que es esencial la diferencia entre la tradición y la innovación, y necesariamente ha de ser también distinto el criterio con que se juzgue lo que existe en virtud de una u otra fuerza.

Luego habría que establecer cuál de las dos formas antagónicas, la culta y la vulgar, es la primitiva. Es menester emanciparse de la preocupación escolástica que, en materia gramatical, ve una corrupción en lo primigenio cuando lo primigenio contraría su doctrina; desde el punto de vista científico, decir que en lo primitivo hay degeneración es sentar un absurdo. En gramática, *corrupción* es un concepto moral, un calificativo doctrinal de la *incorrección*, término relativo, y sirve admirablemente para extrañar el juicio cuando se estudia la lengua con criterio científico. Por lo general, la forma culta, cuando se diferencia de la vulgar, es una *corrección* reflexiva y erudita, tendiente a suplantarla obra natural y espontánea del pueblo, que al formar sus palabras no se cuida de etimologías, eufonías ni eufemismos. De suerte que sólo puede haber corrupción en una forma vulgar cuando la primitiva es la culta, y al adoptar ésta el pueblo la ha falseado; en el caso contrario, que es el caso corriente, no hay *corrupción* en el vulgarismo sino *corrección* en el cultismo.

Después habría que considerar si el vulgarismo es admisible porque llena tal o cual necesidad, esto es, porque se origina de la ley de eficiencia (claridad y brevedad de la expresión) o inadmisibles porque responde a tal o cual vicio, esto es, porque se origina de la ley de inercia (impropiamente llamada "del menor esfuerzo") que lleva a la confusión, mediante analogías y anomalías sin eficacia en cuanto a perspicuidad. Y en uno y otro caso, no habría que aceptar o rechazar el vulgarismo sino previa comparación con la forma culta, que no por ser culta ha de tener necesariamente más eficacia expresiva que la vulgar. El lector verá que predico una especie de revisión de los valores consagrados por la tradición... le ruego que no se asuste: nada nuevo hay en eso. Los americanos estamos en la necesidad de revisarlo todo; la cultura europea se formó para un mundo que no es el nuestro, y en edades que no son éstas, y hay órdenes en los cuales los signos de esa cultura no han seguido la evolución de los tiempos: el castellano gramatical de los españoles es uno de ellos.

Y en conclusión, como fin social de este plan de trabajo, habría que proclamar el imperio de una u otra forma, la culta o la vulgar, por esa razón lógica, la de su mayor eficacia expresiva, y

no por la razón arbitraria de "la autoridad del buen uso". Esta fórmula es huera, puramente verbal; no hay dentro de ella ninguna ley natural, no hay nada más que la pretensión escolástica de hacer extensivo a la lengua culta, en sus relaciones con la vulgar, el privilegio del derecho divino de la Iglesia y de la Corona sobre la vida y la hacienda del pueblo. En América, el privilegio de la lengua culta sobre la vulgar debe resultar, no de la voluntad de los cultos, sino de la mayor perspicuidad y delicadeza de sus modos de expresión con respecto a los del vulgo.

La contribución escrita de Selva al estudio de nuestro castellano cuenta ya tres lustros, y se ha desarrollado en las páginas de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, de la *Revista de Derecho, Historia y Letras* y del periódico *La Obra* en nuestro país, de *Cuba Intelectual* en Habana, y de *La España Moderna, El Lenguaje y La Lectura* en Madrid. En estos trabajos se analizan fenómenos de morfología y de semántica, especialmente nuestros neologismos y los arcaísmos e indigenismos del habla popular; y el análisis se hace siempre con criterio científico y fin didáctico a la vez, porque, repito, en Selva los encantos de la ciencia no hacen olvidar las necesidades de la cultura. Si en *El castellano en América* (1906) la curiosidad científica es lo que lo lleva a examinar la evolución de nuestra lengua a la luz de las leyes generales del lenguaje, y de su examen resulta que el castellano mantiene su unidad en todo el continente, en vez de degenerar en dialectos regionales, en *Guía del buen decir* (1915) es el fin social de elevar la cultura lo que lo inspira, y le hace producir una obra didáctica que condena la incorrección ignorante, el vulgarismo ineficaz y el exotismo innecesario, y que combate a un tiempo al purismo y a la licencia manteniéndose siempre en el término medio de una tolerancia discreta del neologismo.

Esta dualidad de propósitos, ampliar el conocimiento y promover la educación, caracteriza toda la obra de Selva; y la hace genuinamente argentina el espíritu que la alienta: no están en nuestra idiosincrasia ni la sumisión que exige el preceptismo, ni la obcecación que impone el científicismo, vías que corren paralelamente a la misma meta: hacer una religión de la ciencia. Sin caer en éxtasis ante "la lengua santa" de los escolásticos medievales, ni ante "la lengua madre" de los classicistas, ni ante "la lengua de Cervantes" de los tradicionalistas, Selva ha sobrepuesto el fin social al científico, y esto lo ha salvado del sectarismo filológico en que desarrollaron su actividad Larsen, Mossi, Wernicke, Lewis, Pressinger, Calandrelli, Aldrey, Dobranich y Santa Olalla; y como ha consagrado su vida entera al estudio de

la lengua, tampoco ha caído en el diletantismo filológico de Mitre, López, Navarro Viola y Zeballos, ni en el glosarismo pueril de Lafone Quevedo, Lista y Barbará. No ha trabajado, pues, con las antiparras clásicas que presentan al mundo de hoy como una degeneración del antiguo, ni con el prisma de la fantasía que deforma la realidad, ni con el lente del coleccionista que de toda minucia hace un monumento. Su obra es de observación científica constante, libre de sectarismo, y es también obra de reflexión didáctica, libre de dogmatismo.

Por su índole inquisitiva, su criterio independiente y su tendencia educadora, Selva es la encarnación del filólogo argentino, la natural resultante de los anhelos y de las necesidades de nuestro ambiente en ese orden científico. Y si su obra no ha tomado mayor desarrollo, al ambiente también hay que recurrir para explicar ese hecho; porque acá, a las dificultades de la información científica propias del suelo americano, en el que no están los archivos del saber humano con que cuenta Europa, hay que agregar la falta de estímulo, para este género de estudios, de parte de quienes, por razón de su cargo público, están obligados a ver los gérmenes de progreso intelectual que aparecen en nuestro campo, y a cuidar su crecimiento.

Y con este motivo voy a entrar ahora en consideraciones tan extensas que requieren capítulo aparte.

Filología, en su muy limitada acepción actual, que no es la tradicional, se define en castellano como el estudio histórico de la lengua a los efectos de descubrir las bases de su formación y las leyes de su evolución. Determinar los principios que rigen la función de los elementos de la lengua actual, a los efectos de enseñar el más acertado uso de ella, eso es algo que los filólogos españoles no se proponen hacer directa ni indirectamente: desdennan tal estudio, lo dejan a los gramáticos. El catedrático español de filología no es, pues, un profesor de arquitectura sino un profesor de arqueología; no atiende a la necesidad material de dominar el manejo de lengua sino al anhelo espiritual de conocer su estructura. Puede decirse que es como el teólogo que nos pinta el Dios del otro mundo, y no como el moralista que nos describe los diablos que hay en éste. No niego la utilidad de tener una idea del Paraíso; digo solamente que antes conviene saber cómo es este valle de lágrimas. *Primum vivere, deinde philosophari.*

Principio quieren las cosas, y la verdad es que no está preparada nuestra juventud universitaria para los estudios de filolo-

gía castellana, por cuanto ignora absolutamente su base, que son los rudimentos de la gramática comparada, esto es, la naturaleza y la función de los elementos que componen la estructura general de las lenguas. Ignora más todavía: la gramática, el léxico y la retórica del castellano; no diré, como en el caso anterior, que ignora esto absolutamente, sino que ignora al respecto mucho de lo fundamental.

A pesar de esto, hace un lustro, nuestra autoridad universitaria advirtió la conveniencia de agregar a los estudios superiores, como materia facultativa, la disciplina filológica. Las razones eran las siguientes: 1) por su particular poliglotismo, este país podía aportar datos valiosos a la investigación científica, tanto sobre las lenguas indígenas y sobre el castellano colonial, como sobre las alteraciones de nuestra lengua en contacto con las autóctonas y con las exóticas; 2) el estudio del castellano histórico facilitaría el acertado manejo de la lengua actual, con lo que subiría el nivel de la cultura que marca el lenguaje; 3) así se estimularían también ciertas actividades nuestras que, por falta de método científico, estaban abandonadas a su sola inspiración en materia de rumbo y de objeto: vivían columpiándose indolentemente entre el preceptismo de los gramáticos y el ficherismo de los lexicógrafos, con frecuentes excursiones pintorescas al despeñadero de la etimología empírica.

Cinco años de lucha costó reducir las voluntades que se oponían a esta innovación porque no veían en ella sino una de tantas tentativas ya frustradas para traer a nuestra tierra una planta exótica, propia de las civilizaciones seculares, de los centros de una actividad esencialmente cultural, donde el saber es un goce espiritual antes que un medio de vida; y esa hierba delicada estaba destinada a marchitarse y a morir en este suelo de civilización embrionaria, en este centro de una actividad esencialmente económica, donde el saber no es un goce espiritual sino un medio de vida. En oposición a esto se argüía que era necesario que el esfuerzo cultural luchara contra la influencia ambiente, que era obra santa inculcar a nuestra juventud universitaria la afición al estudio desinteresado, y el mejor medio para ello era ponerle por delante los modelos europeos. Se trataba, pues, en el fondo, de una tentativa para encaminar a las nuevas generaciones hacia la adquisición de los conocimientos que dan por resultado un título académico en vez de un título profesional. ¿Acaso era discutible la bondad de esta iniciativa? No, por cierto; lo que se discutía era la seguridad del resultado. ¿Como íbamos a cambiar los sentimientos y a suprimir los cálculos de nuestra juventud universitaria, desafecta al



ALBERTO
MONTECARLO

estudio desinteresado? La réplica era que se arbitrarían recursos.

Al fin triunfó el proyecto. Unos, enardecidos por su fe en la sola fuerza de la idea para vencer las dificultades de su realización, y otros, alentados únicamente por la esperanza de que las dificultades fueran vencidas de algún modo en este país de las maravillas, todos unieron en la empresa sus esfuerzos, y se decretó la creación de un Instituto de Filología. Luego, cuando llegó el momento de su organización, se repitió la conocida historia: no teníamos en casa elementos para ello, y era forzoso traerlos de fuera. Una vez más se puso así en evidencia la debilidad común a nuestros dirigentes, que tanto en el orden científico como en el artístico (pero no en el político ¡oh cosa rara!) creen que el argentino está inhabilitado para hacer cosa que valga, y el capaz tiene que ser por fuerza un extranjero. Así como el intendente municipal necesita un ingeniero andaluz para construir en Buenos Aires una glorieta andaluza, la autoridad universitaria resolvió importar un filólogo español para implantar entre nosotros la filología castellana. He ahí una solución perfectamente lógica cuando se plantea la cuestión en sus términos generales, porque el especialista es sin disputa la autoridad en la materia; pero he ahí también una conclusión irremediablemente absurda cuando se advierte que la glorieta no va a ser para andaluces, ni la filología para españoles... y así se explica el fracaso constante, en nuestro medio, del ingeniero europeo para nuestra obra material, y del catedrático europeo para nuestra obra intelectual.

De modo que también se repitió la historia en el resultado de este experimento. Así como el ingeniero importado intenta construir su obra sin cuidarse de las condiciones de nuestro suelo y de nuestro clima, el catedrático importado trata también de inculcar su ciencia sin atender a nuestra idiosincrasia; y los argentinos nos encontramos siempre con que en la empresa hemos perdido el tiempo, y lo que es más grave, el gusto por tales cosas.

Llegó de Madrid, del Centro de Estudios Históricos, un caballero dotado de todas las condiciones necesarias para la realización feliz del plan universitario. Ante todo, era una autoridad filológica, de la secta de Menéndez Pidal, simpático personaje que se ha propuesto destruir en España la rutina del estudio empírico de la lengua, esgrimiendo el formidable montante de la escuela analítica alemana. Aparte de eso, el recién llegado tenía todas las aptitudes mentales y todas las actitudes corporales capaces de hacerlo atrayente e influyente en nuestro medio: la inteligencia viva, la atención solícita, el ingenio agudo, la sonrisa en los ojos, la

dulzura en los labios, la afabilidad en las maneras y la persuasión en el discurso.

Fué recibido con palmas, inauguró sus cursos y conferencias en medio de una expectativa simpática. Empezó mal. Creyó que la Filología Española tenía suficiente prestigio para cautivar las voluntades argentinas, confió exclusivamente en tales fuerzas, desatendió el consejo de tener en cuenta nuestra idiosincrasia "desafecta al estudio desinteresado", y vino a reproducir en Buenos Aires y en La Plata el método de enseñanza madrileño. Se hizo repetidor de textos, y no de tratados generales de filología sino de manuales de fonología y de gramáticas históricas; intentó hacer digerible este plato fuerte intercalando entremeses elaborados con la pasta liviana de la literatura del siglo de oro; y pasó enteramente por alto la tarea previa indispensable de prepararnos el paladar y el estómago para la exótica vianda. Había empezado sus cursos y conferencias con las aulas llenas; los terminó ante los bancos desocupados.

Contribuyó en gran medida a este final deplorable la particular naturaleza del plan de trabajo adoptado por la escuela filológica de Menéndez Pidal: el análisis extremo como medio, el culto a la tradición como objeto. Sin precaución preliminar de ninguna especie, el catedrático trató de embarcar a sus oyentes en el estudio de las minucias de la Fonología y de las menudencias de la Morfología; y un manual de la pronunciación española, hecho para enseñar a los extranjeros a leer correctamente el castellano, texto que presenta cromáticamente, en quintuple escala, los fonemas de nuestra lengua, fué lo más sencillo que se le ocurrió ofrecer como principio en el banquete filológico preparado para nuestra juventud universitaria.

Y he ahí cómo, con todas las condiciones necesarias para triunfar, este catedrático de la filología española, víctima de la particular naturaleza de su escuela, fracasó en su empresa. Explícase que en España la necesidad de una reacción vigorosa contra el preceptismo gramatical, el empirismo etimológico y, el purismo académico haya llevado a un grupo de filólogos a la posición extrema del cientificismo y al método analítico de tipo alemán, igualmente extremo. Acá, en nuestro país, tales excesos no tienen ambiente favorable y resultan incongruentes; acá no ha habido nunca campeones del preceptismo gramatical, ni del empirismo etimológico, ni del purismo académico; el excepticismo en cuanto a dogmas gramaticales es nuestra característica, consideramos la etimología conjetural como obra de ingenio y no de erudición, y

una tolerancia discreta es la enseña que levantan todos los que nos predicán la corrección de estilo.

De muy distinta índole que las españolas son nuestras necesidades filológicas. Ante todo, nosotros no contamos con los textos paleográficos que guarda España, y nunca podremos colaborar en esa parte del campo científico con los que viven en la cuna de nuestra lengua. En materia de castellano preclásico, de castellano clásico y de literatura del siglo de oro, el caudal informativo está lejos de nuestro examen directo, y éstos son estudios que debemos dejar enteramente a la actividad de los filólogos españoles. Tenemos en cambio, como productos propios del suelo americano, y al alcance de nuestra observación personal, un castellano colonial, tanto en la tradición oral como en los archivos judiciales, eclesiásticos y capitulares, que es fuente preciosa de informaciones sobre la primera evolución del castellano trasplantado a este continente. Tenemos nuestras lenguas americanas, y sobre todo una toponomástica indígena cuyo examen científico no se ha iniciado todavía. Tenemos, en fin, el hibridismo del castellano con las lenguas autóctonas, y sus alteraciones bajo la presión del poliglotismo europeo.

Nuestro material de estudios no está, pues, en España, en sus archivos y bibliotecas, en sus becerros y códices, ni en los manuscritos primitivos ni en las ediciones primeras de los escritores preclásicos y clásicos del castellano. Esto por una parte; por la otra, el culto a la tradición no es la obsesión de los intelectuales americanos, para quienes es más brillante programa aplicarse a preparar los triunfos del porvenir, que ponerse a cantar lúgubramente las pasadas glorias. En fin, tampoco se aviene con nuestra idiosincrasia, que repite la amplitud de los horizontes de nuestra América, entregarnos al análisis extremo, esto es, sumirnos en el pozo de la especialización para examinar las capas geológicas, cuando tanta tierra inexplorada hay aún en la superficie. Admitimos el análisis sólo en la medida necesaria para fundar una síntesis; por el momento nos urge dominar el conjunto de las cosas, y la especialización vendrá después. Por esto, por la naturaleza del mundo en que vivimos, y no por petulancia, somos políglotos, polígrafos y polítécnicos.

De suerte que el método filológico español no puede ser la manera de enseñar la filología castellana entre nosotros. Cuando el catedrático se dió cuenta de esto, era ya tarde, el experimento estaba hecho, el interés inicial de los estudiantes se había perdido, el desbande consiguiente había empezado. Además, su recurso de última hora no fué acertado: el estudio de los galicismos de

Sarmiento, de la sintaxis del *Martín Fierro* y de los metaplasmos gauchescos señalados por Maspero, no iba a realizar ningún anhelo nacional; ésos podían ser temas de ejercitación pero no un fin de investigación, aparte de que tales estudios estaban más bien dentro del empirismo gramatical y lexicológico, que de la ciencia filológica. Por todo esto, la triple flámula nacionalista flameó en vano, esas proposiciones no lograron galvanizar al aula moribunda; por dignidad, tres estudiantes quedaron al pie de la bandera.

El procedimiento debió ser otro desde el primer momento. Había que tratar de aunar en nosotros, en favor de los estudios filológicos de nuestro castellano, el sentimiento patriótico, la vanidad personal y la curiosidad científica. Para las glorias de la literatura clásica española, nosotros no tenemos un sentimiento patriótico sino una simpatía intelectual y estética, y esta fuerza es débil para inducirnos a entrar en el análisis científico del material que encarna tales bellezas. Si se quería empezar a todo trance por lo histórico, debió recurrirse a lo histórico americano, y no para estancarse en eso, en el culto a la tradición, sino para pasar de eso al examen de lo más reciente. En cuanto a fonología debió proponerse a los estudiantes el muy breve estudio de los fonemas del castellano preclásico, a fin de habilitarlos para leer con su fonética propia las reliquias literarias de esos tiempos. Luego debió proponérseles la glosa de nuestros documentos paleográficos, y estos documentos habrían sido la base para análisis morfológicos y sintácticos, limitados al período de evolución que representa el paso del castellano colonial al contemporáneo. En fin, debió proponérseles el estudio crítico de la gramática de Mossi sobre el quichua, y de los glosarios indígenas de Lista y de Barbará, para que tuvieran la evidencia de la inutilidad de todo esfuerzo de investigación que, en materia filológica, prescinde de las leyes comunes del lenguaje y de las propias de cada lengua.

Y con este método, un catedrático de filología que no fuera un expositor de particularidades sino un combinador de generalidades, habría llevado rápidamente a sus oyentes al convencimiento de que estaban poniéndose en condiciones de prestar útiles servicios en la valoración científica de nuestro castellano colonial, de nuestras lenguas indígenas, y de las peculiaridades americanas de nuestro castellano actual.

Hace un siglo que los principios de la Lingüística quedaron establecidos, y delineados sus métodos de análisis y síntesis; y los libros que instruyen sobre esto, y sobre los frutos de las investigaciones, y sobre las inducciones y deducciones correspondientes, están al alcance de todo el mundo. De modo que nuestro estudiante

universitario no necesita un profesor de esta materia sino un catedrático que lo ayude a apreciar los datos y las conclusiones que están en los textos, a elegir el procedimiento adecuado para determinado género de buscas y de exámenes, a hacer las correlaciones que han de llevar a la generalización, y sobre todo que lo estimule demostrándole el significado patriótico de su esfuerzo personal cuando lo árido de la materia y lo abstruso del tema lo impulsen al desaliento.

Y como este desaliento es inevitable, porque la materia es árida y el tema es abstruso, la necesidad del estímulo resulta predominante; y dada nuestra idiosincrasia, ninguna incitación será eficaz en tal sentido si no halaga nuestro anhelo nacional y nuestra vanidad personal. Y no está el catedrático extranjero, desbordante de ciencia pero falto de afinidades psíquicas con nosotros, en condiciones de suministrarnos tal estímulo, de orden estrictamente espiritual.

Antes de ahora fracasó la cátedra de filología en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y la autoridad universitaria atribuyó el fracaso (por supuesto, no en forma ostensible) a la inhabilidad del catedrático. Ahora está en vías de correr la misma suerte el Instituto de Filología, y la autoridad universitaria se apresura para achacar el fracaso a la apatía de nuestros estudiantes para todo estudio que no rinda un título profesional. En ambos casos, quien ha fracasado es el catedrático extranjero, incapaz de adaptar su actuación a nuestras necesidades; y como la importación del catedrático la hizo en ambos casos la autoridad universitaria, la autoridad universitaria es quien ha fracasado en ambos casos.

Tanto por conveniencias prácticas como por razones ideológicas, al frente de este instituto argentino debe estar un argentino que, con método adaptado a lo argentino, enseñe esa ciencia circunscripta a lo argentino. Hablo de la manera de empezar, no vamos a llegar de un salto a la ciencia universal y pura, y en todo caso, también para ese salto serviría el trampolín indicado. Se ha hecho el experimento infortunado del catedrático extranjero para esta asignatura, y la lección que del traspíe resulta es lo que acabo de expresar. Puede ser que no haya entre nosotros una sola autoridad en filología, que todos sean medianías. No importa; llévase al mediano al alto cargo, y se verá que en seguida empieza a desarrollarse en él, o al lado de él, o frente a él, una actividad intelectual que a poco andar se concreta en autoridad suficiente.

Pero lo probable es que esto no se haga, que se trate de prolongar el experimento; y la razón de tal política estaría en lo siguiente:

Constituyen nuestra autoridad universitaria en este momento hombres convencidos de la necesidad de estimular activamente el sentimiento argentino, para que el cosmopolitismo no desnaturalice nuestra raza. Y es curioso ver cómo, en cuanto a la declaración teórica de la necesidad de este estímulo, todos se apresuran a hacerla clamorosamente; y cuando llega el momento de obrar en tal sentido, se decide a la chiticallando que lo que necesitamos es... otra dosis de exotismo. Está en nuestra tradición nacional esta singular facultad de predicar una cosa y realizar otra.

Por eso nuestra autoridad universitaria resuelve establecer un Instituto argentino de Filología, y crea una sucursal del Centro madrileño de Estudios Históricos. Por eso resuelve enseñar la amplia filología castellana, y confía esta asignatura a un catedrático de la filología española sectarista. Por eso, para cantar el arrorró al recién nacido, elige un salmodista funerario, es decir, uno que, por su escuela tradicionalista, habla invariablemente en el tono del Mio Cid, del Gonzalo de Berceo y del Hadiç de Yuçuf:

Fagobox a xaber, oyadex, mix amadox,
lo ke konteçio en lox tienpox paxadox...

Con razón a la criatura le han entrado ganas de ir a juntarse con esas glorias de ultratumba. Ahora, a fin de ayudarla a bien morir, se le prepara para el año entrante una edición argentina de la Biblia del siglo XIII, para lo que servirá de original la copia de una copia, hecha en España, de la versión diplomática, también hecha en España. De manera que nuestro impresor tendrá a la vista un original de tercera mano, y lo argentino de la edición será el gasto.

Y en la necrología correspondiente, la autoridad universitaria dirá que la causa del deceso es la juventud argentina, "desafecta al estudio desinteresado". Creo haber demostrado que esta frase significa, en el caso de que se trata, que a nuestra juventud universitaria no la seduce el catedrático repetidor, ni la ciencia adobada a la española, ni el método analítico alemán, que lleva al ficherismo maniático, ni el culto idólatra a la tradición, que lleva a la anquilosis intelectual y a la parálisis consiguiente.—ARTURO COSTA ALVAREZ.

COMENTARIOS ANACRÓNICOS

El tercer acto de la contrarreforma ha terminado con el desastre del protagonista. Ignoramos si se trata ahora de una tregua o si hemos asistido al acabóse de la empresa reaccionaria. Acaso falte todavía el sainete.

Entre tanto nos hemos de permitir un breve comentario del episodio. El tema no carece de cierta sabrosa ironía: obliga a mentar en las páginas de esta revista a quien ninguna atingencia tiene con la vida universitaria e intelectual del país y no pasó de ser un simple ministro.

Intereses muy subalternos, azares de la política, pusieron la suerte de la enseñanza en manos del distinguido ganadero. Los estudiantes le hicieron la impresión de hacienda alzada.

A parar rodeo! Ya en La Plata se le había anticipado un alma gemela. Embistió pues, para ejercitarse con el Litoral y con Córdoba, pero en la capital pensaba coronar su obra.

Sin embargo la Universidad de Buenos Aires, se estaba quieta y no aparecía el mas leve pretexto para una intervención. Ni la más mínima revuelta estudiantil daba asidero a un despliegue de la autoridad ministerial. Y bien, si los alumnos no se amotinan, que lo hagan los profesores. Así el señor Marcó, creó el conflicto de la facultad de Derecho.

Diestro en enjuagues, presto halló los elementos para el caso. Porque en efecto, esta travesura no la fraguaron los muchachos. Fué obra de hombres que peinan canas; y alguno ni eso.

Conviene puntualizar el origen de esta aventura. Por una ordenanza de la Facultad, los profesores de derecho civil, debían en adelante desarrollar por rotación un curso íntegro de la materia. Alguno de los docentes manifestó su contrariedad: "Yo solo enseño sucesiones", dijo y abandonó la cátedra. Acto seguido este especialista en sucesiones se dispuso a tramitar la del decanato.

Al desplante del insigne rabulista se sumaron luego otros rencores; aspiraciones defraudadas y secretas nostalgias retoñaron. Faltaba tan solo un detalle, faltaba un motivo serio para iniciar la acción. Pero habituados a las chicanas de sus alegatos, para los graves jurisperitos cualquier menudencia es buena, así sea la exoneración de un amanuense inservible.

Por orden superior la hora del heroísmo había llegado. Los profesores presentaron una renuncia colectiva y se fueron por la puerta para luego volver por la ventana, merced a la cobardía del Consejo directivo y a la habilidosa ductilidad del Consejo

superior. El terror ministerial planeaba sobre la Universidad: se sentía olor a cataclismo.

Sorprende a primera vista la aparente unidad y decisión de los señores profesores de derecho, pero el misterio es fácil de penetrar. Para estos maestros de la juventud lo esencial es saber donde está el éxito. ¿Que piensa el señor Ministro? He aquí el único problema que cabe en el espíritu de estos varones. Para ellos la reforma universitaria es un decreto ministerial, luego, de contado, otro decreto podía suprimirla. La lógica leguleya no dá para más.

Descontaron el triunfo. Acataron la voluntad del señor ministro, a la verdad, sin hacerse mucha violencia. La facultad de derecho ha sido en todo tiempo la mas reaccionaria. Escuela profesional del arte de litigar, se desprendió lentamente de sus tradiciones clericales para caer en el más chato positivismo, tolerable, quizás, en el dominio de las ciencias naturales, pero inmoral en la esfera de los valores sociales y humanos. No obstante, los señores de la facultad, convencidos de representar el primer instituto de Sud América, padecen de una fatuidad infantil. No solamente consideran la intervención de los estudiantes en el gobierno de la casa como desmedro impertinente, llegan hasta pretender que en la Universidad las cinco facultades restantes, se sometan a sus humos gerárquicos. Han perdido la noción de la realidad y desconocen su propio desconcepto.

En toda esta campaña los profesores procedieron con simpleza. Para justificarse hacía falta una teoría. Los antecedentes reales eran demasiado nimios, los motivos personales inconfesables y proclamar abiertamente la contra-reforma no hubiera sido hábil, ni cuadraba a estos temperamentos reñidos con las actitudes claras. De consiguiente apelaron al socorrido estribillo de la indisciplina de los estudiantes, de su aversión al opio de las clases, de la perturbación del sereno ambiente de las aulas por influencias malsanas y disolventes, etc. Jamás los muchachos habían estado en mayor sosiego, pero a la fuerza habían de tener también la culpa de la revolucopcita de los ancianos.

Pudieron estos haberse ahorrado semejantes niñerías. El señor Marcó de todas maneras estaba resuelto a hacer de las suyas. Espíritu basto sin cultura fundamental, de obtusa sensibilidad, obedece al imperio de prejuicios arraigados, confunde la firmeza con la terquedad y oculta la ausencia de ideas, tras de alardes autoritarios.

Intelectualidad tan estrecha ¿como había de comprender las inquietudes espirituales de la nueva generación? Para estas gentes, del noventa acá, úo ha ocurrido nada. El movimiento uni-

versitario, el impulso más espontáneo de la juventud argentina, se les aparece como un motín de imberbes, digno de la más severa represión. Extraviados en los bajos menesteres de la política, nada saben de la vida que se renueva y con dos machetes en cruz confían realizar su exorcismo.

Toda rebeldía, toda afirmación de convicciones propias les espanta. En las escuelas en que se formaron todavía se emplea el argumento de autoridad, se pondera la sumisión como la virtud más alta y se mantiene un perpétuo divorcio entre el pensamiento y la palabra. Les alarma la supuesta inconducta de los alumnos; no ven acaso la ineptitud, la falta de autoridad moral, el servilismo de los maestros? No ven la acción corruptora de los padrinnazgos de comité? No hay en la vida nacional otras cosas de que indignarse?

Pasan por las entendederas de estos hombres cosas extrañas. Viven de sus rentas y no comprenden que otros vivan de su trabajo y cuando les conviene apelan a la abnegación del magisterio, porque la carrera es de sacrificio. Sin embargo la austeridad barroqueña del señor ministro llegaba hasta el punto de imponer con preferencia este sacrificio a sus deudos, pues aún en los parientes más lejanos descubría eximias dotes pedagógicas.

En fin, el señor Marcó, "ya se fue", por la escondida senda por donde han ido, los muchos ministros que en el mundo han sido. No nos holguemos demasiado. Se ha ido solo y nos quedan sus acólitos, si bien dispuestos a cambiar de convicciones. No nos ensañemos; preferibles son los adversarios francos a los solapados, armados con todas las artes de la insidia.

Estos otros son más temibles, abundan más y no renuncian. Los hay de una duplicidad ridícula. En la capital, por ejemplo, son reformistas, y en La Plata visten cualquier librea. Allá son demagogos, miembros de la tercera internacional, aquí son burgueses, encomian el respeto a la autoridad y encarnan el más acendrado nacionalismo. Histriones son, en una parte y otra.—LA REDACCIÓN.

NOTICIAS

ESPAÑA EN MANOS DE LOS MILITARES
NOS ESCRIBE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. Dn. Carlos Américo Amaya:

Recibo, amigo mío, su carta y el primer número de "Valoraciones". Gracias.

¿Congue VIEJO UNAMUNO? Si, es verdad, camino a los sesenta, pero cuanto más viejo me siento más liberal. No me pasa lo que a otros. Pero es que nunca lo fueron. En el tono triste de las cosas del pobre Lugones, a quien siempre le faltó la clara sonrisa del HUMOR, por ejemplo, se transparentaba la lóbrega pasión que le ha llevado a lo patrioterio fajista. Aquí tenemos ejemplos parecidos. Y más ahora con la trágica farsa de este solarate de Primo de Rivera — un policulero con menos juicio que un renacuajo — caricatura del ya caricaturesco Mussolini y que ha abierto aquí, en esta pobre España, un régimen inquisitorial de delaciones secretas y de persecuciones arbitrarias. No se hace usted idea de lo que es, v. gr. la censura ejercida por pobres becios desmentalizados por la ordenanza. El grito — aullido más bien — de guerrilla de esta jauría es "¡fuera la libertad!". Como si fuese posible justicia sin libertad. Admiten la denuncia secreta — contra los enemigos, es claro! — pero no se les puede denunciar a ellos públicamente.

Correnos, aquí al menos, días tristes, creamelo. El odio troglodítico a la inteligencia se ha exacerbado. Hace un siglo hizo el abyecto Fernando VII asesinar a Riego. Y estamos como en 1823.

Me crié en medio de la guerra civil, dediqué más de una docena de años a estudiarla — de ahí salió mi novela PAZ EN LA GUERRA, reeditada hace poco — y hoy, al cabo de los años, me encuentro con que se adueñan del poder en mi desdichada patria los que parecieron vencidos en 1840 y 1876.

Y vuelve el nefando contubernio de la cruz con la espada, o del pectoral con el fajo.

Y aún hay aquí quien recuerda la frase de nuestro Costa sobre el cirujano de hierro. Como si matarife fuese cirujano y pudiese la espada hacer de bisturí.

Pero veo que le hablo sino de lo nuestro. ¡Me duele tanto España! Y cuanto más me duele más la quiero.

Hablan en la revista de "política universitaria". No hay más que una y es sostener la justicia civil que sin libertad es imposible. Y la más completa, la más absoluta, la más entera libertad de crítica.

Para el sacrario de la inteligencia no puede haber dogmas, ni religiosos ni patrióticos. La ortodoxia del patriotismo es otra servidumbre.

Dígale a José Gabriel que la filología es algo más y más elevado que el fonetismo fisiologista, como la psicología es otra cosa que esa mandanga de los pincharamas y cuenta-tropesones.

Ahora que el que tiene numen hace poemas y el que no le tiene cuenta sílabas de versos ajenos; y dígame que la filología es más cosa de estética que no de lógica.

Me complazco entretenerme con ustedes pues me hago la ilusión de rejuvenecer. Y esto me restaura cuando me siento oprimido por la decrepitud del ámbito. ¡Encuentro tan pocos jóvenes!

Pero tengo que dejarles.

Animo y no cejen.

Les envía un apretado apretón de manos su camarada.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 2 XI 1923.

CORRIENTES FILOSÓFICAS EN LA MEDICINA ACTUAL.

POR

Geheimrat Prof. TH. ZIEHEN

Con viva satisfacción ofrecemos a nuestros lectores, y especialmente a los estudiantes de medicina, la reproducción del interesante artículo del profesor Ziehen, contribuyendo a difundir estas opiniones que tan claramente manifiestan y señalan la existencia de un problema crítico o propiamente filosófico, en el terreno de la ciencia médica.

Queremos con esto llevar al espíritu resignado de los positivistas universitarios — que por cierto son legión en nuestro país, aunque en la boca-calle no se haga otra cosa que profesión de fe idealista — una demostración categórica de cuan ingenua es su postura frente a los problemas fundamentales de la vida y la ciencia.

Como en otras disciplinas científicas, se comprende que también en la medicina haya algunas personalidades y aún algunos grupos que rechacen toda relación con la filosofía y consideren los estudios filosóficos como supérfluos y hasta como nocivos. Frente a ello ha venido imponiéndose más y más, justamente en los últimos decenios, el convencimiento de que renunciar completamente a la filosofía daña en muchos sentidos el pensamiento y la investigación médica y podría perjudicar a la posición social del médico. Por lo que a esto último respecta recordaremos que en tiempos pretéritos, el médico era por lo general una persona de alta calidad espiritual y también muy instruida en materias de cultura general, de lo que en buena parte dependían su prestigio y autoridad. Si actualmente esta posición se ve amenazada y a veces se considera al médico como un técnico más o menos indispensable y útil, cerrando los ojos ante el resto de sus cualidades espirituales, ello depende en buena parte de su desprecio por la filosofía.

Así se comprende que el interés por los conocimientos filosóficos, en marcha general ascendente, haya aumentado también entre los médi-

cos, especialmente entre los jóvenes, e incluso los estudiantes de medicina. Correlativamente, las múltiples corrientes filosóficas del presente se han hecho valer en la medicina contemporánea y no son pocos los médicos que han tomado parte activa en la lucha entre los sistemas filosóficos y en la resolución de los problemas planteados.

El problema que suele atraer al médico en primer término es la eterna cuestión de la relación entre lo psíquico y lo material. ¿Es lo psíquico enteramente una función de lo material y en especial del cerebro, como sostiene el llamado materialismo funcional? (1). Es bien comprensible que las experiencias médicas impulsen activamente a resolver esta cuestión de un modo afirmativo. El menoscabo constante, en las psicosis orgánicas, de los procesos psíquicos más elevados (incluso los sentimientos éticos) parece excluir a primera vista toda otra explicación que no sea la materialista. En realidad siguen dominando indudablemente en las obras filosóficas de los médicos opiniones orientadas hacia el materialismo. Las últimas obras de Haeckel (Weltraetsel 1899, dice Lebenswunder 1904, Gott-Natur segunda edición 1914, Kristallseelen 1917) dan la pauta a los partidarios de ese camino. El velo monista y panteísta que se ha extendido sobre las doctrinas Haeckel y la adopción de su materialismo a los más modernos descubrimientos de las ciencias naturales (electrones, cristales líquidos, etc.) hizo mella aun entre aquellos médicos, en quienes no despertó afición alguna el materialismo relativamente descarnado de *Le-mettrie, Holbach, C. Vogt y Buchner* entre otros. Como ejemplo (por otra parte admonitivo) de esta manera de pensar entre los médicos, puede señalarse la obra de *E. Bleuler "Naturgeschichte der Seele und ihres Bewußtwerdens"*, Berlín 1921. Según mi cuenta, la mitad, próximamente, de las obras contemporáneas de medicina que se ocupan de preferencia de cuestiones filosóficas, están orientadas en esta o en otra forma hacia el materialismo.

Casi todos los médicos que hayan reflexionado sobre esta tesis verán con claridad que la solución materialista es insuficiente. Se adquiere la certeza de que si bien p. e. un objeto rojo determina excitaciones en la corteza cerebral según leyes físico-químicas, no se puede explicar por estas leyes naturales la aparición del sentido de la calidad "rojo" que se combina con los procesos físico-químicos en la corteza. Otro tanto sucede en los procesos imaginativos y cogitativos. Los procesos materiales excitantes de la corteza cerebral, que corresponden a las representaciones y procesos ideológicos y que son indispensables para su realización, se rigen por leyes físico-naturales, pero el hecho de que a estos procesos físico-químicos se asocien procesos psíquicos en forma de representaciones, pensamientos, etc., queda inexplicado con el exclusivismo físico-naturalista. Así se explica que no pocos escritores médicos hayan colocado en el lugar del materialismo el llamado paralelismo psicofísico y en compañía de *Spencer, Fechner, Paulsen y Ebbinghaus* entre otros, aceptan que los acontecimientos en la corteza se suceden "paralelamente" a los procesos psíquicos, esto es que son coordinados y no supraordenados. Por otra parte el límite que separa esta orientación de la concepción materialista queda a menudo poco preciso. En este grupo podría incluirse como obra algo antigua, el libro de *S. Exner, Entwurf zu einer physiologischen Erklärung*

(1) Véase para el mejor conocimiento de los sistemas filosóficos actuales la obra de Th. Ziehen, Zum gegenwertigen Stand der Erkenntnistheorie, Wiesbaden 1914.

der psychischen Erscheinungen (Leipzig-Wien 1894) y como más moderna la de *Fr. A. Legahn, Entwicklungsgeschichte des Bewusstseins auf physiologischer Grundlage* (Leipzig-Berlin 1914). El paralelismo psicofísico evita toda hipótesis especial sobre las relaciones entre lo material y psíquico y puede por lo tanto limitarse a la afirmación real de que determinados procesos psíquicos no se producen sin determinados procesos materiales de excitación y vice-versa. Este sistema muy cómodo desde el punto de vista didáctico y sin duda muy fructífero en relación con la investigación no satisface las exigencias filosóficas. Nosotros nos preguntamos. ¿Qué significa este "paralelismo"? Analizándola bien, la palabra "paralelismo" expresa sólo una comparación. Las numerosas comparaciones por analogía, intentadas entre otros por *Spencer* ("insides" y "outsides") y por *Fechner* (concavidad y convexidad de una circunferencia) (!) tampoco aclaran nada. En estos problemas pertenecientes a la teoría del conocimiento no podemos dejarnos entrefener con comparaciones, por muy ingeniosas que sean. A esto se añade que el pensamiento humano no se contenta con un concepto dualista del universo, como el que enseña el sistema del paralelismo psico-físico. Por otra parte nos aseguran muchos "paralelistas" médicos y no médicos que las dos series paralelas de lo material y lo psíquico son idénticas en el fondo; pero ¿de qué nos sirve esta afirmación dogmática, ante la evidente y total diversidad de ambas series? La consecuencia de este fracaso del concepto paralelista del universo ha sido, que muchos médicos se pasaran de nuevo al campo del materialismo o fluctuaran dudosos entre este último y el paralelismo.

Fuera de la medicina y juntamente con el paralelismo psicofísico está hoy muy difundido el llamado *causalismo psicofísico*; esto es un sistema que admite la existencia de una acción causal recíproca entre el cerebro y un alma, cuya existencia es independiente de él. Su primer representante en la filosofía moderna fué Descartes. El médico y filósofo *Hermann Lotze* la renovó en su "Medizinische Psychologie" (Leipzig 1852) y en la literatura filosófica contemporánea es su principal defensor *Johannes Rehnke*. En la literatura médica actual y, también en cuanto me es posible formar juicio, en el pensamiento de los médicos apartados de la labor literaria, la teoría de la acción recíproca desempeña, en esta forma, un papel secundario. Pero en cambio es aceptada a veces precisamente por los médicos, bajo un nuevo y notable aspecto que la aproxima mucho al materialismo. Se sostiene que existe "una energía psíquica" análogamente a la eléctrica, la mecánica etc., que guarda una determinada relación de equivalencia con las energías físico-químicas (de la misma manera que las últimas se transforman entre sí en equivalencias determinadas). El zólogo *Huxley* y el químico *W. Ostwald*, han defendido estas opiniones de un modo claro y terminante. También debemos al filósofo holandés *Heymans* (!) un trabajo muy digno de leerse sobre la mencionada energía psíquica. El psiquiatra alemán *H. Berger* (!) ha llegado a creer posible dar una determinada cifra máxima (0,306 mikg. por minuto) que expresaría la cantidad de energía fisicoquímica que se transforma en energía psíquica

(1) En Norte América ha intentado A. C. Strong una modificación propia de esta teoría de la identidad y la ha designado con el nombre de "idealismo psicofísico". (Why the mind has body. New York 1903 especialmente pgs. 136 y siguientes).

(2) Über die Anwendbarkeit des Energiebegriffes in der Psychologie. Leipzig 1921.

(3) Untersuchungen über die Temperatur des Gehirns. Jena 1910.

durante el trabajo mental intenso. *José Ingenieros* (!) y algunos otros han relacionado muy habilmente esta concepción energética con la biológica y la evolución.

Puesto que el causalismo psicofísico se paraliza en el más decidido dualismo y apenas puede hacernos comprensible una acción recíproca, dada la heterogeneidad absoluta entre lo material y lo psíquico, y teniendo presente que la psico-energética tropieza con invencibles dificultades en atención al carácter cuantitativo, incorpóreo, sin expresión cuantitativa posible, de todos o de la inmensa mayoría de los procesos psíquicos, y finalmente considerando que todos los sistemas hasta aquí considerados aceptan simplemente, sin someterla al tamiz de la crítica, la antítesis "material-psíquico", prescindiendo (en el sentido de un cierto realismo ingenuo) de hecho tan importante como es el que primariamente casi sólo están a nuestro alcance los procesos psíquicos, nos ocuparemos de otros sistemas opuestos, que en cierto modo abundan más y critican hasta la misma forma de plantear la fórmula "relación entre lo material y lo psíquico". A este grupo pertenecen por una parte, el "criticismo" y por otra, el positivismo. El "criticismo", uno de cuyos principales fundadores fué *Kant*, no tiene muchos partidarios en la medicina actual, a pesar de que *Helmholtz* (que también fué médico) lo había adaptado de una manera habilísima a los descubrimientos físico-naturales y especialmente fisiológicos del siglo último (sistema conocido con el nombre de neokantianismo fisiconaturalista). Se debe estimar como un defecto esencial de la literatura médico-filosófica contemporánea su escasa comprensión de las ideas de *Kant* y el mezquino conocimiento de sus obras principales. Aunque no se comulgue en el criticismo de *Kant* se debe exigir que todo el que quiera meditar sobre filosofía y con mayor razón todo el que aspire a escribir sobre estos asuntos, conozca y valore los problemas fundamentales de la crítica del conocimiento de *Kant*. Si no se parecería a cualquiera que, tratando de resolver una ecuación con dos incógnitas, procediese como si no tuviera más que una sola. Todo el que se haya ocupado profundamente de cuestiones filosóficas convendrá en que lo anterior es algo más que una simple comparación.

El positivismo tiene todavía más escasa representación entre los escritores médico-filósofos. Sus orígenes se remontan a *David Hume* y *Auguste Comte* (su obra principal es "Cours de philosophie positive" 1830) figura como su fundador, aunque es necesario recordar que Comte desarrolló el positivismo de una manera parcial, descuriendo los hechos psicológicos y la crítica del conocimiento. Prescindiendo de las fórmulas parciales y dogmáticas de Comte, el positivismo es el sistema con el que la filosofía y muy especialmente la teoría del conocimiento, partiendo de todo lo Creado (no como el sensualismo extremo sólo de las sensaciones) debe clasificarlo y establecer sus leyes, evitando caer en lo trascendental, sin premisas dogmáticas y sin aceptar a ciegas la antítesis entre "lo material y lo psíquico". El positivismo se transforma así en la llamada filosofía *immanent*. Estos puntos de vista han sido defendidos en Inglaterra por *John Stuart Mill* y en Alemania por *Mach, Avenarius* y el autor de este trabajo. En la literatura médica se concede al positivismo escasísima consideración y entre los fisiólogos se le aproxima mucho *Verworn* (!).

(1) Principios de psicología biológica, Madrid 1913, especialmente pgs. 225 y siguientes.

(2) Allgemeine Physiologie, Jena 1894; Naturwissenschaft und Weltanschauung, Leipzig 1904.

Dada la afición profundamente arraigada del hombre a las especulaciones trascendentales, no puede admirar que los sistemas especulativos no hayan perdido todavía sus adeptos entre los médicos. Casi todos los meses aparecen una o dos obras de filosofía médica, (prescindiendo de pequeños folletos) en las que se recomienda y presenta al público, alguno que otro de los sistemas especulativos entremezclado, a menudo de un modo rarísimo con teorías materialistas. Como ejemplos de estos sistemas trascendentales que en ocasiones han tenido también sus defensores entre los médicos, citaré entre otras las ideas de Husser (logicismo), de Windelband y Rickert (werttheoretischer Kritizismus), las de Bergson en Francia (intuitivismo) y las de Bradley en Inglaterra (Lo absoluto como unidad de la experiencia total).

Hasta ahora he colocado en primer término el problema de lo material y lo psíquico, sin que de ningún modo queden con ello agotados los problemas teóricos del conocimiento. Una segunda cuestión de grandísima importancia y también íntimamente encadenada al pensamiento médico, puede ser formulada en extracto del siguiente modo: ¿sólo causalidad o también finalidad? ¿sólo hechos fatales según las leyes naturales, o también intervención de las denominadas causas finales? ¿Se puede o no explicar desde un punto de vista exclusivamente causal el congruente desenvolvimiento del organismo animal y humano y la utilidad de muchas reacciones del organismo enfermo? Es muy significativo para las orientaciones actuales del pensamiento, que por todas partes y precisamente entre los médicos se eleven voces en favor de un principio teleológico; la tendencia vitalista de algunos elementos de la clase médica, depende en modo inmediato de lo que acabamos de exponer.

Finalmente una rama de la filosofía, la psicología, desempeña un papel muy señalado en la práctica, pensamiento y experimentación médicas. Aunque me vea precisado a dejar para otro trabajo el estudio de las relaciones entre la psicología y la medicina, quiero dejar sentado que sin la psicología es imposible concebir una doctrina científica de la patología cerebral (incluidas las psicosis) ni de los órganos sensoriales. Precisamente en estos sectores se ha demostrado que la medicina no es sólo el elemento fecundado de la filosofía, sino que ésta recibe de ella aportaciones de hechos muy valiosas y a veces insustituibles.

REVISTA DE OCCIDENTE

Dirigida por JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Lo primero que se advierte en esta prestigiosa publicación, es que hay un espíritu preclaro que la orienta y la dirige. Han aparecido ya cinco números, y observamos tal unidad de espíritu, casi diríamos sistemática, que caracteriza los diversos trabajos que firman distintos autores, que el lector se ve obligado a reconocer en cada uno de ellos, a modo de capítulos que integran una vasta obra: *El pensar y sentir contemporáneo*, que tal podía ser el subtítulo de la *Revista de Occidente*.

Desde el artículo de Gasset sobre "la poesía de Ana de Noaille" pasando por el ensayo "filosofía de la moda" de Jorge Simmel, hasta la encuesta sobre "que ha pensado usted en los cinco minutos dedicados a Mallarmé"—cuyo homenaje se debió a iniciativa de Alfonso Reyes—se

manifiesta una sugestiva coincidencia de miras y propósitos, que evidencian la localización de un mismo clima intelectual y sensitiva bajo el cual respira el alma de occidente.

En este sentido ha recibido plena satisfacción las intenciones de la Dirección, pues ha alcanzado, en grado máximo, realizar la singular y extraordinaria idea que la alienta.

Era de esperar que el célebre profesor que viene dictando a sus alumnos de filosofía, en la Universidad de Madrid, *el tema de nuestro tiempo*, ampliara el número de sus oyentes, y llamara a colaboración de su cátedra a otros altos espíritus que sienten la grávida inquietud de la hora.

No es la *Revista de Occidente* una publicación oficial—; cómo podía serlo!—pero si es fundada y dirigida por un profesor universitario, que lleva el recinto público el tema que propone en privado a la actitud meditada de unos cuantos. Podrán así todas las almas alertas, sentir en sus páginas, las palpitaciones de sus más recónditos anhelos y propósitos. Y mientras se intenta la solución de los teoremas que allí se plantean, enviemos nosotros a esos espíritus de vanguardia, un cordial saludo desde lejos.

SOBRE CREACIÓN DE UNA CÁTEDRA DE HISTORIA DE LA MEDICINA EN LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

POR

GREGORIO BERMANN

Acogemos con profunda simpatía, ya que coincide con nuestras ideas al respecto, el importante proyecto presentado a la Facultad de Medicina de Córdoba, por el distinguido universitario Dr. Gregorio Bermann, creando la cátedra de Historia de la Medicina, cuya enseñanza sería obligatoria.

Dada la bondad que informa el proyecto mencionado, es de augurarle el mayor éxito, por que deseamos que la iniciativa sea recogida por el resto de nuestras Universidades, quienes deben apresurarse a incorporar a su programa esta nueva disciplina.

Señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor J. Clemente Lascano.

Por la presente elevo a la consideración del señor Decano esta solicitud, tendiente a incorporar oficialmente a la asignatura que dicto, la Historia de la Medicina.

El auge de las disciplinas experimentales en Medicina desde el siglo pasado, desplazó con sano derecho el estudio de las teorías y opiniones de los sabios de otras épocas. Parecerían por eso inactual la reincorporación de la Historia de la Medicina a la enseñanza, cuando queda por aprender tanto de práctico y positivo para el bien de los pacientes. Pero no me mueve a hacer esta proposición el deseo de imitar a ciertos historiadores, que entienden por tal un catálogo cronológico de médicos famosos o de las biografías correspondientes, con servil acatamiento a las viejas doctrinas; tampoco me seduce la orientación seguida por profesionales a cargo de la enseñanza de la Historia de la Medicina, en cátedras especialmente creadas al efecto en otras facultades europeas, para quienes lo más importante es una historia bibliográfica completa o la exposición erudita de las mil doctrinas sustentadas.

Creo, en cambio en la misión educadora de un estudio crítico e interpretativo de su evolución a base de documentos, con una visión de conjunto sobre las fases del desarrollo de las ciencias médicas y de los conocimientos conexos y con relación a los períodos históricos correspondientes. No la Historia de la Medicina, propiamente dicha, sino su historia crítica, o si se quiere filosófica. Encarada con este criterio, llega a ser de verdadera utilidad; en esta forma la enseñanza en dos cursos (1922-23) y con anuencia y visible atención del alumnado. El reducido programa puede dictarse en seis o más clases, comprendida una o varias, a manera de ojeada, de la medicina nacional.

Me permitiré todavía, señor Decano, abogar por la implantación de dicha enseñanza, señalando lo que ella importa a la cultura general del médico. En los ciclos escolares primario y secundarios se instruye a los educandos en toda suerte de historias del hombre, de los pueblos y del universo; en nuestra Facultad, en cambio, ni siquiera se inicia en el conocimiento de la historia de las ciencias que tendrán que aplicar y ejercer toda la vida. El común de los egresados padece de la más fundamental ignorancia al respecto. Si se preconiza insistentemente la necesidad de que el profesional, el médico, tenga una apreciable cultura general—que es el elemento integrante de todo hombre civilizado—para vigorizar el juicio, afinar el gusto y dar pábulo a la imaginación, ¿cuánto no es indispensable su conocimiento, siquiera sumario y de conjunto, sobre la evolución de las ciencias que se supone domina!

La Historia de la Medicina, al igual que la de las demás ciencias, nos muestra cómo el progreso en una rama del saber no se hace independiente del conjunto de las otras, sino que hay una estrecha solidaridad entre las diferentes partes del conocimiento, reproduciendo la armonía admirable de la naturaleza. Hace honor al esfuerzo humano, que ha desvelado, en lucha difícil, misterio tras misterio, los secretos del universo, sustituyendo de cuerpo entero la fe en las propias energías a la sumisión hacia los dioses y espíritus fatales e incomprensibles. Al revelarnos que la cultura es una reacción de la humanidad, nos dice que no puede ser patrimonio de algunos privilegiados ni es justo sirva para provecho exclusivo de los mismos. Incita a inclinarse ante la actividad de los grandes maestros, la evocación de cuyas nobles figuras estimula el entusiasmo por la actividad científica y por el alivio de los que sufren. Nos enseña la singular importancia de una observación precisa e inteligente, la cual no basta empero, so pena de hacer empíricos puros, ya que al progreso de las ciencias son indispensables las hipótesis adecuadas y también las de los imaginativos geniales, a veces calificados de ilusos.

La Historia de la Medicina, en fin, constituye a hacernos más modestos y cautos, cuando persuade que el error está muy lejos de ser una excepción; al mismo tiempo que suele poner de manifiesto los propios errores y extravíos—inspirándonos más tolerancias hacia el pasado y los contemporáneos—señala lo efímero de tantas teorías y meditaciones que en el día se creen de valor perenne. Puede preservar así del infecundo escepticismo que a menudo asalta a los profesionales novicios, que se deprimen cuando comprueban que no todos los problemas, ni mucho menos, están resueltos; o bien alejar de un optimismo irracional a quienes piensan que todo está al alcance de la mano. La salud y la noble dicha no es fácil regalo; se alcanza en ardua conquista de todos los momentos.

JUICIOS SOBRE "VALORACIONES"

"El Argentino" La Plata, 28/9/23.

"Valoraciones".—Bajo este título con excelente papel, buenas grabados y en formato de setenta y seis páginas, acaba de aparecer una revista órgano del grupo Renovación. Con ella tendrá la ciudad de La Plata un alto exponente de su cultura universitaria. Es, en verdad, digno de todo elogio el esfuerzo que realiza el grupo de jóvenes que edita dicha publicación, por cuanto bien sabemos la labor que demandan empresas de esta índole.

"El Día" La Plata, 30/9/23.

"Valoraciones".—Ha aparecido el primer número de "Valoraciones" cuya publicación anunciamos días pasados, señalando los prestigios anticipados con que se prestaba su redacción a incorporarse al periodismo platense.

La edición que tenemos a la vista confirma en absoluto lo que en esa oportunidad dijimos, por cuanto de igual modo me reconoció, su presentación material y los trabajos al frente. Nos es un orgullo la sobriedad de su exterior y esto sugiere la idea de una orientación seria porque la sencillez es siempre buena, con tal de que el fondo sea elevado.

El número registra composiciones de marcado interés y revela al par que el esfuerzo médico, la amplitud del mismo, pues hay en el trabajo un distinto carácter de firmas autorizadas, bibliografía nutrida, comentarios y una substancial información acerca de cuestiones de positivo interés.

Es director de "Valoraciones" el señor Carlos Amaya, quien se identifica con el grupo de estudiantes renovacionistas al servir la cultura y emplear la inteligencia bajo el calor de un hermoso entusiasmo. Agradecemos a la nueva publicación existencia prospera, a que le dá derecho la firmeza elegante de sus primeros pasos.

"La Época" Bs. Aires, 3/10/23.

"Valoraciones".—Excelentemente editada en formato mayor y con más de setenta páginas de lectura selectísima, ha llegado a nuestra mano la edición del primer número de esta revista que ve la luz en La Plata. Órgano del grupo de estudiantes denominado "Renovación", evidencia, sobre todo, el intenso movimiento espiritual e intelectual que se está desarrollando en la aparentemente tranquila y hierática capital de la provincia. "Valoraciones", cuyo solo nombre es ya una bandera de pelea, desciende a la tierra con la formal decisión de revisar muchos valores aceptados, y en este primer número que tenemos a la vista realiza ya valientemente ese propósito, contemplando problemas y personalidades a la luz de un criterio acendradamente crítico y elegante. Dirige "Valoraciones" Carlos Amaya, porque es necesario desta-

car bien este concepto, "Valoraciones" es una revista única en nuestro país, tanto por el espíritu que la preside como por la indubitable excelencia de su material crítico y literario. Si sus números posteriores mantienen el tono con que se inicia, lo que no dudamos, "Valoraciones" será una tribuna que proporcione a nuestra juventud enebriada de esa independencia y valentía de criterio de que tan necesitados se hallan nuestros ambientes culturales.

"Alberdi" La Plata, 5/10/23.

"Valoraciones".—Como es natural, las cuestiones universitarias son las que informan la parte substancial de la Revista, y el grupo editor las trata ya con una orientación nueva, producto de la enseñanza que enseñan. Ya lo dice el Grupo cuando en su artículo titulado "Última palabra" afirma que "ya no defenderá la reforma universitaria, sino que la hará efectiva" y a eso deben empujarse ya que en este país de declamadores sobre quien declame y falta quien haga cosas útiles, ideas y prácticas y al servicio de una identidad superior que no se manifieste a gritos estentoreos en las plazas o en la revuelta inerte, sino en el afán que ponga en hacer brotar día a día un retoño nuevo al árbol de la Revolución.

"Nosotros" Bs. Aires.

El grupo de estudiantes "Renovación" de La Plata, que ya tiene fundida una compañía central que hasta el presente ha reunido obras de Voltaire, Cervantes, G. I. I. I., Andriew y Benavente, acaba de publicar el primer número de una revista de humanidades, crítica y polémica. Muchos nota y comentarios dan a esta revista un gran interés.

"Valoraciones", muy bien impresa, se publicará bimestralmente.

¡Hoy nos parece decir el júbilo con que recibimos estas revistas de la nueva generación, el voto sincero que hacemos por su vida duradera.

"España" Madrid, 10 de Nov. 1923.

"Valoraciones".—El grupo de estudiantes argentinos "Renovación" ha empezado a publicar en La Plata una revista mensual: "Valoraciones", de humanidades, crítica y polémica. En primer número, bellamente editado, correspondiente a septiembre, contiene el siguiente sumario:

Intenciones; Enrique Herrera Doucloux; La quimera en las Mil y una noches; Heinrich Ritter; Ivan Mestovic (con grabados); José Gabriel; Una rebelión. Los cuatro seccionistas de Bibliografía, Comentarios, Vida anecdótica y Noticias, completan esta primera muestra del propósito de nuestros jóvenes colegas argentinos. Dirige "Valoraciones" Carlos Amaya.

Compañía Central del Grupo de Estudiantes Renovación de La Plata

Jueves 7 de Febrero de 1924 en el Teatro del Lago.

Estreno del boceto dramático del Dr. E. Herrero Doucloux: "La línea recta" y la comedia de Niccodemi: "Retazo".

Solicite programas y declaración de propósitos a la redacción de esta revista.

ZAPATERÍA MODERNA

R. SAMPIETRO Y Cía.

©©

ELABORACIÓN PROPIA,
ESMERADA
SÓLIDA Y ELEGANTE.

CONTINUAMENTE
MODELOS NUEVOS
DE
ALTA NOVEDAD

©©

7-53 y 54.

U. T. 1180.

CASA DE CAMBIO y
AGENCIA MARITIMA

©©

CARLOS SERVENTE

Calle 7 núm. 783
LA PLATA

TELEFONO 400 PARTICULAR: 377

©©

LA MÁS ANTIGUA, LA MÁS
CONOCIDA Y LA QUE GOZA
DE MÁS CRÉDITO EN LA :

PROVINCIA DE BS. AIRES

Fundada el año 1886

DEDICAMOS ATENCIÓN

A TODOS LOS IMPRESOS QUE
SE NOS ENCOMIENDA, Y PRO-
CURAMOS DENTRO DE LO PO-
SIBLE AJUSTARLOS A LAS NE-
CESIDADES DE CADA RAMO.
NUESTROS CLIENTES HA-
BLAN POR NOSOTROS EN
CUANTO A LA PRESENTACIÓN
DE NUESTROS TRABAJOS; Y
SUS PRECIOS, SIN SER LOS
MÁS BARATOS, SON LOS MÁS
CONVENIENTES, POR LA CA-
LIDAD DE LO QUE ENTRE-
GAMOS.

Establecimiento Tip. "ALBERDI"
Mario Sciocco y Cía. - La Plata

AMORÍN

Cuentos por
ENRIQUE M. AMORÍN
Cooperativa Editorial Pegaso
MONTEVIDEO

Revista de Filosofía

Dirigida por
José Ingenieros y Anibal Ponce
Estudia problemas de cultura superior e
ideas generales que excedan los límites de
cada especialización científica.
Redacción y administración:
Belgrano 475 Buenos Aires

REVISTA DE INDIAS

- Publicación del Ateneo Universitario -
Número suelto 0.20
Buenos Aires.



USTED, amable lec-
tor de esta simpática
revista, no me ha con-
sultado todavía sobre la
adquisición de un piano
o de un AUTOPIANO.

¿No cree Vd. que
la música es factor po-
tente en el mundo edu-
cativo que no debe des-
cuidar?



Carlos S. Lottermoser

RIVADAVIA 853

== BUENOS AIRES ==



El pensamiento

sano y vigoroso de la ju-
ventud está expresado en

"INICIAL" -

Revista de la nueva gene-
ración. — Suscribase - -

Trimestre \$ m/n. 2.50
Semestre 5.—
Año 10.—
Número suelto 1.—
EXTERIOR: Año . \$ oja 5.—

Avda. de Mayo 634. 3er. piso

Agente en La Plata:

Ing. Aquilino Carabelli

Calle 57 Núm. 404

Lámpara del Recuerdo

POESÍAS DE

A. FERNÁNDEZ GARCÍA

□□

PRECIO \$ 1.50

□□

== En todas las Librerías ==

Poemas de amor -- y Juventud --

por

Horacio Ferreyra Diaz

(Prólogo del Dr. José Abel Verzura)

APARECIÓ LA SEGUNDA EDICIÓN

Precio \$ 1.50

"NOSOTROS" Revista de Letras,
Arte, Historia, Filosofía y Ciencias
Sociales.

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI Y JULIO NOÉ

Dirección y Administración: Libertad 543
Buenos Aires.

Suscripción a las obras de - BENJAMIN TABORGA

En ocasión de cumplirse el 5º aniversario del fallecimiento de BENJAMIN TABORGA, un grupo de los que fueron sus amigos ha resuelto tributar un homenaje a su memoria, reuniendo en dos tomos toda su obra en prosa y verso. Los dos tomos aparecerán próximamente y se venderán a pesos 2.50 c/u. Puede Vd. suscribirse desde ahora en la Cie. Anón. CALPE.

Suipacha 585

Buenos Aires

VICENTE MONTORO

ABOGADO

Calle 10-1326.

La Plata.

Dr. JUAN JOSÉ BENÍTEZ

ABOGADO

Particular: 54-472 Estudio: 48 N. 844
U. T. 2127 La Plata U. T. 624

"ESPAÑA"

Semanario de la vida nacional española

Suscripción anual en América 20 pesetas
número suelto 30 céntimos
Redacción y Administración: Prado 11,
2ª Madrid Apartado 139

REVISTA DE OCCIDENTE

Dirigida por J. Ortega y Gasset

Condiciones de venta y suscripción en la Argentina:
Número suelto \$ 1,75 Suscripción anual \$ 16
Suscripción semestral \$ 8
Madrid, Apartado 12.206, Avenida de El y
Margall 7, (segundo trazo Gran Vía)

CÓRDOBA

Decenario de crítica social y universitaria

LIMA 209.

CÓRDOBA.

LA PLUMA

Revista Literaria - Ediciones mínimas

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA Y C. RIVAS CHERIF

Hermosilla 34, Duplfc.

Madrid.

EDITORIAL ARGONAUTA

Últimas publicaciones:

• Artistas y Rebeldes, Rodolfo Rocker.—
"Dictadura y Revolución", Luis Fabbrì.

De próxima publicación:

• Ética, Pedro Kropotkin.—"La nueva creación de la sociedad por el anarquismo comunista", Pierre Ramus.—"Historia del movimiento Maknovista", Pierre Arachinoff.—"Precursora de la Internacional", W. Techerkoff.—"Historia del movimiento obrero en España", Rodolfo Rocker.—"Obras completas", Pedro Kropotkin.

Datos:

J. M. FERNÁNDEZ

Casilla de Correo 1980. Buenos Aires.

Dr. Carlos Sánchez Viamonte

ABOGADO

Calle 53-10 y 11.

La Plata.

ISMAEL ERRIET

ABOGADO

Calle 55-451.

La Plata.

LIBROS DE VENTA EN EL

"PALACIO DEL LIBRO" MAIPÚ 49 - BUENOS AIRES

Cejador y Franca (J.)—Historia de la lengua y literatura castellana. 1,1 tomos, encuadernados:

Tomo 1º—Desde sus orígenes hasta Carlos V. \$ 8.—

Tomo 2º—Epoca de Carlos V. " 8.—

Tomo 3º—Epoca de Felipe II " 8.—

Tomo 4º—Epoca de Felipe III " 8.—

Tomo 5º—Epoca de Felipe IV y Carlos II " 8.—

Tomo 6º—Siglo XVIII, hasta 1829. " 8.—

Tomo 7º—Epoca romántica, 1830-1849. " 8.—

Tomo 8º—Epoca realista, 1ª parte antes de la revolución, 1850-1869. " 8.—

Tomo 9º—Epoca realista, 2ª parte, después de la revolución, 1870-1887. " 8.—

Tomo 10º—Epoca regional y modernista, 1888-1907, 1ª parte. " 8.—

Tomo 11º—Epoca regional y modernista, 1888-1907 2ª parte. " 8.—

Tomo 12º—Epoca regional y modernista 1888-1907 3ª parte, comprendiendo los autores hispano americanos. " 8.—

Tomo 13º—Epoca contemporánea, 1908-1920. " 8.—

Tomo 14º—Epoca contemporánea, 1908-1920 (fin y apéndices). " 8.—

La verdadera poesía castellana, Floresta de la antigua lírica popular: " 8.—

Tomo 1º rústica. \$ 3.—

Tomo 2º rústica. " 3-75

Tomo 3º rústica. " 3-75

Tomo 4º rústica. " 3-75

Fraseología o Estilística Castellana 2 Tomo en rústica \$ 15.—

Salcedo Ruiz (A.)—La literatura española. Resumen de historia crítica, 4 tomos, lujosamente encuadernados. \$ 45.—

Biblioteca clásica.—Comprende esta Biblioteca las obras completas de los autores griegos y latinos, y las más selectas de los clásicos españoles, ingleses, alemanes,

italianos, franceses, portugueses y sánscritos; tomos, encuadernados en pasta española.

Se venden tomos sueltos a los precios siguientes:

CLÁSICOS GRIEGOS

ARISTÓFANES.—Teatro completo, 3 tomos. \$ 10.50

ARRIANO.—Expediciones de Alejandro, 1 tomo. " 3.50

DIÓGENES LAERCIO.—Vidas y opiniones de los filósofos más modernos, 2 tomos. " 7.—

ESQUELO.—Teatro completo, 1 tomo. " 3.50

HERODOTO.—Los nueve libros de la historia, 2 tomos. " 7.—

HOMERO.—La Ilíada, 3 tomos. " 10.50

La Odisea. La Batracomía, 2 tomos. " 7.—

ISÓCRATES.—Oraciones políticas, forenses y cartas, 2 tomos. " 7.—

JOSEFO.—Historia de las guerras de los judíos y de la destrucción del templo y ciudad de Jerusalén, 2 ts. " 7.—

LAERCIO.—Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres, 2 tomos. " 7.—

LUCIANO.—Obras completas, 4 tomos. " 14.—

MORALISTAS GRIEGOS.—Marco Aurelio, Teofrasto, Epiceto, Cebes, 1 tomo. " 3.50

PINDARO.—Odas, 1 tomo. " 3.50

PLATÓN.—La república, 2 toms. " 7.—

CLÁSICOS LATINOS

AMMIANO, MARCELINO.—Historia del Imperio Romano, 2 tomos. \$ 7.—

APULEYO.—El asno de oro, 1 tomo. " 3.50

AULO GELIO.—Las noches áticas, 2 tomos. " 7.—

CÉSAR.—Los comentarios de las guerras de las Galias y de la civil, 2 tomos. " 7.—

CICERÓN.—Obras completas, 17 tomos. " 59.50

ESTACIO.—La Tebaida, 2 toms. " 7.—

FLORO.—Compendio de las hazañas romanas, 1 tomo. " 3.50

Historia Universal, por Guillermo Oncken. Con un discurso preliminar de D. Rafael Altamira y Crevea.—Historias generales de los grandes pueblos.—Estudios de las grandes épocas.—Biografías de los grandes hombres, etc., 44 volúmenes encuadernados, con numerosas láminas intercaladas en el texto, planos y mapas en colores. \$ 220

"The Piccadilly"

SASTRERIA DE LUJO

Créditos

C. EMILIO BLAKE

□□

U. T. 2612

7 N. 1037 - LA PLATA

Bazar "Sommer"

de DOMINGO EGUIA
sucesor de
LEOPOLDO SERRA

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1886

Especialidad en artículos finos para
hombres

Unico Agente de: Sombreros John B. Stef-
son & Cia., Filadelfia - Nansen y Cia.,
Londres - Orfebrería A. Lappas, Bue-
nos Aires.

Av. Independencia N. 761-47 y 48
Telef. 425 - La Plata

ACADEMIA POLÍGLOTA
COMERCIAL Y POLITÉCNICA

Director:
NICOMEDES DEL PRCHO

Calle 47-388 - Telef. 2938 - La Plata

Clinica Dental de BERARDO BRUFAU
DENTISTA

Ex-jefe de clínicas de la Facultad
Ex-profesor de ortodoncia y
prótesis dental

CALLE 59-793. TELÉF. 550.

LECCIONES EN ALEMÁN

Dra. M. H. de Bose

CALLE 2 NÚM. 1280 - LA PLATA

BAR "VICTORIA"

ASIÓN Y ANORO

7 Y 49 - TELEF. 2964 - LA PLATA

Imprenta y Librería

Diagonal 80-1077

La Plata

RESTAURANT

"MARCONI"

Servicio inmejorable

Precios módicos

Vinos importados

Calle 8-49 y 50 - LA PLATA

DIBUJOS PARA BORDADOS

AMPLIACIÓN Y ARREGLO

SE CALCA SOBRE CUALQUIER CLASE
DE GÉNERO

PETRA B. DE HALKIER

61 N. 732.

La Plata.

Instituto Optico Fotográfico

"LAGLEYZE"

□□

ANTEOJOS Y LENTES MODERNOS
MATERIAL FOTOGRAFICO
PARA AFICIONADOS
REVELACIÓN, COPIAS Y AMPLIACIONES

□□

GEMELOS PRISMÁTICOS "LEITZ"
APARATOS KODAKS - CONTESSA
NETTEL - "ICA" ETC.

□□

CAMILO MEZZANOTTE

SU NUEVO LOCAL:

Calle 7-713, 47 y 48 - U. T. 2600

Casa CONTINO

El Sastre de Moda

□□

Festejando la inauguración de su
nuevo local y queriendo retri-
buir las atenciones de su
selecta clientela, que
con su favor ha
contribuido
a ello

OBSEQUIA CON UN

20 o/o

de descuento durante 15 días

Calle 55 N. 586 - Telef. 2376

Farmacia DEL AGUILA

45 y 9 - Teléfono 892

Farmacia ZORICH

7 y 55 - Teléfonos 146 y 383

TIMOTEO ESTEVEZ

DIRECTORES TÉCNICOS:

MIGUEL A. MERCADER Y ARTURO GRISETTI

Químicos-Farmacéuticos

Casas de absoluta confianza y las que
mayores garantías ofrecen

VALORACIONES

REVISTA DE HUMANIDADES, CRITICA Y POLEMICA

Editada por el Grupo Estudiantes Renovación de La Plata

□ □ □

SUMARIO DEL N. I (AGOTADO)

XXX. Intenciones—Enrique Herrero Ducloux, *La alquimia en las mil y una noches*.—Heinrich Ritter, Ivan Mestrovic (con grabados).—José Gabriel, *Una rebelión*.

BIBLIOGRAFIA

"El lenguaje interior" de Enrique Mouchet por Anibal Ponce.—"Nuestra literatura" de Julio Née por Héctor Ripa Alberdi.—"España invertida" de José Ortega y Gasset por Carlos Américo Amaya.—"Segunda antología poética" de Juan Ramón Jiménez, por Francisco López Merino.

COMENTARIOS

Última palabra, por H. A. — Leopoldo Lugones, por La Redacción. — Autores que ya no leemos, por H. A.

VIDA ANECDOTICA

El cripto-pedagogismo y las memorias del Intelectómetro, por La Redacción.

NOTICIAS

La libertad de la India y el proceso de Gandhi. — Carta de Román Rolland al grupo "Renovación". — Homenaje a Benjamín Taborga.

En nuestro número próximo: **VIDA ANECDOTICA**: *Memorias del Intelectómetro* (Cap. I).

Condiciones de venta y suscripción:

Número suelto \$ 0.80 - Suscripción por año \$ 4.80

Redacción y Administración: Calle 56 Núm. 989 - La Plata

Obras de Héctor Ripa Alberdi

Edición de homenaje publicada por el Grupo Estudiantes Renovación

Tomo I. - Poesías: de "Soledad", "El Reposo Musical" y otras.

Tomo II. - Prosa: "Sor Juana Inés de la Cruz", Discursos, Ensayos, Artículos, etc.

La suscripción adelantada a los dos tomos (\$ 5.00 m/n.) puede solicitarse en las siguientes direcciones: La Plata: Redacción de VALORACIONES y Librerías Garat, "Atenea" y García; Buenos Aires: Revistas Nosotros e INICIAL y Palacio del Libro; Córdoba: Revista CÓRDOBA.

Cooperativa Artística L^{da}.

Corrientes 641

□ □

Reproducciones de obras clásicas

Grabados, Marcos

Objetos de arte

Arte antiguo y moderno

□ □

Artículos generales para artistas

y aficionados



Libros que se hallan a la venta

EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL
de la Secretaría de Educación Pública
DE MÉJICO

TRADUCCIONES DIRECTAS

HOMERO	La Ilíada	2	Volúm. tela inglesa	\$ 2.00
"	La Odisea	1	" " " "	1.00
ESQUILO	Tragedias	1	" " " "	1.00
PLUTARCO	Vidas Paralelas	2	" " " "	2.00
EURÍPIDES	Tragedias	1	" " " "	1.00
DANTE	Divina Comedia	1	" " " "	1.00
PLATON	Diálogos	3	" " " "	2.00
RIVERA	Virreynato de la N. España	1	" " " "	2.00

EN VENTA

En el expendio del Departamento Editorial, calle del Lic. Verdad N. 2
Edificio de la Universidad Nacional, Méjico

NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERÍAS